

ARTURO CONAN-DOYLE

El Campamento de Napoleón.



LA NOVELA ILUSTRADA

Olmo,

Lectulandia

La historia involucra a Louis de Laval, el hijo de un aristócrata exiliado, que es persuadido a regresar a su Francia natal por su intrigante tío. Descubre que su tío es un espía de la policía que, entre otras ambiciones, quiere que se case con su hija para legitimar su posesión del castillo familiar. El amante de la hija, que es un cobarde de poca reputación, está encarcelado por conspirar contra el Emperador. El juicio de carácter de dicha hija está algo nublado por el romance y quiere que Louis ayude a ganar la libertad del joven capturando a su valiente y feroz conspirador Toussac, con la ayuda del soldado que se convertiría en el brigadier Gerard en historias posteriores.

Arthur Conan Doyle

El campamento de Napoleón

ePub r1.0

Titivillus 30-08-2023

Título original: *Uncle Bernac*
Arthur Conan Doyle, 1987
Traducción: Machado Manuel

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

EL CAMPAMENTO DE NAPOLEÓN

ARTURO CONAN-DOYLE

El campamento de Napoleón

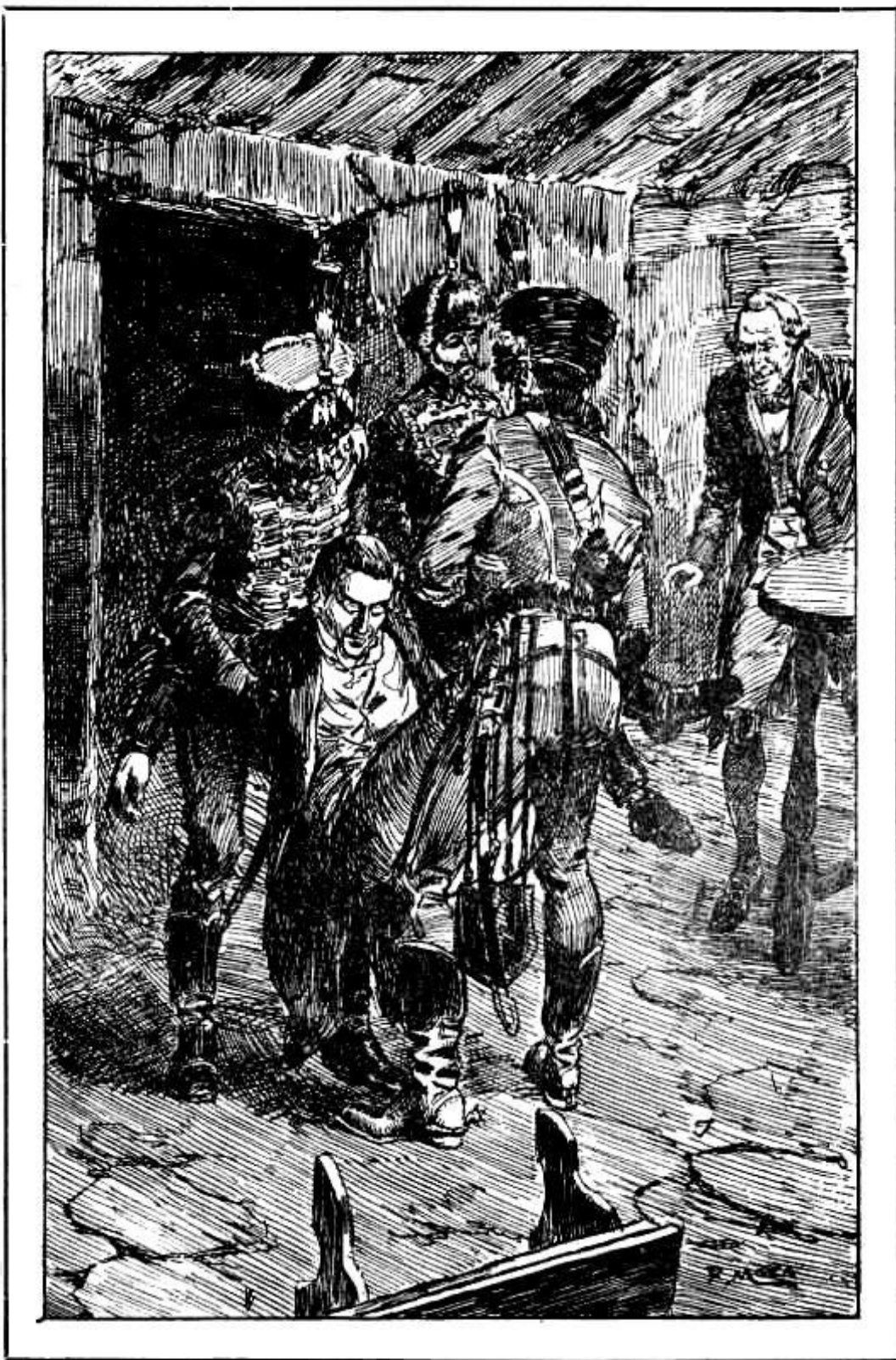


Traducción de Manuel Machado.

LA NOVELA ILUSTRADA

Oficinas: Olmo, 4.

MADRID



Los soldados se llevaron á Losage medio muerto de terror.

LA NOVELA ILUSTRADA

EL CAMPAMENTO DE NAPOLEÓN

POR

ARTURO CONAN-DOYLE



LA NOVELA ILUSTRADA

Director literario: Vicente Blasco Ibáñez.

Oficinas: Mesoneros Romanos, 42.

MADRID

OBRAS PUBLICADAS POR "LA NOVELA ILUSTRADA,"

- 1.º REMATA MAUPÉRIEN, por J. y E. Goncourt, y ¡SENTINELA ALERTA! por Matilde Serra. (Tercera edición.)
- 2.º LOS MIL Y UN FANTASMAS, por Alejandro Dumas.
- 3.º EL HIJO DE LA PARROQUIA, por Carlos Dickens.
- 4.º CARMEN, por Próspero Mérimée, y CORAZÓN DE TORERO, por Théophile Gautier.
- 5.º HÉRCULES EL ATREVIDO, por Alejandro Dumas.
- 6.º EL DOCTOR RAMBAU, por Jorge Ondet.
- 7.º HUMO, por Iván Turguénief.
- 8.º EL PESCADOR DE ISLANDIA, por Pierre Loti.
- 9.º RAFFLES EL ELEGANTE, por E. W. Hornung.
10. LA SAVELLI, por Gilberto Agustín Thierry.
11. SABLE EN MANO, por Arturo Conan-Doyle.
12. AL GALOP, por Arturo Conan-Doyle.
13. AMOR DE ESPAÑOLA, por J. Barbey d'Aurevilly.
14. LA BANDERA VERDE, por Arturo Conan-Doyle.
15. FUENTE COMO LA MUERTE, por Guy de Maupassant.
16. LA DAMA VESTIDA DE BLANCO, por Wilkie Collins.
17. CRIMEN Y CASTIGO, por F. Dostoiewsky.
18. MISS MEFISTÓFELES, por Fergus Hume.
19. EL SOMBRERO DEL CURA CIRILO, por Emilio de Marchi.
20. TIEMPOS DIFÍCILES, por Carlos Dickens.
21. LA TRAGEDIA DEL KOROSKO, por A. Conan-Doyle.
22. LAS AGUAS DEL MONTE ORIOU, por Guy de Maupassant.
23. EL HOMBRE DEL ANTIFAZ NEGRO, por E. W. Hornung.
24. VENGANZA CORREA, por Próspero Mérimée.
25. PADRE Y FISCAL, por Francisco Coppe.
26. EL ILUSTRE CANTABRANA, por Gerolamo Novella.
27. EL LADRÓN NOCTURNO, por E. W. Hornung.
28. EL IDOLO DE LOS OJOS VERDES, por Percy James Hrebner.
29. EL MILLÓN DE LA HEREDERA, por Arturo Conan-Doyle.
30. LOS BUSCADORES DE ORO, por Enrique Consuegra.
31. LA BOHEMIA, por Enrique Murger.
32. EL VENDEDOR DE CADAVERES, por Arturo Conan-Doyle.
33. LA PENA DEL MUERTO, por Quiller Couch.
34. LOS CABALLEROS DEL BOSQUE, por Jorge Sand.
35. BUG-JARGAL, por Victor Hugo.
36. HAN DE ISLANDIA, por Victor Hugo.
37. EL NOVENTA Y TRES, por Victor Hugo.
38. EL HOMBRE QUE RÍE, por Victor Hugo (2 tomos).
39. LOS TRABAJADORES DEL MAR, por Victor Hugo.
40. NUESTRA SEÑORA DE PARÍS, por Victor Hugo.
- 41 y 42. LOS MISERABLES, por Victor Hugo (2 tomos).
43. EL ROBO DEL DIAMANTE AZUL, por Arturo Conan-Doyle.
44. RESURRECCIÓN, por León Tolstói.
45. LA GUERRA Y LA PAZ, por León Tolstói.
46. LA SONATA DE KREUTZER, por León Tolstói.
- 47 y 48. ANA KARENINE, por León Tolstói (2 tomos).
- 49 y 50. LOS TRES MOSQUETEROS, por Alejandro Dumas (2 tomos).
- 51 a 53. VEINTE AÑOS DESPUÉS, por Alejandro Dumas (3 tomos).
- 54 a 56. EL VIECONDE DE BRAGELONNE, por Alejandro Dumas (6 tomos).
- 57 a 59. EL CONDE DE MONTCHRISTO, por Alejandro Dumas (4 tomos).
- 60 y 61. ASCANIO, por Alejandro Dumas (2 tomos).
- 62 a 64. LAS DOS DIANAS, por Alejandro Dumas (3 tomos).



I

LA COSTA DE FRANCIA

No menos de cien veces había yo leído la carta de mi tío; de memoria la sabía ya. Volví a sacarla, sin embargo, del bolsillo, y apoyándome en la borda de la fragata, la leí de nuevo con la misma atención que la vez primera. La letra era clara, precisa, angulosa, letra de leguleyo. La dirección decía: «A Luis de Laval, a cargo de William Hargreaves, posada de “El hombre verde”... en Ahsford, condado de Kent...». El propietario de «El hombre verde» había recibido una partida de aguardiente, de contrabando, y con ella la carta, que decía así:

«Mi querido sobrino: Sé que vuestro padre acaba de morir. Quedáis solo en el mundo. Supongo que no querréis mantener el sentimiento de enemistad que hace tanto tiempo divide a nuestra familia.

Al comienzo de la Revolución vuestro padre abrazó la causa del rey, yo la del pueblo. No ignoráis cómo acataron las cosas. Tomó vuestro padre el camino del destierro y yo entré en posesión del dominio de Grosbois. Duro era sin duda para vos hallaros en una situación inferior a la de vuestros antepasados; pero, en todo caso, más valía que nuestras tierras fuesen de un Bernac que de un extraño. Teníais, al menos, la seguridad de hallar en el hermano de vuestra madre afectos de simpatías y consideración.

Ahora, mi querido Luis, tengo un consejo que daros. Sabéis mis opiniones republicanas, que han sido siempre sinceras. Sin embargo, desde que comprendí que el poder de Napoleón se había hecho invencible, resolví abrazar su partido.

Preciso es bailar al son que tocan. Tuve luego ocasión de servirle tan bien, que en la actualidad nada puede negarme.

En este momento está con el ejército en Boulogne, a escasas horas de Grosbois. Venid, pues, que él perdonará ciertamente la hostilidad de vuestro padre por la devoción de vuestro tío. Ciertamente que vuestro nombre está aún proscrito; mas no os detenga eso; yo tengo bastante influencia con el emperador para allanar esa dificultad. Os lo repito, pues; venid enseguida y con toda confianza.

Vuestro tío, C. Bernac».

El contenido de la carta estaba bien, pero su dirección me ponía en un cruel embarazo. En cada extremo del sobre había puesto mi tío un sello de cera roja, sirviéndose del dedo para sellarlos, a juzgar por las señales de una piel espesa y rugosa impresas en la cera. Pues bien: sobre uno de los sellos veíanse trazadas estas dos palabras en inglés: «Dosit come», (no vengáis), rápidamente escritas. ¿Y por quién...? ¿Era mi tío que las había añadido a consecuencia de un brusco cambio de idea...? Entonces, ¿a qué mandarme la invitación? ¿Las había escrito alguien para impedirme aceptarla hospitalidad que me ofrecían...? Sin embargo, los sellos estaban intactos. Nadie, pues, había podido conocer la carta. Y aquellas palabras me atraían, me fascinaban, haciendo surgir en mi ánimo un extraño y siniestro presentimiento.

Mecido al son monótono del agua, me puse a pensar en todo lo que me habían contado de mi tío Bernac. Mi padre, único heredero de una de las más nobles y antiguas familias de Francia, había tomado en matrimonio a la señorita Bernac por su belleza y virtudes. Nunca tuvo que arrepentirse de tal enlace, porque mi madre fue siempre para él un ángel de bondad y de dulzura; en cambio, si tuvo mil quejas de su cuñado el procurador Claudio Bernac. Este último, so capa de bajas obsequiosidades, disimulaba un odio implacable hacía mis padres; sus sentimientos venenosos estallaron desde las primeras turbulencias del 89. Excitó a nuestros colonos campesinos a sublevarse de tal modo, que nos vimos obligados a huir del país. Más tarde, habiendo seguido a Robespierre en sus peores excesos, se hizo dar, a título de recompensa, nuestro castillo y tierras de Grosbois. A la caída de Robespierre supo ganarse la confianza de Barrás, y, en fin, a pesar de los distintos gobiernos sucesivos, obtuvo siempre nuevos derechos a la propiedad de nuestros dominios. Ahora pretendía estar en el favor de Napoleón. ¿Qué servicios podía esperar el emperador de un republicano tan feroz como mi tío?

Me preguntaréis, sin duda, por qué aceptaba yo la invitación de un hombre a quien mi padre no dejó nunca de llamar traidor y usurpador. Pero es que nosotros los de la nueva generación hallábamos absurdos e inútiles los

rencores de la generación precedente. Para los viejos emigrados todo se había parado en el año 1792: inmutables, guardaban sepultas en el fondo de su alma las ternuras y las aversiones del pasado. Pero nosotros que habíamos crecido en el suelo extranjero, comprendíamos que las ideas habían marchado y nuevas salidas se habían abierto; nosotros, por el contrario, queríamos olvidar el pasado y no pensar más que en el porvenir. Francia no era ya a nuestros ojos la tierra sangrienta de los descamisados y la guillotina, sino la reina de las batallas, la valiente guerrera atacada por todas y de todas triunfadora, pero ¡ah!, asaltada siempre con tal ímpetu, que sus hijos, diseminados por el mundo entero, sentían resonar en los oídos sus gritos de angustia y sus llamadas al arma. Y estos llamamientos, estos gritos, que no la carta de mi tío, me decidían a abandonar Inglaterra.

Hacía mucho que mi corazón se interesaba en la terrible lucha sostenida por mi patria, sola contra toda Europa; hubiera querido inscribirme entre los voluntarios que un entusiasmo sublime hacía correr a la frontera. Pero ¿acaso me lo hubiera permitido mi padre? Él, que había servido con Condé y combatido en Quiberon, ¿no me habría acusado de felonía...? Pero ya muerto mi padre nada se oponía a mi vuelta a Francia. Lo que también me inclinaba a esta resolución es que Eugenia —la que fue luego mi mujer— compartía mis deseos y se asociaba a mis ambiciones. Sus padres, descendientes de una rama segunda de la casa de Choiseul, tenían prejuicios más arraigados aún que los de mi padre, y cuando ella se regocijaba conmigo de una nueva victoria de la Francia, nuestras familias, reunidas en el salón, se consumían en lamentaciones estériles y vanas maldiciones ¡Ah!, mucho nos queríamos los dos, pero creo que aquella comunión de espíritu en que vivíamos continuamente y en cierto modo nos aislaba de todos, nos hacía querernos más.

Había en un ángulo de nuestro jardín una ventana baja casi invadida por el ramaje de un laurel-rosa; era la ventana del cuarto de Eugenia. Desde ella se asomaba a la noche después de cenar. Yo me sentaba por fuera en una gran piedra que sobresalía en la esquina, y allí, separados solamente por las ramas floridas y perfumadas del arbusto, hablábamos; hablaba yo de mis proyectos y Eugenia me animaba y confortaba. ¡Tiempos dichosos...!



**Hablábamos de mis proyectos y Eugenia
me animaba.**

En fin, lo que me forzó a precipitar la partida fue mi duelo con un caballero de Kent, llamado Fairley, una especie de valentón que se nos

acercaba sin proferir insultos, no ya contra el emperador, lo que hubiera sido excusable de parte de un inglés, sino contra la misma Francia y los franceses. Concedamos en justicia a la nación inglesa que siempre fue generosa para los emigrados. Pero en ninguna parte está uno libre de imbéciles y fanfarrones, y hasta en la tranquila y somnoliente Ahsford tuvimos que sufrirlos. Generalmente afectábamos no escuchar a Fairley; pero al fin llegó a ser tal su impertinencia, que yo, juré darle una severa lección.

Estábamos una noche juntos en la cantina de *El Hombre Verde* Fairley se hallaba medio borracho, y, como de costumbre, vomitando injurias contra los franceses. De cuando en cuando me miraba de reojo para juzgar del efecto que me hacían sus palabras. Yo continuaba impasible.

—M. de Laval —exclamó él de pronto, poniéndome su ancha mano en el hombro—, os propongo este brindis: «¡Por el brazo de Nelson, que venció a los franceses!».

Y se detuvo; con los ojos turbios, la boca contraída en una innoble risa.

—Aceptaré vuestro brindis, caballero —repliqué fríamente—, si aceptáis el mío.

—Convenido —dijo Fairley.

Y bebimos.

—Ahora os toca a vos —gritó el inglés con una voz pastosa.

—No; llenad primero vuestro vaso.

—Ya está.

—Pues bien, por la bala de cañón que se llevó el brazo de Nelson.



— ¡Por la bala de cañón que se llevó el brazo
de Nelson! (Pág. 7.)

En el mismo instante recibí un vaso de Porto en plena cara. Fairley y yo nos batimos al día siguiente. Lo herí en el hombro. Y cuando a la noche me

presenté a la ventana, Eugenia cortó unas hojas del laurel y me hizo una corona, que me puso, llamándome su héroe.

No me exponía mi duelo a persecución alguna judicial, pero me impedía vivir por más tiempo en Ahsford. Si en realidad el tío Bernac tenía influencia bastante para que borrarán mi nombre de la lista de proscripción, desaparecía el único obstáculo que me cerraba las puertas de mi país...

Aquí interrumpió mis cavilaciones el patrón del barco, sacudiéndome brutalmente:

—¡Eh, amigo —gritó— hay que tomar el bote!

Yo rechacé al hombre y le hice notar que estábamos todavía a gran distancia de la orilla.

—Es igual —gruñó él—; tomad la barca o nadad hasta la costa; yo no me meneo de aquí.

Y en vano traté de representarle que le había pagado para llevarme a tierra.

—Sí, sí, muy bien pagado —dijo burlándose.

Y volviéndose a un marinero:

—Vamos, Jim, carga las velas, muchacho.

Y como yo le preguntara qué pensaba hacer:

—El «Vixen», volverá a zarpar dentro de una hora. Volver a Dovres con nosotros si os divierte eso, —me respondió.

—¿De modo que rehusáis absolutamente llevarme a tierra? —le pregunté.

—Absolutamente. Jamás se aproximará el «Vixen», a los arrecifes de Ambletense con esta maldita brisa del Sudoeste.

—Bien —dije—, tomaré la barca.

—La piel vais a dejar en esta travesía —gruñó, lanzando sobre mis botas un enorme salivazo negruzco.



— Vais à dejar la piel en esta travesía. (Pág. 8.)

Temblando de cólera iba a lanzarme sobre él, pero reflexionando que me hallaba solo, desarmado, contra seis, me contuve, salté la borda y me eché en la barca. Cuando estuve en ella me arrojaron mi hatillo, un poco de ropa envuelta en un pañuelo; dos marineros me acompañaron; e impulsada la barca, pronto bogamos hacia la costa.

La noche caía, ¡y qué noche...! Gruesos nubarrones desmelenados corrían de un extremo a otro del horizonte. Al Oeste poníase un sol rojísimo, pero ya envuelto en un pesado velo de bruma. Diríase una monstruosa columna de humo saliendo de un inmenso incendio. A veces, entre la rotura de las nubes percibíase una ancha franja escarlata. El Océano parecía aprisionado en un

círculo de fuego. A lo lejos, el pequeño bergantín, ya levantado, ya sumido en las olas, se borraba poco a poco. Los dos marineros bogaban de firme. De cuando en cuando miraban al cielo y a la costa aún lejana. Temiendo verlos retroceder ante el ímpetu de la tormenta, les pregunté, para distraer su atención, qué luces eran las que centelleaban a derecha e izquierda:

—Son Boulogne al Norte y al Sur Etaples —contestó cortésmente uno de los marinos.

—¡Boulogne...! ¡Etaples...! ¡Cuántos recuerdos evocaban estos nombres...! En Boulogne pasábamos los estíos durante mi infancia. Veíame yo chiquitito, corriendo junto a mi padre cuando se paseaba por la plaza. Todos se descubrían a nuestra vista. ¡Etaples...! Desde allí emprendimos la fuga. El pueblo amotinado en las rompientes vociferaba a nuestro paso, lanzándonos piedras. Mi madre fue herida en una rodilla. Recuerdo la imprecación de mi padre, mis gritos de horror y el atolondramiento de todos. Boulogne al Norte, Etaples al Sur. ¡Y entre ambas mi castillo de Grosbois...! Y mi vista se perdía ardiente en las tinieblas, tratando de divisar la silueta del viejo torreón y el muro almenado...

—Todo eso —continuó el marino— es una miserable costa desierta. Y ésta es la primera vez que en ella desembarco esta clase de mercancía.

—¿Por quién me tomáis? —le dije yo.

—Eso no es cuenta mía. Hay cosas de que más vale no hablar.

—¿Creéis que soy un conspirador?

—Vos lo habéis dicho. En fin, Dios os ayude. Estamos hechos a esto.

—Os doy mi palabra de que no lo soy.

—¿Un prisionero escapado, entonces?

—¡Tampoco!

El hombre se inclinó sobre los remos y vi su cara ansiosa pendiente de la mía.

—¿Seríais un espía de Boney^[1], acaso?

—¿Yo? ¡Un espía! —exclamé indignado.

—Bueno, bueno. No os enfadéis. Lo mismo da. Lléveme el diablo si sé lo que sois. Con todo, si hubierais sido un espía de Boney, no habría yo movido un dedo para traeros, dijera el patrón lo que dijera.

—Vaya, no hablemos mal de Boney, que es amigo de los marinos —murmuró el otro marino.

Me sorprendió oírle hablar así, porque la animosidad de los ingleses hacia Napoleón sobrepujaba a cuanto pudiera imaginarse. La aristocracia y el pueblo se unían en su odio contra el hombre y su política.

—Si se puede meter un poco de café y aguardiente, es gracias a Boney —añadió el marinero.

Entonces recordé que Bonaparte era muy popular entre los contrabandistas, desde que les había concedido todo el tráfico de la Mancha.

El marino, remando con una sola mano, mostró con la otra el agua movible y gris:

—¡Ese agua, es el mismo Boney! —dijo entre dientes.

Los que vivís en un siglo pacífico no podéis concebir la emoción que me produjo esta simple frase. Hacía apenas diez años que el mundo conocía a aquel hombre de origen italiano. Su fortuna se había elevado con rapidez increíble. Mientras la gente se preguntaba quién era, caía él sobre Italia, atropellaba a Austria, firmaba los preliminares de la paz de Leoben, intimidando a los generales en el campo de batalla, desconcertando a los estadistas en el consejo. Con audacia inaudita se aventuraba en Oriente, y cuando aún maravillaba su manera de convertir al Egipto en departamento francés, reaparecía en Italia y batía segunda vez a Austria. Iba tan de prisa como el ruido de sus conquistas. Donde quiera que llegaba iban nuevas victorias, derrumbamiento de los viejos sistemas, trastorno de las fronteras. Holanda y Suiza no eran más que nombres en el mapa. Francia absorbía la Europa. Aquel imberbe oficial de artillería consagrado emperador por la voluntad del pueblo, había aplastado sin esfuerzo a dos feroces jacobinos ante quienes los más grandes reyes y las noblezas más altivas doblaron la cabeza. Nosotros que lo observábamos en sus menores actos, acabábamos por considerarlo como algo supraterrrestre, como un Dios protector de la Francia.

Sus hazañas habían dejado en mi espíritu tan honda huella que cuando el marino inglés designó el agua misteriosa, diciendo: «El Boney» contuve el aliento en la loca esperanza de ver surgir de las olas y flotar sobre la Mancha una criatura gigantesca, una forma terrible y amenazadora.

Pero lo que a mis ojos se presentaba no semejaba en nada a esa visión ideal. Al Norte avanzaba un cabo muy largo y estrecho, cuyo nombre no recuerdo hoy. Confundido al principio con el mismo tinte gris del resto de la costa, a medida que cerraba la sombra, aparecía iluminado de trecho en trecho. Y pronto apareció como una inmensa línea de fuego, de un rojo sombrío.

Señalé las luces a uno de los marineros.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—El campo de Boney, señor. Doce parecidos veréis de aquí a Ostende. ¡Ah!, el pequeño Boney sería muy capaz de atravesar si pudiera escapar a la

vista de Nelson.

—¡Cómo! Lord Nelson sabe lo que hace el emperador —dije yo.

El marino mostró por encima del hombro tres luces que brillaban a lo lejos.

—El perro de acecho dijo.

—La *Andrómeda* —añadió su compañero.

—¡Cuántas veces he pensado en aquellos fuegos del campo de Napoleón y en aquellas tres luces vacilantes del navío de Nelson! Los dos rivales estaban allí frente a frente. La lucha de los siglos pasados iba a continuarse en el porvenir. —Pero ¡ay! ¿No sé ya que todo se consumió?

Avanzábamos rápidamente. La tierra aparecía ya más distinta por cima de las olas. De pronto, un buque salió de las sombras y se adelantó hacia nosotros.

—Los guardacostas —exclamó uno de los marinos.

—Bill, amigo, estamos perdidos —dijo el otro, metiéndose algo en una de las anchas botas.

Sin embargo, el barco, habiéndonos divisado, se alejó en dirección opuesta.

Los dos marineros se miraron, limpiándose la frente con la manga.

—Me parece que la conciencia de éstos no está más tranquila que la nuestra —dijo el primero—. ¡Y yo que hubiera apostado a que eran guardacostas!

—Parece que no somos solos a pasar mercancías prohibidas esta noche —observó el segundo. Pero ¡qué diablos puede ser ese barco! ¡Que me ahorquen si lo sé! Al verlo he Escondido un paquete de tabaco de la Trinidad en mis botas. ¡Ah! Bill, arría, terminemos.

Un minuto después encallábamos en una playa de grava.

Cogí mi hatillo y me lancé fuera de la barca. Ya no se distinguían las tintas del Poniente ni las nubes desmelenadas. Al volverme para mirar al bote por última vez, éste había desaparecido... Nada ya, sino el rodar de la tormenta y el gemido del vendaval.

Así fue como, en los primeros días del año 1805, tras quince de destierro, volví al país que durante tantos siglos honró y sostuvo mi familia. Bien duramente nos había tratado; nuestros servicios pagados con insultos, con el destierro y la confiscación de nuestros bienes; pero todo lo olvidé cuando, de hinojos sobre la arena, puse mis labios en su bendito suelo.

II

EL PANTANO

Al caer el día se para fatigado el viajero y de lo alto de una elevada colina tiende la vista sobre el camino recorrido. No ve en él las revueltas ni los obstáculos. Las cuestas que tuvo que subir. Los abismos que a sus pies se abrieron, los matorrales en que dejara jirones de su carne, todo se funde y desaparece bajo los velos de la noche. Y él se asombra, ahora que llega al fin, de haber vacilado en las encrucijadas, de haberse sentido a veces tan rendido, tan desalentado. El hombre así, al declinar de la existencia, no distingue, sino entre brumas, los sucesos de la juventud. En vano procura a ciertas horas resucitar en su espíritu el recuerdo de las penas, las dudas, las pasiones que han herido su alma; todo se disipa, se borra en la sombra del pasado. Y asombrase, ahora que ha recibido como un mudo aviso de la muerte, de haber sufrido y llorado tanto por cosas olvidadas, concluidas...

Hay, sin embargo, una circunstancia en mi vida que rememoro con claridad sorprendente, y es aquella noche de tempestad en que volví a Francia. Aún hoy no puedo respirar el olor fuerte y salino del mar sin que el pensamiento me transporte a aquella playa solitaria que mis pies hollaban con la alegría del que pisa el suelo de su patria querida.

Al levantarme fue mi primer cuidado esconder mi bolsa en el bolsillo interior de mi traje. Acababa de sacarla para recompensar al marinero que me ayudara a desembarcar, y confieso que vacilé mucho antes de abandonarle una de mis monedas de oro, porque tenía la entera convicción de que el truhán era mucho más rico que yo. Comencé por sacar una media corona, la guardé, volví a sacarla, y no pudiéndome decidir al fin a entregarla, le di un soberano, es decir, la décima parte de lo que yo poseía en total. Puesta mi fortuna en seguridad, me senté sobre una roca a flor de agua y traté de serenarme y examinar tranquilamente mi situación. Estaba solo, tenía hambre y frío, el agua me azotaba el rostro; pero estaba en mi casa, en Francia, no dependía ya de la caridad de mis enemigos, y a esta idea mi corazón palpité

violentamente. ¿Qué haría ahora? Sin duda seguir mi camino. Pero ¿iría directamente a Grosbois...? El castillo, por lo que yo era capaz de recordar, distaba aún unas doce millas próximamente. Miré mis vestidos: estaban calados, mis cabellos desatados, mis manos sucias. ¿Debía presentarme así al tío, a quien apenas conocía? Mi orgullo se revolvió todo al figurarme a los criados, mirándome de arriba a abajo y negándose, quizá a introducir cerca de su amo a aquel vagabundo cascarriento. Además, ¿lo diré...?, sentía yo una especie de vergüenza de entrar así, de noche, casi furtivamente en la antigua morada de mi padre. No —exclamé—, esperaré hasta mañana. Pero allí era imposible quedarme. Necesitaba a toda costa hallar un albergue.

—¿Por qué —me diréis— no procurabais ganar Etaples o Boulogne?, Por la misma razón que me hiciera tomar tierra en aquella costa inhospitalaria y desierta, porque el nombre de los Laval figuraba a la cabeza de la lista de proscripciones por haber sido mi padre uno de los jefes más enérgicos de aquella sociedad pequeña, pero muy influyente, vinculada de modo indisoluble a la causa del antiguo régimen.

Antes de proseguir mi relato me importa convencerlos del respeto y la admiración que yo profesaba por aquellos hombres que todo lo sacrificaran a sus principios, aunque tuviera yo opiniones contrarias a las suyas. He reflexionado a menudo sobre este aspecto del natural humano que nos impulsa más hacia aquello que mayor renunciamiento exige de nosotros. Si la defensa del partido realista no hubiera sido tan peligrosa, seguro no hubiesen tenido los Borbones tan nobles y tan fieles paladines. Si la aristocracia inglesa no fue tan devota de Carlos Stuardo como la francesa de Luis XVI, es que Cromwell no la tentó con altos cargos y empleos.

No hay palabras para pintar la abnegación de los que representaban en esta época a las más ilustres casas de Francia. Una noche vi a la mesa de mi padre ocho hombres. Eran dos maestros de armas, tres profesores de francés, dos jardineros y un traductor; este último procuraba disimular con la mano un enorme desgarrón de su levita. Pues bien, de estos ocho hombres unos eran de sangre real, los otros grandes exdignatarios de la corte o del ejército. Hubieran podido recobrar sus altas funciones si hubieran consentido, no ya en sacrificar lo que adoraban, sino en saludar la gloria naciente de Napoleón. Nada de eso; preferían sufrir la deprimente autoridad del más débil e incapaz de los monarcas. Agrupados en Hatwell en torno del Luis XVIII, los Montmorency, los Rohan los Choiseul proclamaban en alta voz que después de compartir la grandeza de su rey querían compartir su desgracia. ¡Ah! En la sombría vivienda del príncipe desterrado había algo más precioso y raro que

las porcelanas de Sèvres y las tapicerías de los Gobelinos: la devoción de aquellos próceres, con sus trajes raídos, sus maneras dulces y reposadas, ante las cuales me inclino como ante los más nobles entre los nobles de nuestra historia.

Ganar una de las ciudades de la costa sin asegurarme previamente la protección de mi tío era exponerme a caer en un puesto avanzado, ser detenido y llevado al emperador como proscrito o como espía. Y tanto como me parecía glorioso ir libremente a ofrecerle mi espada, me hubiera creído degradado, envilecido, al aparecer a su presencia inclinado bajo el peso de la acusación más ligera. En suma, no me quedaba otra cosa sino aventurarme tierra adentro, siempre en acecho de una cabaña o una granja donde poder pasar la noche.

A todo esto el viento había refrescado más. Y estaba tan negro qué apenas se divisaba la cresta blanca de las olas sobre el Océano. Del lado de tierra una alineación imprecisa de colinas irregulares. Acercándome percibí que la distancia me había exagerado su altura y que las tales colinas no eran sino dunas bajas, cubiertas a trechos de una leprosa vegetación de musgo y líquenes. Con el hatillo al hombro me interné allí resueltamente; pero al cabo de una hora ya no podía más; mis pies se enterraban en la arena movediza y mis vestidos, mojados, pesaban enormemente. —No saldré de estas dunas— me preguntaba yo continuamente. —De pronto cesaron y me hallé en un terreno blando, fangoso, donde cada uno de mis pasos producía un profundo hueco y del que se exhalaba un olor de podredumbre como el que efluye de un sepulcro. ¿Dónde estaba? Instintivamente llamé... Nadie me respondió sino el mugido de las olas y el rodar de la tormenta... Avancé... El barro me llegaba a los tobillos... Quise volver hacia las dunas, imposible; las tinieblas cerraban mi camino. Avancé más y el fango me cubría las piernas. Aterrado, anhelante, la frente húmeda de sudor, la garganta oprimida por una mano de hierro... ¡tuve miedo...!, sí, miedo de morir allí en el lodazal horrible; ¡yo que soñaba la bella muerte del soldado en el campo de batalla! En aquel instante un lívido relámpago rompió las nubes y a su claror fugaz vi que estaba rodeado de una especie de espejo glauco; parecía una sábana de acero irisada de anchas películas azuladas como la piel de un reptil—. ¡Un pantano...! —exclamé—. Estaba perdido en uno de aquellos pantanos salinos que bordean la costa y que la mar alimenta por sumideros. —¡Pero a algún lado iba aquel pantano...! Si yo lograba atravesarlo, encontraría quizás un camino, un campo, alguna cabaña lacustre.

En la pequeña escuela de Ahsford nos había enseñado el profesor de Geografía a dirigirnos por la observación de las estrellas; pero ¡ay!, ni una brillaba a través de las nubes de plomo... y además, ¿estaba yo capaz de poner en práctica las lecciones de mi maestro...?

Chapoteando aquí, deslizándome allá en los sitios más firmes, habría yo hecho como dos o tres millas. De pronto se me heló la sangre y mis miembros se petrificaron. ¿Aquellos arbustos que frente a mí se alzaban no los acababa de ver antes? ¡Sí! No era una alucinación, un miraje; ¡yo reconocía aquel follaje escaso y raquítico! ¡Y, sin embargo, nada me probaba tampoco que no fueran otros parecidos! ¿Cómo saberlo? ¡Ah! ¡Mi eslabón!, en el que no me había ocurrido pensar. Puesto en cuclillas, hice saltar la chispa y pude ver con estupor al lado de mis huellas frescas mis huellas anteriores, borrándose poco a poco con la infiltración del agua. De modo que había dado una vuelta circular. ¿Desde cuándo? Tuve una verdadera crisis de desesperación, que aumentó aún mi fatiga. Un momento inclinado sobre la charca infecta sentí la tentación de dejarme caer allí y sumirme como gusano en el fango. Pero inconscientemente levanté los ojos al cielo, musitando no sé qué plegaria, y esta inspiración me salvó.

Sobre la redondez de la luna triste, rumbada de oro pálido, se me apareció como la punta de una V colosal, cuyos brazos se abrían hasta más allá del horizonte.

Aquello no era más que un signo fugitivo, casi irreal, algo rápido como el pensamiento, pero que me arrancó de pronto el embotamiento en que me había sumido una banda de patos salvajes volando, barridos por el aire sobre el pantano. Yo había observado otras veces en Kent que estos pájaros durante la tempestad se internan tierra adentro. Así, pues, siguiendo de la dirección de su vuelo, me alejaba de la costa.

Mi alma salió de su torpeza, y pendiente de esta débil esperanza, volví a caminar, procurando conservar la línea recta.

Al cabo de media hora de esfuerzos entreví una lucecita que centelleaba en la sombra como un ojo de diamante. Luego desapareció y volvió a aparecer. Y fue para mí un consuelo inefable verla así a lo lejos, en aquella obscuridad lúgubre donde sólo resonaban graznidos de los cuervos arrebatados por las ráfagas. ¡Aquella luz era el reposo, la vida para mi pobre vagabundo jadeante...!

Lleno de prisa por llegar, eché a correr. Anhelaba de veras salir de aquel fétido barrizal. «No me negarán hospitalidad —me decía—, pues tengo

dinero. Y con un movimiento convulsivo apretaba contra el pecho mi bolsa oculta en el traje».

Sí, sí, todo lo que quieran por un poco de alimento y unos instantes de sueño en un jergón. Sin embargo, al aproximarme, cada vez me parecía más imposible que habitaran seres humanos en aquel lugar siniestro donde no se escuchaba ni el ladrido de un perro.

Habíase trocado el pantano en un estanque cuyas aguas letárgicas rodeaban una miserable cabaña destechada a trechos. En aquella cabaña estaba la luz bendita y ahora la veía yo filtrándose a través de una estrecha ventana. Encorvado, azotado por los bufidos del viento, me detuve a respirar, cuando, súbito, la luz se eclipsó, y una cabeza de hombre apareció en la ventana. No permaneció allí más que un instante; luego se eclipsó y volvió a aparecer. Este manejo, repetido varias veces, acabó por causarme una vaga aprensión.

El aspecto de la choza era poco tranquilizador; los movimientos circunspectos del hombre denunciaban el temor de una sorpresa o de un ataque. ¿Si iré a meterme en un antro...? ¡Ah! ¡No!, mejor el pantano y la furia del huracán; al menos, allí estaba libre, al menos... tenía el espacio a mi alrededor... Pero sentía una fatiga inaudita; mis piernas se embotaban, mi espíritu se perdía, vacilaba a los menores obstáculos.

Al fin, harto de dudas, franqueé la distancia que me separaba de la cabaña, llegué hasta la ventana. La escena que abrazaba mi vista me serenó. Junto a una vasta chimenea, donde crepitaba un fuego de leña, estaba sentado un joven de extraordinaria belleza, a quien tuve tiempo de admirar mientras leía él un gran libro. Tenía la cara perfectamente ovalada, la tez mate, los cabellos negros atados sobre la nuca con una cinta de seda. Lo único que le afeaba un poco grueso y caído sobre la barba; pero toda su fisonomía expresaba algo dulce y poético que seducía infinitamente. Transido, hambriento, privado de todo afecto, saboreé un instante la alegría de una habitación bien caliente, una buena cena y una larga conversación tranquila...

De pronto, el joven dejó su libro y se adelantó a la ventana y la alcanzó sin darme tiempo a retirarme de ella. Al divisarme agitó sus manos con un gesto de bienvenida y corrió a abrir la puerta. De pie en el dintel, su fina silueta se recortaba netamente sobre el marco iluminado.

—¡Ah!, amigos míos —exclamó—. ¡Cuánto habéis tardado; ya no os esperaba...!

—Perdón, caballero —dije yo, saliendo de la sombra.

Sin permitirme acabar la frase me rechazó de un puñetazo formidable, saltó a la choza como un tigre y cerró la puerta de un golpe. Yo estaba asombrado. Las maneras de aquel hombre distaban tanto de su aspecto. ¿Cuál podía ser el motivo de su cólera...?



Me rechazó de un formidable puñetazo y cerró
la puerta. (Pág. 13).

—Se trata de un loco —pensé yo.

Iba a alejarme cuando una nueva estupefacción me clavó en mi sitio. Ya dije ¿verdad?, que la choza aquélla era desmantelada y miserable. Los muros, desmoronados, se derrumbaban. La puerta, acribillada de agujeros, dejaba pasar la luz como una rejilla. Lo que no había yo notado era una brecha de la anchura de un dedo junto al quicio. Al irme vi esta abertura, y tras ella, en la franja grana proyectada por el fuego, al joven que rebuscaba apresuradamente en sus bolsillos. Luego desapareció bajo la campana de la chimenea y sólo vi

sus pies apoyados en el reborde de la piedra. Esto fue una impresión rapidísima. Saltó él a tierra y volvió a abrir la puerta.

—¿Quién sois? —dijo con una voz temblorosa de emoción.

—Un viajero que ha perdido el camino. Hubo una pausa, y añadió él:

—¿Por qué queréis entrar aquí? La casa no tiene gran atractivo.

—Señor —dije angustiado—; estoy muerto de fatiga, no me rehuséis un abrigo. Hace horas que ando perdido entre estos horribles pantanos.

—¿No os habéis encontrado a nadie? —me preguntó vivamente.

—No, señor; a nadie.

—Haceos un poco atrás —dijo—; en un sitio tan desierto como éste toda precaución es poca.

Obedecí yo y él entreabrió la puerta, dejando salir a medias su cuerpo.

Sin hablar ahora me examinaba con una insistencia molesta, que me desconcertaba a pesar mío.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó.

—Luis Laval —respondí— dando a mi nombre, al suprimir el de, un aspecto plebeyo.

—¿Dónde vais?

—Busco un albergue para descansar.

—¿Venís de Inglaterra?

—Vengo de la costa.

Movió la cabeza. La ambigüedad de mis respuestas no le satisfacía evidentemente.

—Pues bien, no —exclamó—; no podéis entrar.

—Sin embargo...

—No, no, no; ¡imposible!

—Indicadme al menos un medio de salir del pantano —supliqué yo.

Me designó las luces que brillaban a mi izquierda.

—Una aldea —dijo—; podéis llegar en pocos minutos.

Involuntariamente, al decir esto había dado algunos pasos y estaba a mi lado. Ya me iba, cuando con gran asombro mío me detuvo, y con una voz del todo distinta:

—¡Quedaos, Sr. Lava! —dijo—; no puedo realmente dejaros fuera con esta espantosa borrasca. Os calentaréis y echaréis un trago de aguardiente; eso os confortará al menos.

Embrutecido de fatiga, de necesidad y de emociones, no objeté nada, aunque nada comprendía de aquel brusco cambio.

—Caballero, os doy las gracias —murmuré—; nada más, y seguí al joven.

III

LA CABAÑA

Mi primer movimiento fue correr junto al fuego, presentándole alternativamente mis manos ateridas y mis botas saturadas de agua. ¡Qué bueno era ver aquellas brasas rojas crepitar en la hornilla y aquellas llamas azuladas, como llamas de ponche, comenzar a nacer, saltar luego en lengüetadas hasta fuera de la chimenea para volver a recogerse luego sobre la leña calcinada! La piel de mi cara, largo tiempo azotada por la brisa, empezaba a distenderse; mi nariz se esponjaba como fruta madura. Sentía por todos los miembros un agradable cosquilleo sobre el cual empezó luego un invencible deseo de dormir. Pero no cedí a él porque mi curiosidad estaba demasiado excitada por la escena que acababa de desarrollarse. ¿Quién era aquel hombre? ¿Qué hacía en una choza aislada en aquel horrible paraje? ¿Qué huéspedes podía esperar a tal hora y con semejante tiempo? ¿Por qué después de haberme rechazado por modo tan brutal había cambiado de parecer repentinamente? Y sobre todo, ¿qué había escondido en la chimenea?

Haciéndome estas preguntas escrutaba yo a derecha e izquierda la única pieza que componía la cabaña. Evidentemente nadie la habitaba, y sólo debía servir de cita al joven y sus acólitos. Las paredes, chorreando humedad, segregaban gotas negruzcas, viscosas, infectas; en las vigas, una vegetación de aspecto madreporico; en los quicios de la puerta y en la ventana, desconchados húmedos y blanduchos; toda la construcción parecía roída, podrida, cancerosa. Los muebles se limitaban a una mesa coja, tres grandes cajones en clase de asientos y un montón de viejas redes de pescar, que despedían un indefinido olor de pescado y de fango. En un rincón vi una cuarta caja desfondada y un hacha; esto me indicó el medio de que el joven se valía para procurarse fuego. Pero lo que me fascinaba era, al lado del libro y de la lámpara, sobre la mesa, un canasto que contenía un magnífico jamón, pan y una botella de vino.

Si mi compañero se mostró en un principio poco hospitalario, confieso que ahora rescataba sus hurañeces con una amabilidad exagerada, amabilidad que yo me explicaba aún menos que su mal recibimiento de antes. Deplorando el lamentable estado en que me había puesto mi horrible travesía, acabó de demoler el cajón roto y echó dos o tres tablas al fuego. Enseguida me hizo sentar, me sirvió un pedazo de pan y una loncha de jamón y me dió de beber. Yo devoré mi pitanza sin dejar de observarlo. Me parecía aún más bello que al principio. Tenía ojos negros, dulces y aterciopelados con largas pestañas; solo, como ya dije, la boca desmentía los ojos, transparentando una inquietud secreta, algo de forzado, de cohibido; y la sonrisa que en ella se esbozaba a veces, sin cuajar nunca francamente, le daba una expresión falsa, casi de maldad. Sentía yo que él mismo me examinaba, tamizando mis palabras más insignificantes, y así me conservé en guardia, afectando no responder sino con evasivas a sus preguntas. Lo que más se aplicaba a descubrir era la clase de asuntos que al país me traían.

—¡Ah! ¡Os aseguro —dijo con tono papelero— que resulta muy duro para honrados negociantes el no poder obtener nuestras mercancías, sino tratando con miserables contrabandistas! Mientras el emperador, que Dios proteja, no decida en su alta sabiduría restablecer el libre cambio entre Francia e Inglaterra, estaremos reducidos a hacer este papel oculto, a ser los siervos resignados de intermediarios bribones. Porque, creedme, señor, el café no falta en las Tullerías. El emperador no toma menos de diez tazas diarias de moka; y ya sabe, sin embargo, que este artículo no se cría en las estufas de la Malmaison. ¿Qué haría y que haríamos nosotros sin los contrabandistas?

Y añadió indiferente:

—¿Sois del comercio, caballero?

Yo le hice seña de que no. Noté que le irritaba mi reserva. Yo estaba convencido de que él mentía sin vergüenza. Y hecho singular, mientras más le consideraba más antipático se me hacía. Sus rasgos tan finos, tan delicados, de una armonía casi femenina se cubrían por instantes de una máscara de astucia que me repugnaba como el contacto de una víbora. La traición residía en el fondo de sus pupilas pensativas; sus movimientos de una elasticidad felina, su voz melosa e insinuante recelaban un fondo de bajeza y de obscura fatalidad. Era inteligente, pero sin brío, sin alegría, sin abandono, con repliegues y recogimientos de fiera en acecho, y yo comencé a temerle sin saber por qué, por intuición, por presentimiento.

El joven prosiguió:

—Perdonadme, señor Laval, si me mostré desconfiado de vos. Desde que el emperador está en estos parajes una multitud de espías nos asalta... ¡Diablo! ¡Cada uno vela por sus intereses en este bajo mundo! Vuestro aspecto y vuestro traje no son de los que suelen encontrarse a medianoche en la orilla de un pantano.

Esto era precisamente lo que yo me decía con respecto a él.

—Os repito, señor —dije con firmeza— que soy un viajero que se ha extraviado. Ahora que estoy repuesto no abusaré más de vuestra hospitalidad. Voy a ver si llego a la aldea que me habéis indicado.

—¡Ta, ta, ta! Lo mejor que haréis es quedaros aquí. Oíd, además, cómo aprieta la tormenta.

Y en efecto, como un asalto furioso, desesperado, el viento bufaba queriendo llevarse la choza y el agua saltaba contra los cristales. Creo que la borrasca nos arrebatará.

El joven se paseó de arriba a abajo por la estancia, se acercó luego a la ventana y se puso a mirar por ella como a mi llegada.

—Después de todo —exclamó— podéis prestarme un gran servicio.

—¿Y eso cómo?

—Vaya, voy a seros franco —y nadie con una facha más hipócrita que él en aquel momento; espero a dos personas a quienes he de dar órdenes Me extraña que no hayan llegado, quizá se han extraviado como vos en el pantano salino; quiero ir a ver. Os ruego que tengáis entretanto la bondad de guardar la casa, difiriendo media hora vuestra marcha... y si vienen mis amigos... recibidlos y decidles que he salido a buscarlos...

Esta proposición era bastante natural. A pesar de las reticencias que la acompañaban, no imaginé que pudiera ocultar ningún peligro para mí. ¿Y no me daba además ocasión de satisfacer mi curiosidad? ¡Sí! Y para que mi aventura fuese completa, era del todo preciso descubrir el objeto oculto en la chimenea.

—Convenido, ¿verdad? —dijo el joven cogiendo el sombrero.

Salió precipitadamente cerrando tras sí la puerta, y oí sus pasos alejarse entre los bufidos de la tormenta.

Estaba solo. La cabañil me pertenecía e iba al fin a arrancarle su secreto. Empecé por apoderarme del libro dejado sobre la mesa: era el «Contrato social», de Rousseau. Excelente literatura que no esperaba yo encontrar en manos de un hombre que vendía azúcar y café de contrabando. En la primera página había escrito este nombre; «Luciano Lesage» y debajo, con letra de mujer: «A Luciano, de parte de Sybila». De modo que mi enigmático

compañero se llamaba Lesage. No me detuvo mucho este primer descubrimiento. Después de ver que ningún ruido se elevaba en derredor de la choza, sino el enorme aliento de la tormenta, me lancé a la chimenea y me encaramé al reborde de la piedra como había visto al joven.

La chimenea era por el estilo de las que se ven en las cocinas de granjas y cortijos. Se podía estar dentro de pie. Gracias a la viva claridad del hogar vi un agujero causado por la falta de un ladrillo, y en el agujero un pequeño paquete envuelto en tela amarilla y amarrado con cinta blanca. Lo abrí rápidamente y vi que encerraba muchas cartas y una ancha hoja de papel plegada en cuatro dobleces. Las direcciones de las cartas me asombraron. Estaban redactadas en el estilo corriente republicano y dirigidas al «ciudadano Talleyrand», «ciudadano Fouché», «ciudadano Soult», «ciudadano Macdonald», «ciudadano Berthier», en fin, a todos los dignatarios del ejército y la diplomacia, a los pilares del nuevo Imperio. ¡Ah, bien! ¿Y qué tenía aquel pretendido negociante de café con aquellos grandes personajes...? La hoja me lo explicaría quizá. Puse las cartas en su escondite y desdoblé el documento. Desde su primera frase me convencí de que más me hubiera valido seguir chapoteando en el pantano que penetrar en aquella maldita cabaña. He aquí lo que decía:

«Ciudadanos franceses:

»Los sucesos de hoy han probado que ni aun en medio de sus tropas podía sustraerse el tirano a la venganza del pueblo ultrajado. El comité de los *Tres*, obrando temporalmente por la República, ha decretado que Bonaparte, como Luis Capeto, debía sufrir la pena de muerte en castigo de su atentado del 18 Brumario...».

De pronto hube de soltar el rollo; dos anillos de hierro se ajustaban a mis tobillos. Aterrorizado, sin aliento, me incliné y entreveí, a la luz vacilante de las llamas, dos horribles manos, peludas, destacándose en relieve sobre el cuero de mis botas.

—Hola, amiguito. Os pescaron esta vez, ¿eh...? —gritó una voz de trueno.

IV

LOS CONSPIRADORES

Aturdido con la sorpresa, apenas pude darme cuenta de la extraordinaria situación en que me vi de pronto. Fui arrancado de aquel sitio, levantado en el aire y, finalmente, lanzado a tierra con tal violencia, que me quedé atolondrado durante algunos minutos.

—Esperad, Toussac ¡No le matéis aún —dijo una voz muy dulce—; veamos antes quién es!

Al mismo tiempo sentí sobre mi barba la presión de un pulgar enorme, mientras cuatro dedos se enroscaban a mi cuello como una argolla. Mi cabeza giró lentamente sobre sí misma, hasta que el dolor fue tan grande que lancé un gemido sordo.

—Un cuarto de línea más y ya es —dijo el hombre que me sostenía—, y sin ruido ni huella. Conocéis mi antiguo truco, ¿verdad?

—No, no, Toussac; no hagáis eso —repuso la misma voz dulce que acababa de hablar—. Ya he asistido a una de vuestras ejecuciones y es horrible: ¡crac! ¡Aquel chasquido me ha obsesionado durante meses enteros! ¡Decir que nuestra vida es una cosa tan frágil que una simple presión de dedos puede aniquilarla! No domará la inteligencia a la materia en un combate cuerpo a cuerpo...

Con la cabeza descompuesta, la barba tocándome casi la espalda, no veía ya a los que discutían mi muerte, pero los escuchaba todo oídos.

—Pero en fin, mi querido Carlos, este hombre posee ahora nuestro secreto más importante —esta vez era Lesage quién hablaba—. Hay que impedirle perjudicarnos a toda costa... Sin embargo, Toussac, dejadle; tampoco puede escapársenos.

Me volvieron a sentar por el mismo procedimiento que me habían derribado, es decir, con una brutalidad aterradora. Turbios aún mis ojos, distinguían mal a los miserables que me rodeaban. De que eran asesinos, no había duda; de que en aquel pantano estaba yo en su poder, menos aún. Sin

embargo, me acordé del nombre que llevaba y traté de disimular el temor que me invadía. Eran tres: Lesage y otros dos. Lesage estaba próximo a la mesa, con su libro en la mano, y me miraba con el aire zumbón de un jugador de ajedrez que acaba de batir a su adversario en toda la línea. A su lado, sentado sobre un cajón, había un hombre como de cuarenta años, de cara enjuta y avellanada, órbitas profundas, delgados labios.

Vestía una ropa color tabaco y sus piernas, de calzón corto atado a la rodilla con una hebilla de acero, eran de una delgadez fantástica. Me miraba fijamente y movía la cabeza de un modo poco tranquilizador. Pero el que más me aterraba era Toussac. Imaginad un ser colosal, casi disforme por el desarrollo de todos sus músculos, de pesadas piernas arqueadas como las de un chimpancé, brazos largos, terminados por manos vellosas, nudosas, semejantes a horribles patas y una cara invadida de barba espesa e inculta. Los cabellos, cayéndole en mechones sobre la frente, sombreaban su mirada feroz. Si los dos formaban un tribunal, éste desempeñaba, sin duda, las funciones de verdugo.

—¿De dónde viene? ¿Quién es? ¿Cómo ha descubierto nuestra guarida?
—preguntó el hombre del traje oscuro.

—Cuando lo divisé por la ventana, creí que erais vosotros. En efecto; ¿qué visitante osaría llegar aquí? Viendo que me había engañado le cerré la puerta y me apresuré a esconder nuestros papeles en la chimenea. Olvidaba, por desgracia, que le era fácil espiarme por las rendijas de la puerta y, sobre todo, por la de junto al quicio. Cuando salí para indicarle el camino, noté aquella abertura.

Enseguida tuve la corazonada de que me había observado y no dejaría de ir a buscar lo que la casualidad le revelara. Entonces lo llamé, lo hice entrar y procuré insinuarme en sus asuntos, calculando al par los medios de deshacerme de él.

—¡Qué diablos, un buen hachazo en la cabeza, y asunto concluido!

—Cierto, mi querido Toussac; pero tampoco está de más un poco de diplomacia.

—Bueno, bueno... Seguid —gruñó el coloso.

—Pues bien, este Laval...

—¿Laval...? —interrumpió el viejecillo.

—Sí, según él pretende... este Laval, ¿me había visto o no esconder nuestros papeles? Cuestión importante que había que resolver. Y he aquí el plan que concebí: Esperar hasta vuestra llegada, dejarlo solo en la choza y acecharlo tras de la ventana. Y así lo hice. En el momento en que me ponía en

emboscada, el caballerito trepaba a la chimenea. Entonces intervinisteis y Toussac tuvo la bondad de derribarlo.

El joven se irguió orgullosamente como esperando el aplauso de sus amigos.

—¡Bravo, Lesage! —dijo el viejo batiendo palmas—; os habéis excedido a vos mismo, querido... Cuando nuestra República se organice, sabremos dónde buscar nuestro prefecto de policía. Confieso que al entrar no comprendí nada de esas dos piernas que pendían de la chimenea; pero Toussac comenzó por atraparlas. Siempre práctico el bravo Toussac.

—Y dale y charla —gritó este último—. Recordad que, por haber hablado en vez de obrar, tiene aún la cabeza Bonaparte sobre los hombros y una corona en la frente. ¡Vamos; acabemos con este chico y ocupémonos de nuestros asuntos!

La distinción de Lesage, su lenguaje medido me habían hecho esperar de él un protector. Me sentí aniquilado cuando, dirigiéndole una muda súplica, sus ojos negros, adquiriendo una insólita dureza, se volvieron a otra parte.

—Toussac tiene razón. Devolver al caballero su libertad, es comprometer la nuestra.

—Llévela el diablo nuestra libertad. Decid que comprometemos el éxito de nuestra empresa, que es mucho más grave.

—Las dos cosas van juntas —replicó Lesage—. Por lo demás, no tenemos sino que atenernos al art. 13 de nuestra Constitución que expresamente estipula la pena aplicable en esta circunstancia. Nuestra responsabilidad se resguarda con las de los que han redactado el artículo.

¡Ah! ¡Qué desfallecimiento al escuchar a aquel joven, de figura idealmente bella, sostener los razonamientos de la innoble bestia, siempre inclinada a mí como un tigre presto a devorar su presa! Sin embargo, pronto tuve un rastro de esperanza. El viejo, que durante el debate no había cesado de mirarme fijo, silencioso, manifestó de pronto cierta inquietud ante las disposiciones sanguinarias de sus camaradas.

—Mi querido Luciano —dijo dulcemente poniendo su mano en el brazo del joven—; nosotros, filósofos, debemos tener un gran respeto al carácter sagrado de la vida humana. Pensad que es un altar que no se viola impunemente. ¿No era ésa vuestra opinión cuando Marat espantaba a Francia en sus abominaciones?

—Carlos, mucho os estimo y me place considerarme el más ferviente discípulo vuestro, pero en este momento debemos hacer muy otro que

enunciar banales teorías. Está en juego nuestra seguridad, no hay que tergiversar la cosa. Nadie seguramente más enemigo de crueldades que yo; sin embargo, frente a un peligro inminente sé imponer silencio a mi sensibilidad... Recordad la destreza con que Toussac suprimió al hombre de Bow Street. Un chasquido, y nada más. Por cierto que a aquél lo condenasteis vos mismo.

—¡Esperad, Toussac! —gritó el viejecillo cuando el hércules, impacientado de aquellas temperancias me volvió a poner el pulgar sobre la barba—. Luciano, apelo a vuestro honor, a vuestros principios de moral. ¡No, vos no sufriréis que tal Crimen se cometa! Suponed un cambio de suerte. Suponed que nos prenden y nos llevan ante la policía, ¿no nos quitaría la muerte de este niño toda esperanza de misericordia...?

El joven palideció. Este último argumento lo hacía dudar.

—Presos... ajusticiados... —tartamudeó—. ¡Ah! Carlos, de sobra sabéis que de todos modos seríamos condenados infaliblemente. No, no. En ningún caso puede haber misericordia para nosotros. Creedme. Obedezcamos al art. 13.

—Y ese mismo artículo, ¿no nos deja cierta amplitud? Sí; puesto que formamos parte del comité secreto.

—Conforme; pero olvidáis que hace falta una mayoría para modificar los artículos de la ley y no somos más que tres...

La argolla se apretó de nuevo sobre mi nuca y mi barba llegó a rozarme el hombro. En una corta plegaria encomendé mi alma a la Virgen y a San Ignacio, patronos perpetuos de mi familia. En el instante, el hombre del traje oscuro se lanzó sobre mí y me arrancó de manos de Toussac en un raptó de ira que difería por completo de su calma habitual.

—¡No lo mataréis! —dijo con voz ronca por la cólera. ¿Con qué derecho os oponéis a mi voluntad? Toussac, os ordeno soltarlo. ¡Quitad vuestro dedo...!

Y notando que sus compañeros seguían inflexibles y que nada obtendría por la violencia, cambió de tono.

—Veamos, Luciano; escuchad lo que os propongo. Voy a interrogarlo: si es un espía lo abandonaré a Toussac; pero si sólo es un viajero inofensivo conducido aquí por su mala estrella, si no ha leído nuestros documentos más que por una loca curiosidad, entonces me pertenecerá.

Yo, por mi parte, no había dicho una palabra en mi defensa. Tuve luego ocasión de felicitarme de un silencio que, a la verdad, me inspiraba más el orgullo que el valor. Perder a un tiempo la vida y la dignidad, fuera

demasiado. Cuando el viejo intercedió por mí, escudriñé ansioso las caras de Toussac y Lesage. Mi aliento estaba pendiente de su respuesta. Pero la bestialidad del uno me repugnaba menos que la hipócrita bajeza del otro. Lesage, dándose golpecitos en los dientes con las uñas, repetía bromeando:

—Artículo 13. Artículo 13.

—Pues bien; yo asumo la responsabilidad —dijo el viejo.

—No ignoraréis —añadió Toussac a su vez— que junto al art. 13 hay otro que señala que el que haya dado asilo o protegido a un criminal, incurrirá, como éste, en la pena de muerte.

—Toussac, vos sois un excelente hombre de acción —replicó el viejo, nada desconcertado por este ataque directo—, pero no os metáis a discutir, porque saldríais perdiendo.

Su aire de tranquila superioridad intimidó al coloso, que se contentó con alzar los hombros sin responder.

—En cuanto a vos, Luciano, me asombra que tratéis tanto de entorpecer mis deseos. Si habéis sido iniciado en los verdaderos principios de libertad e igualdad, si habéis sido admitido en nuestra sociedad gloriosa que se propone la restauración de la República... ¿a quién se lo debéis?

—Mi buen Carlos, persuadíos que no trataré nunca de entorpecer el cumplimiento de vuestros deseos. Lo que quiero en estas circunstancias es que un rasgo generoso de vuestro corazón no os arrastre fuera del camino recto. Pero interrogad a ese joven y os convenceréis vos mismo de que el castigo que queremos infligirle está justamente merecido.

Tal era mi opinión. En suma, yo poseía el secreto de aquellos hombres y podía entregarlos al siguiente día al emperador. ¿Cómo alimentar esperanzas de que me dejasen salir vivo de entre sus manos? Pero la vida tiene sus encantos, y cuando se aflojó la mano de Toussac, cuando el aire penetró hasta mis pulmones, sentí un alivio, un bienestar infinitos. Después de estar como sumido en un negro pozo, la luz me fluía dulce al alma; me serenaba poco a poco, gozando de la dicha de *ser*, de respirar libremente.

Pasado este primer momento me hallé cara a cara con mi juez, que tenía una tez toda arrugada y curtida como la corteza de un árbol.

—¿De dónde venís? —me preguntó.

—De Inglaterra.

—Pero ¿sois francés?

—Sí.

—¿Cuándo habéis llegado?

—Esta tarde.

—¿Cómo?

—En un barco de Douvres.

—Lo que dice es exacto, lo he visto desembarcar un poco después que zarpó el buque que me trajo.

—¿Conque el barco que había huido de nosotros en la sombra era...? Ahora me explicaba su maniobra.

Recomenzó el viejo su interrogatorio. Pero las preguntas que me hacía eran positivamente absurdas. Además dudaba, tartamudeaba, se perdía en busca de las palabras, analizaba cada una de mis respuestas y se absorbía a veces en meditaciones de algunos segundos intempestivamente. Luciano y Toussac se impacientaban. ¿Qué significaba aquella farsa ridícula? ¿El buen hombre llevaba un fin? Sí; seguramente, porque bien claro estaba que quería ganar tiempo. Pero ¿por qué...? De pronto, con esa lucidez que da al espíritu la certeza de un peligro, adiviné que esperaba a alguien, que ese alguien no tardaría y que contaba con él para salvarme. Y me puse a hablar, a hablar locamente; conté mi viaje, mi discusión con el patrón del bergantín, mi carrera en el pantano, mientras él me escuchaba con los ojos inquietos y los dedos formando pabellón alrededor del oído.

Toussac, a quien irritaba mi palabrería, me interrumpió con un juramento:

—¡Basta ya! —exclamó—. No hemos venido aquí, supongo, para oír tales canciones ni para eso he arriesgado yo la piel. Acabemos, os digo, con este chico y ocupémonos de nuestro asunto.

—Como queráis —respondió el viejecillo—. Aquí hay precisamente un viejo armario que viene de molde para servirle de calabozo. Voy a instalarlo ahí y cuando hayamos despachado nuestro asunto terminaré el interrogatorio.

—Decididamente estáis loco —dijo Toussac—. No os suponía tanta delicadeza. ¡No tuvisteis mucha, sin embargo, con el hombre de Bow Street...! En fin, os lo repito, ese joven posee nuestro secreto y es preciso que muera o él será quien nos lleve al cadalso.

Sus horribles patas se alargaban para apretarme la garganta, cuando de pronto, Lesage se levantó pálido, apretando los dientes, señalando la puerta con su índice.

—¡Escuchad...! —murmuró.

—¿Qué es? —dijeron los otros.

Los cuatro permanecemos inmóviles, anhelantes... pero sin oír otra cosa que los aullidos del viento.

—¡Ah! Me había engañado —exclamó Lesage con una risita nerviosa.

—Sí, habéis soñado —refunfuñó Toussac.

—¡Chut! —Hizo otra vez el joven.

Y esta vez un grito se alzó por cima de la tempestad, un grito singular que empezaba en una nota grave y se terminaba en una larga queja muy aguda.

—¡Un perro...! Maldición, estamos descubiertos.

Lesage corrió a la chimenea, se apoderó de todos los papeles y los echó al fuego. Toussac agarró el hacha. El viejo separó el montón de redes y entreabrió una puerta disimulada en el muro.



Toussac agarró el hacha, pronto a defenderse. (Pag. 20.)

—Pronto, entrad ahí —me dijo por lo bajo.
—Y yo me lancé en el escondite.

V

LA LEY

El armario en que me encontraba era bajo y estrecho. Toda la parte alta estaba ocupada por unos cestos redondos, que luego reconocí como cebos de langosta. Por las rendijas de la madera se veía muy bien lo que ocurría en el cuarto, y a pesar de la fatiga y la emoción que me rendían, me quedé fascinado ante el espectáculo que se desarrolló a mis ojos. Mi defensor, siempre tranquilo, se había vuelto a sentar sobre un cajón. Con las piernas cruzadas y las manos juntas alrededor de la rodilla, se mecía tranquilamente de adelante a atrás; pero le noté un tic en que antes no había reparado: una presión de mandíbulas, un esfuerzo rítmico que hacía inflarse sus sienes como las ampollas de un pez. Junto a él Lesage temblaba, sudando de angustia.

De cuando en cuando trataba de erguirse contra el miedo, pero pronto caía en un completo anonadamiento. Toussac, en cambio, estaba soberbio. Su alta estatura se destacaba sobre el cuadro rojo de la chimenea. El hacha en la mano, la cabeza atrás, se diría un atleta presto a la lucha. Los ladridos del perro se aproximaban. Toussac atravesó el cuarto y abrió la puerta.

—¡No, no! —gritó Lesage—; no le dejéis entrar.

Vamos, ¿no comprendéis que nuestra única esperanza de salvación es matarlo?

—Pero ¿si ellos vienen detrás?

—Estaríamos perdidos. Pero no vienen.

Lesage se agazapó bajo la mesa. El viejecillo continuaba meciéndose con una singular sonrisa. Su mano descarnada asentaba la pechera de su camisa. Me pareció que escondía un arma en el pecho. Toussac, plantado en el dintel de la puerta, aguardaba. A despecho de la aversión que me inspiraba no podía menos de admirar su actitud valerosa. Yo, único testigo de aquel drama, contenía el aliento sin menearme.

De pronto se operó un cambio brusco; Toussac blandió el hacha sobre su cabeza, Lesage se dejó caer en el suelo, el viejo cesó de mecerse y se quedó

inmóvil como una estatua. Luego oí una especie de flac-flac y una masa oscura apareció a la puerta de la choza. Toussac hirió. El hacha penetró entera en la garganta del animal. El golpe había sido tan violento, que el hombre y la bestia rodaron juntos, resollando, aullando, desgarrándose... ¡Era espantoso...! Toussac hundía los dedos en la garganta del perro, revolvía aquella carne palpitante con rugidos de hiena. Y la bestia mordía, se sacudía, con la boca espumante y las pupilas vidriosas. Al fin el hombre se levantó con las manos horribles de sangre; el perro lanzó un ladrido ronco y estiró las patas en una última convulsión. Sólo quedó en tierra un montón informe sobre un charco rojo.

—¡Ahora —aulló Toussac— huyamos! Y se lanzó fuera de la cabaña.

Lesage, que durante el combate se había arrastrado hasta el fondo de la choza, se incorporó a la partida de Toussac.

—¡Ah, sí, Carlos, huyamos! —exclamó.

Pero el otro, imperturbable, fue a cerrar la puerta, quitó la llave y se la guardó en el bolsillo.

—Mi querido amigo —dijo—, un consejo: quedaos.

Lesage lo miró estupefacto, y luego con indecible expresión de terror:

—Vaya, Carlos —dijo— os chanceáis, ¿verdad?

—¿Yo? ¡Nada de eso!

—Pero... la policía vendrá antes de un minuto.

—Seguramente.

—¡Pues... huyamos... entonces!

—No. Nos quedaremos aquí.

—Estáis loco... archiloco... Después de todo quedaos vos, si queréis. Yo parto.

Y corrió a la puerta. Pero el viejo se colocó delante y lo detuvo con un gesto autoritario.

—Luciano, no sois más que un imbécil, un engañado, ¿lo oís?, engañado miserablemente.

Lesage estaba petrificado. De pronto súbita luz iluminó el caos que turbaba su alma.

—¡Vos, vos, Carlos... un espía...! —balbuceó.

—Sí, yo.

Y el viejo tuvo una risa muda que me heló.

—¡Vos, que erais el alma de nuestra sociedad —repuso Lesage—; vos, el presidente de nuestro comité secreto; vos, que nos arrastrasteis a todos! ¡Oh,

Carlos, mal habéis hecho! ¡Mirad! ¡Llegan! ¡Dejadme huir! ¡Os lo suplico! ¡Dejadme huir.

La casa color de madera vieja se movió lentamente de derecha a izquierda.

El joven se daba de palmadas en la frente.

—¡Un espía! —repetí—. ¡Carlos, un espía! Pero ¡si erais el más revolucionario de todos! ¡Cuántas veces os hemos rodeado para escuchar vuestras doctrinas subversivas!

Y cambiando bruscamente de ideas:

—Entonces Sibyla... también... ¡No, no, Sibyla, no! Carlos, decidme que os chanceáis, decidlo.

Los rasgos del viejo se desarrugaron.

—Vuestro asombro me halaga mucho —dijo—. He representado bien mi papel. No es culpa mía si han sido lo bastante torpes para soltar el perro. En fin, no he hecho más que una captura; pero al menos es la de un osado y peligroso conspirador.

Mientras hablaba no había sacado la mano del pecho. Ahora la sacó, pero dejando ver la culata de una pistola.

—No, es inútil —dijo, respondiendo a un movimiento del joven—; aquí os quedaréis, muerto o vivo.

Lesage se echó a llorar, balbuceando:

—¡Ah!, sois muy fuerte. Bien está; pero ya veremos cómo explicáis vuestra conducta al emperador... porque no me impediréis hablar.

—Precisamente —observó el viejo, y sacando la pistola apuntó a Lesage— no había yo aún decidido en qué estado os entregaría, y más vale que sea... muerto.

Cuando el combate de Toussac con el perro había yo temblado de horror; pero ahora un sentimiento inexplicable se apoderaba de mí: vergüenza, asco, piedad, con mezcla de desesperación por estar allí encerrado en aquel antro infecto.

Sí, viendo a aquel joven elegante, de poético rostro, predestinado a la contemplación y a las alegrías tranquilas, subyugado por una voluntad superior a la suya, inepto para desempeñar el terrible papel que le habían impuesto, olvidé su astucia, su cobardía y hasta el encarnizamiento con que había reclamado mi muerte. Entonces, sin poder aguantar más, salí del armario y me interpose entre el viejo y su víctima.

En este momento confuso ruido de voces y sonar de espadas llamaron nuestra atención.

—¡En nombre del emperador! —gritaron.

Y la puerta cayó derribada con estruendo.

El viento penetró en la choza. Bajo la lluvia que caía sin tregua distinguí un grupo de caballeros. De los más lejanos sólo se distinguían los plumeros ondeantes, las flotantes capas; pero los que se habían adelantado y se veían a la luz de la lámpara se nos presentaban bajo un magnífico aspecto de grandeza y virilidad.

Eran dos soldados, dos húsares que tenían los caballos del diestro, y entre ellos un oficial con botas hasta la rodilla, uniforme azul galoneado de plata. Un buen mozo de tez pálida, ojos negros y largos bigotes que pasaban el barboquejo de su casco. El traje le sentaba a maravilla, haciendo ver su talla esbelta y bien portada. Yo admiraba su modo de arrojar la capa sobre el hombro y llevar la mano a la empuñadura del sable. Sus ojos recorrieron la cabaña decrepita, humosa, el suelo manchado de sangre, y luego se fijaron en los que allí estaban.

—¿Y bien? —dijo fríamente.

El viejo deslizó la pistola en sus bolsillos.

—He aquí Luciano Lesage —dijo, designando al joven— tendido en el suelo.

—¡Bonito conspirador! —observó el oficial—. Vamos, levantaos, miserable Gerad, a vos confío el prisionero; lo llevaréis al campamento.

Un joven teniente penetró en la choza, y con ayuda de dos soldados se llevó a Lesage medio muerto de terror.

—¿Dónde está el otro, el que llaman Toussac?

—Ha degollado el perro y ha huido. Lesage habría hecho otro tanto si yo no se lo impidiera. ¿Por qué diablos soltasteis el perro? No importa, coronel Lassalle; podéis felicitar me, porque no ha sido chico asunto, y tendió la mano al oficial. Pero éste sin tomarla le volvió la espalda e interpeló a alguien de fuera:

—¿Lo oís, general Savary? Toussac ha huido.

Un hombre, aún joven y muy alto, apareció a su vez en el círculo iluminado. Su cara, ligeramente atezada, se contrajo al oír la enojosa noticia.

—Pero entonces, ¿quién es ése? —dijo designándome—. Creí que sólo habría dos personas con vos...

—Perdón, general —exclamó el viejo—. Yo os dije que esta cabaña era la cita de los conspiradores, pero hasta el último momento ignoraba a quiénes iba a encontrar. Os he procurado los medios de apoderaros de Toussac...

Habéis soltado el perro... peor para vos. De seguro que el emperador os pedirá cuenta de esa imprudencia.

—Eso es cuestión mía —replicó severamente el general Savary—. Pero no me habéis respondido. ¿Quién ese joven?

Parecióme inútil ocultar mi nombre, pues tenía encima una carta que lo hubiera revelado.

—Luis de Laval —dije, presentándome con cierta suficiencia.

Por cierto que entre las nieblas de Inglaterra nos habíamos creído demasiado de nuestra importancia. Mi nombre, con toda su aristocracia, no produjo efecto alguno. El general Savary se limitó a inscribirlo en su cuaderno.

—El señor de Laval nada tiene que ver en esto —dijo el viejo espía—; el azar solamente lo condujo a esta cabaña. Responderé por él si es necesario.

—Está bien —dijo el general—. Yo tengo ahora necesidad de toda mi gente para perseguir a Toussac; lo dejo bajo vuestra custodia. Queda a disposición del emperador. A propósito, ¿no hay papeles importantes?

—Lesage los quemó todos, general.

—¡Ah!

—Pero yo poseo el duplicado.

—Bien... Vamos, venid, Lassalle; no hay que perder momento. Escalonad a vuestros hombres a lo largo del pantano.

Los dos oficiales abandonaron la choza sin ocuparse más de mi compañero. Algunas órdenes breves, ruido de sables al montar los soldados, y se alejaron.

El viejo, apoyado en el quicio de la puerta, los siguió con la mirada hasta que se perdieron en las sombras.

Al entrar me inspeccionó con su sonrisa enigmática.

—Y bien, joven, acabáis de asistir a una representación de las más interesantes. Bonitos cuadros vivos, ¿eh? Dadme las gracias por la buena localidad que os he proporcionado. ¡Vaya una butaca de orquesta!

—Señor, os estoy verdaderamente reconocido —dije, sobreponiendo la gratitud a la instintiva repulsión que me inspiraba—. No sé cómo expresaros...

Se encogió de hombros.

—Ya me daréis las gracias más tarde. Entretanto, como sois extraño al país, y yo soy, además, responsable de vuestra persona, vais a acompañarme, y yo creo que acabaréis tranquilamente la noche.

VI

EL SUBTERRÁNEO

El fuego moría; apagó mi compañero la lámpara y salimos. El viento apaciguado; caía ahora una menuda lluvia penetrante. Al cabo de cinco minutos ya no distinguíamos nada de la maldita choza, donde por poco me asesinan. Solo no hubiera dejado de perderme como antes. Pero esta vez tenía un guía experto y conocedor de la comarca, que iba con paso firme y rápido. Trabajo me costaba seguirle, porque las ansias sufridas en aquellas dos horas me habían acabado de destrozar. Con mi hatillo bajo el brazo me arrastraba, pues, penosamente al lado del viejo, perdido el pensamiento en vagas cavilaciones.

Aunque muy joven, no dejaba de conocer perfectamente la vida y asuntos interiores de Francia. ¡Había oído tantas veces en Ahsford a los emigrados discutir los menores acontecimientos políticos...! Sabía que el encumbramiento de Napoleón había desesperado a los jacobinos y a los republicanos avanzados, que veían cómo todos sus esfuerzos para abolir los reyes habían ido a parar a la instauración de un Imperio. Los partidarios de los Borbones quedaron por su parte cruelmente desconcertados ante la manera con que el pueblo francés acogiera a aquel aventurero, sin nobleza, sin fortuna, al Bonaparte del 18 Brumario. ¡Ah! Si ellos esperaban el restablecimiento del orden en la patria, no era seguramente pensando en semejante jefe. Así, por motivos distintos, los partidarios más opuestos se unían en su odio a Napoleón y en su deseo de derribarlo. De aquí una porción de conspiraciones, casi todas urdidas en Inglaterra; de aquí también todo un servicio de espionaje, organizado por Fouché y Savary, encargados de velar por la seguridad del emperador. Un azar singular me había traído a Francia al par de un peligroso conspirador y me había proporcionado la ocasión de examinar los procedimientos de la policía imperial. Recapitulando los incidentes de la noche, mi carrera por los pantanos, mi llegada a la cabaña, el descubrimiento de los papeles, el largo período de angustia en que Toussac

quería estrangularme, las escenas conmovedoras a que asistí, la prisión de Lesage, la muerte del perro, no me extrañaba estar muy excitado, nervioso, presa de una especie de abandono enfermizo. Sonabanme aún en los oídos confusamente las palabras del general Savary, frases de Lesage, aullidos, ladridos... y una revolución de imágenes se presentaba a mis ojos.

En fin, cosa cierta y probada era que estaba a merced del extraño viejo, cuya incalificable conducta me había llenado de repugnancia. El ardid que empleara para entregar a sus cómplices, el cinismo de su discusión con Lesage, todo denotaba un alma vil y baja. Sin embargo, no podía disimularme que me había arrancado a una muerte cierta. Entre Toussac y Lesage mi situación era desesperada, y él no vaciló para salvarme en arrostrar el furor del uno y el resentimiento del otro.

—Luego —añadía yo—, nada le impedía denunciarme como conspirador. Yo no hubiera podido probar mi inocencia.

No importa; aquel hombrecillo flaco, con cara de piedra, me producía una impresión extraordinaria. Me sentía a la vez atraído y rechazado; estaba inquieto, triste; dividido entre el deseo de saber lo que era y hacía y el de alejarme de él y huir bruscamente.

Después de recorrer dos o tres millas en silencio, le pedí de pronto que me explicase algo de lo sucedido en la cabaña.

Percibí en la sombra su sonrisa ahogada.

—De veras me divertís, caballero... caballero... ¿Cómo habéis dicho?

—De Laval.

—Eso es, de Laval. Tenéis toda la impetuosidad y el candor de la juventud, antes quisisteis ver lo que Lesage escondía en la chimenea... y allá os encaramasteis. Ahora tenéis necesidad de conocer los móviles que me han hecho entregar a mis colegas, y me pedís que os los diga sencillamente. Yo que estoy siempre con gentes preocupadas de ocultar sus sentimientos, confieso que me place vuestra franqueza.

—Señor —le dije— yo no tengo por qué considerar los móviles con que obráis; me habéis salvado la vida y os doy las gracias.

Mi modo de hablarle le reveló cuánto me costaba expresarle mi gratitud.

—No, no me deis las gracias —dijo—. Si vuestra muerte hubiera sido necesaria a mis designios os habría abandonado a Toussac. Estáis convencido, ¿verdad? Así, pues, no me sois deudor de gratitud alguna.

Y añadió con amargura:

—Os tendería la mano y haríais como ese tarambana de Lassalle, volver la espalda sin tomarla... Sí, es muy bello batirse por el emperador, pero ¿qué es

eso en comparación de la lucha incesante que yo sostengo contra fanáticos, cuyas doctrinas los ponen fuera de toda ley humana? La muerte... la afronto yo a cada instante, siempre está suspensa sobre mi cabeza... Sin embargo, no merezco —dicen— el título de hombre de honor. ¿Por qué...? Sí, ¿por qué? —repitió—. Creo haber desplegado más valor en una sola de mis entrevistas con Toussac que Lassalle en todas sus cargas de caballería. Y en cuanto a servicios, ningún mariscal de Francia los ha prestado como yo. Vos no lo creéis así de seguro, señor... señor...

—De Laval.

—Sí, eso. Es extraño, nunca me acuerdo de vuestro nombre. Digo, pues, que debéis compartir las opiniones del coronel Lassalle.

—Mis opiniones importan poco —dije—. Otra vez os digo que os debo la vida. Gracias.

Iba a responder, pero sonaron dos detonaciones y luego clamores lejanos. Nos detuvimos... Nada ya.

—Habrán visto a Toussac —dijo el viejo—. Mucho me temo que no logren atraparlo. Es listo. A propósito, ¿qué pensáis de él? ¿Sabéis que tendríais que andar mucho para encontrar un barbián semejante?

—Más andaría para evitarlo —exclamé yo—, sobre todo no estando en situación de defenderme...

Mi compañero me aprobó riendo.

—Sin embargo —dijo—, es hombre de una grande honradez, virtud rara en este tiempo. Se arrojó a la Revolución con el ímpetu de una naturaleza sana y recta, seducido por las brillantes promesas de escritores y oradores, por las proclamas entusiastas de los diputados del Tercer Estado.

Estaba persuadido de que luego de las turbulencias y ejecuciones necesarias, Francia sería el centro de la paz, de la dicha, de la fraternidad. Muchas gentes alimentaban tan bellas ilusiones. ¡Ay, la guillotina las segó todas como espigas maduras! Y cuando en lugar de paz encontró la guerra y en vez de la dicha una miseria horrenda y un imperio en clase de libertad, Toussac se volvió loco. Hoy es un bruto, una fiera; ya lo habéis visto. No tiene más que una idea: perseguir, exterminar a los que han destruido su ideal político. Y ha consagrado a esta venganza su fuerza de gigante. Nada teme; es perseverante, implacable, terrible. Me matará seguramente por la jugada que le he hecho esta noche.

Esta reflexión fue hecha con la mayor flema. Entonces comprendí que no se jactaba el viejo afirmando que más valor necesitaba él para ser espía que Lassalle para cargar al frente de sus coraceros.

—Sí, hice mal en no dispararle mientras peleaba con el perro... Pero si le hubiera herido solamente, me habría despedazado... No, decididamente, mejor es así...

Habíamos salido del pantano y comenzábamos a pisar un césped muy suave y espeso. El camino daba vuelta a la cima de bajas colinas. Mi compañero marchaba siempre sin vacilaciones al paso rápido con que saliera de la choza. Esto me venía bien, pues si no me hubiera dormido de pie.

Cuando partí a Inglaterra tenía yo apenas ocho años, de modo que apenas guardaba un vago recuerdo de mi país. No me figuraba, pues, el sitio donde estábamos, ni pensaba en ello. Un embrutecimiento completo se apoderó de mí. Todo me era igual. Sólo deseaba dormir, dormir mucho tiempo. Levantaba los pies y los ponía en el suelo con un movimiento automático. Dormía al andar.

De pronto me desperté estremecido. El viejo se había detenido al borde de una inmensa abertura, cuyos bordes se dibujaban vagamente a la luz velada de la luna. Ya no llovía, pero las nubes rodaban por el cielo. Nos hallábamos ante una cantera abandonada y casi invadida por una vegetación de zarzas y retamas.

El viejo se aventuró en ella después de asegurarse de que nadie nos espiaba y yo eché tras él. Pronto nos detuvimos ante una alta roca en forma de monolito.

—¿No distinguís ninguna luz? —me preguntó mi compañero.

Yo escudriñé las tinieblas en todas direcciones y no vi nada.

—Bueno. Entrad, joven. Os sigo.

Me quedé estupefacto. Un oscuro agujero socavaba la base del monolito. Mientras yo inspeccionaba los contornos, el viejo había arrancado las retamas que ocultaban este orificio, sin duda de él sólo conocido.

—Es un poco estrecho al principio —dijo—; pero luego se ensancha. Yo no me decidía.

Después de todo, ¿quién era aquel enigmático personaje? ¿Dónde me llevaba? ¿Vivía en una guarida como un tigre? ¿Quería precipitarme en una trampa? La luna, saliendo un instante, iluminaba la abertura misteriosa. Era horrible. Diríase una boca desdentada en la faz lívida de un cadáver.

—Es demasiado tarde para retroceder —observó mi compañero—. Vamos, tened confianza en mí.

—Estoy a vuestras órdenes —dije.

—Entonces, pasad adelante.

Me introduje en un pasaje talmente apretado y bajo, que tuve que arrastrarme de rodillas. Volviéndome percibí la silueta angulosa del espía, un momento inmóvil a la entrada. Después oí crujir de ramas y toda claridad desapareció. Había vuelto a cerrar el hueco y el viejo se arrastraba detrás de mí.

—Id hasta donde toquéis un escalón —me dijo—. Allí estaremos más anchos y podré batir el eslabón.

Felizmente para mí en aquella época era yo delgado. No sé de otro modo cómo me las hubiera compuesto en aquel tubo cuyo techo tocaba mi espalda y cuyas paredes rozaban mis codos.

Al cuarto de hora de este paseo de pielroja, mis manos hallaron efectivamente un escalón. Lo subí, y al instante me dió en pleno rostro una bocanada de aire que me advirtió estábamos en un sitio más amplio. Un chasquido, una chispa y al fin tuvimos luz: una llamita amarilla y tímida, pero gracias a ella veíamos. Enseguida examiné el lugar adonde habíamos desembocado. Era un subterráneo bastante alto para estar de pie y que parecía muy extenso. Pero estaba a medias hundido, y los desprendimientos de piedra tapaban el pasaje primitivo que a él conducía. Por eso sin duda habrían socavado aquella especie de mina que acabábamos de atravesar. Los trabajos estaban recientes, pues aún vi en el suelo las herramientas de perforar la roca. Mi compañero volvió a caminar.

—¿Habéis visto esto en Inglaterra? —interrogó.

—No, nunca.

—Vuestros antepasados, joven, eran gentes precavidas, pues se preparaban la retirada para caso de revoluciones. Ahora que ha vuelto el mal tiempo, sus subterráneos son bien útiles para los que los descubrieron.

—¿Y éste, adónde conduce? —le pregunté yo.

—Aquí —dijo el viejo, designando una puerta forrada de hierro. Tanteó luego las cerraduras, colocándose de modo que me fuera imposible ver lo que hacía. Adiviné que buscaba un secreto. La puerta giró sobre sus goznes con un espantoso chirrido y divisé una escalera de tramos inseguros y gastados.

—Cuidado, joven, es muy pina.

Subimos. En lo alto había una segunda puerta que el viejo abrió como la primera.

Cada vez estaba yo más asombrado. ¿Era el mismo Luis de Laval, ayer aún habitante en la posada de «El Hombre Verde», en Ahsford Rent, o el héroe de alguna aventura de Pigault-Lebrun?

Aquellos arcos musgosos, las macizas puertas, el subterráneo, la escalera tortuosa, surgían ante mí como visión fantástica y perturbadora. Pero lo que me traía a la realidad era la vela humosa, mis vestidos llenos de barro y, sobre todo, la fisonomía de mi compañero.

Estábamos ahora en un vestíbulo enlosado de mármol, alumbrado en el fondo por una lámpara de aceite. A la derecha dos ventanas herméticamente cerradas por puertas de madera. Habíamos, pues, vuelto a la superficie de la tierra Atravesando el vestíbulo, y después de recorrer una serie de pasillos y pequeñas piezas, el viejo me introdujo en una habitación confortablemente amueblada.

—Espero que se contentará por esta noche.

—¡Ah! Sí, ya lo creo.

Nada deseaba yo más que soltarlas ropas mojadas y tenderme bajo aquellas sábanas, cuya blancura me deslumbraba. Tuve, sin embargo, un último ataque de curiosidad:

—Señor —dije— ¿queréis colmar vuestras bondades diciéndome dónde estoy?

—Estáis en mi casa y eso os basta por esta noche. Mañana sabréis más.

Llamó. Un innoble criado, todo desgachado, con los ojos hinchados y el pelo revuelto, se presentó:

—Vuestra ama está acostada.

—Sí, señor; hace más de dos horas.

—Bien, idos.

Y dirigiéndose a mí:

—Buenas noches. Os despertaré mañana por la mañana.

Se retiró. El ruido de sus pasos se alejó en el corredor, y yo me dormí con un sueño de plomo. Era el fin de la pesadilla.

VII

EL PROPIETARIO DE GROSBOIS

Mi huésped cumplió la palabra. Al despertarme lo hallé al pie de mi cama. Su cara tranquila, recién afeitada, su porte modesto y bien cuidado no habrían hecho suponer un solo instante que había tomado parte en el horrible drama de la cabaña. Inclinado sobre mí me miraba con benevolencia, y, a pesar de ello, inmediatamente, al verlo, sentí la instintiva repulsión que me obsesionara mientras caminábamos juntos la noche antes, y me decía a mí mismo que no respiraría tranquilo hasta romper con él.

Tenía en los brazos un montón de ropa que echó sobre una silla.

—Por lo que me contabais ayer —dijo— infiero que vuestro guardarropa no estará muy bien provisto; de modo que aquí os traigo algunas prendas. Desgraciada o felizmente para vos, sois más grande que las gentes de mi casa... En fin, tomad lo que os parezca... También os traigo navajas, jabón y una caja de polvos. Volveré dentro de una hora, cuando estéis vestido.

—¡Bah! —pensé yo, con un buen cepillo estarán mis vestidos bastante decentes. Me repugnaba vestir de prestado. Saqué, pues, del paquete solamente una camisa tableada y una corbata de satén negro. Acabé de vestirme y me puse a la ventana hasta que volvió mi huésped, el cual me examinó atentamente y pareció satisfecho.

—Bien, bien —dijo con aire de conecedor—. En mi tiempo no nos vestíamos con tanta elegancia para viajar; ahora es de buen tono. Vamos, seguidme.

Su solicitud por mi traje me extrañó; pero esto no era nada al lado de lo que me esperaba.

Atravesado el corredor nos hallamos en un gran *hall*. ¿Soñaba yo acaso...? Creía haber visto ya aquella inmensa pieza abovedada, con columnas de mármol rojo. ¡Pero no, qué idea...! De pronto me estremecí. Frente a mí estaba el retrato de mi padre. Aniquilado, sin voz, palpitante, me

volví hacia el espía. Sus ojos grises me penetraron hasta el alma como dos hojas aceradas.

—Parecéis sorprendido, señor de Laval.

Fue como una descarga.

—Por el amor de Dios, señor —exclamé—, ¿dónde estoy? ¿Quién sois vos?

En vez de responderme sonrió, y casi por fuerza me hizo entrar en un comedor donde la mesa estaba servida. Cerca de ella, una joven, sentada en una silla baja, leía en un libro. Se levantó a nuestra llegada y vi que era alta y delgada, muy negros el pelo y las cejas, los ojos verdosos, recta la nariz y un poco acentuada, pero correcta, labios rojos y dorada piel.

La mirada que me lanzó en el primer momento me dejó parado.

—Sibyla —dijo el viejo, y sus palabras me cortaron la respiración—, he aquí a vuestro primo Luis de Laval. Mi querido sobrino, mi hija Sibyla Bernac.

—¿Cómo. —Balbuceé—, sois...?

—El hermano de vuestra madre, Carlos Bernac.

Me quedé estupefacto.

—Sois mi tío Bernac... Pero ¿por qué no me lo dijisteis antes?

—Para tener tiempo de estudiaros a mi gusto. Me agradaba ver lo que la educación inglesa había hecho de mi sobrino. Además, hijo mío, confesad que me hubiera sido difícil defenderos esta noche si mis colegas hubieran sospechado el parentesco. Excusad una recepción que imponían las circunstancias. Estoy seguro de que Sibyla me ayudará a rescatarla.

Y sonrió a su hija, que me examinaba fríamente.

Yo admiraba aquel comedor con sus tallas, armas, trofeos, escudos y poco a poco se afirmaba mi memoria.

Sí, ya lo reconocía del todo. Y reconocía también el paisaje que más allá de las ojivas se desarrollaba; los viejos robles de añosos troncos; el parque con sus terrazas, su césped y al fin el mar. Sí. Estaba en Grosbois. Y aquel hombre agarrotado en su mezquino traje color tabaco, aquel hombre de cara astuta, el vil espía, era el mismo que traicionara a mi padre y lo desposeyera. Y, sin embargo, me había salvado la vida. Un tumulto de sensaciones confusas me asaltaba. Nos sentamos a la mesa. Mi tío me explicaba aún las razones por que había guardado el incógnito.

—Adiviné enseguida quién erais —añadió—, porque sois el retrato de vuestro padre. Sabéis que *monsieur* de Laval pasaba por el hombre más bello de la provincia. Vos no sois menos que él.

Me incliné sonriendo.

—Y además, hay pocos hombres de vuestro aspecto que se paseen de noche por la costa, y como os esperaba... —repitió mirándome de reojo.

No me moví.

—... Lo que me extrañó fue veros tan desorientado en medio del subterráneo. ¿Ignorabais que existía?

—Sí... es decir, no; ahora recuerdo que oía hablar de él en mi infancia; pero se pretendía que a causa de un desprendimiento se había inutilizado.

—En efecto. Mi primer cuidado como propietario del castillo fue hacer una nueva mina. Preveía momentos de perturbación, en los que el subterráneo me sería de gran utilidad. Si hubiese estado en buenas condiciones, vuestros padres se hubieran fugado más fácilmente.

Estas últimas palabras me evocaron la odiosa jornada en que fuimos perseguidos como lobos hambrientos por una multitud delirante. A esta resurrección de un pasado doloroso vino a unirse la idea que el que me hablaba fue el miserable que excitó a la turba de nuestros campesinos y estableció su fortuna sobre nuestra ruina.

En el momento levanté la cabeza y encontré fijas en mí sus pupilas aceradas. Fue aquello rápido como un relámpago. Nos habíamos comprendido.

—¡El pasado es el pasado! —suspiró él al cabo de un momento—. Sybila y vosotros no debéis alimentar las querellas de la vieja generación.

Sybila no había hablado todavía, ni siquiera se fijaba en mí desde el principio de la comida. Pero cuando el padre pronunció nuestros dos nombres, reuniéndolos intencionadamente en un mismo sentimiento de paz y de concordia, se irguió furiosa, la cara roja, la nariz dilatada.

—Sibyla —continuó tranquilamente mi tío—, asegurad a Luis que todo resentimiento ha desaparecido de vuestro pecho.

—¿Y os toca a vos hablar así, padre? ¿Son vuestras armas las grabadas en esos muros? ¿Son retratos de vuestros antepasados los que adornan la galería? Preguntad, pues, al heredero de los Laval si está satisfecho de vernos en posesión de sus tierras y su castillo.

Los bellos ojos de la joven se volvieron a mí, invitándome a responder; pero el viejo intervino:

—Sibyla, no sois amable —dijo severamente—. Es suerte para Luis que nosotros tengamos su herencia, porque... ¿Pero será necesario recordárselo...?

—¡No, no es necesario! —replicó vivamente la hija.

—Me injuriáis, prima —dije yo, deseoso de desengañarla sobre las malas disposiciones que me suponía—. No puedo, es claro, olvidar que este palacio fue durante siglos el feudo de mi familia, pero os ruego no creáis que yo alimente rencor alguno contra los que hoy lo poseen. He vuelto a Francia para emprender una carrera, y no cuento para hacerla dignamente sino con Dios y con mi espada.

—¡Bravo, Luis, bravo! —gritó mi tío—. Ninguna época más favorable que la nuestra a la eclosión del talento. Graves sucesos se preparan en Europa. Si lográis introducirlos en la corte estaréis en el centro de las operaciones. Queréis servir al emperador, ¿verdad?

—Quiero servir a mi país.

Lo serviréis, sirviendo al emperador, porque sin él la Francia recaería en el caos, en la anarquía.

—Parece que no es fácil servicio el del emperador —observó mi prima—. Mejor hubierais hecho en quedaros en Inglaterra, señor de Laval, donde al menos estabais seguro.

Decididamente me era hostil. ¿Por qué?

Yo no la había ofendido. Era antipatía. Noté que sus malevolencias eran tan ingratas a su padre como a mí.

—Vuestro primo es muy valiente, Sibyla; no podría decirse otro tanto de alguien que yo sé.

—¿De quién?

—¡Bueno, dejemos eso! —interrumpió el viejo como hombre que teme no poderse contener.

Dejó la mesa y salió. La joven se levantó, hizo un movimiento para correr tras él; pero se arrepintió, se encogió de hombros y se echó a reír.

Estábamos uno ante otro bien embarazosamente.

—¿Nunca habíais visto a vuestro tío? —interrogó ella al fin de unos momentos de silencio.

—No.

—¿Qué opináis de él?

Tal preguntare una hija sobre su padre me aterró. ¿Qué hombre era aquél para que su hija, la carne de su carne, hablara así?

—¿No respondéis? —dijo ella—. ¡Eso basta! Ignoro cómo y en qué lugar os encontrasteis; ignoro igualmente lo que entre vosotros ha pasado esta noche, porque mi padre y yo no nos hacemos confidencias; pero seguramente no habéis dejado de penetrar su carácter.

Yo hice un gesto evasivo.

—¡Ah! Tengo algo que preguntaros —repuso ella—. Mi padre os ha escrito, invitándoos a venir a Francia, ¿verdad?

—Sí.

—¿No habéis notado nada en los sellos que cerraban la carta?

—¡Qué! —grité yo súbitamente iluminado. ¿Las dos palabras en inglés las pusisteis vos?

—Yo. No tenía otro medio para impedirlos aceptar la invitación de mi padre.

—Pero ¿por qué impedírmelo? ¿Temíais mi presencia aquí? Sinceramente, ¿teméis que os perjudique, prima...?

La joven vaciló un momento; luego, con estupefacción mía añadió:

—Temo que os perjudiquen a vos.

—¿Cómo? ¿Me amenazará un peligro?

—Sí.

—¿Entonces me aconsejáis que parta?

—Lo más pronto posible.

—Pero, en fin, ¿quién tratará de hacerme daño?

Ella se mordió los labios, aún vacilante y bruscamente molestanda por tanta reticencia.

—Mi padre —dijo.

—¿Con qué fin?

—A vos toca adivinarlo.

Yo protesté.

—Señorita, le acusáis injustamente, os lo afirmo. Esta misma noche me ha salvado la vida.

—¡Ah! ¿Qué os ha ocurrido...? ¿Fuisteis atacado...?

—Sí, por conspiradores, cuyo secreto sorprendí.

—¡Conspiradores! —exclamó ella.

—Me hubieran matado de fijo sin la intervención de vuestro padre.

—Es que le conviene dejaros vivir por el momento; entonces...

Y saltando de pronto de un pensamiento a otro:

—Primo —me dijo—, he sido franca con vos; sedlo conmigo. ¿Amáis a alguien?

De veras era extraña mi prima Sibyla. Aquel brusco cambio de conversación, aquella pregunta exabrupto... En fin, la cortesía me obliga a responder.

—Sí, prima mía; amo a una joven encantadora: la señorita Eugenia de Choiseul, nieta del difunto duque.

Sibyla se puso radiante.

—¿La amáis mucho?

¡Con toda el alma!

—¿Nada podría forzaros a renunciar a ella?

—Nada.

—¿Ni siquiera la perspectiva de recobrar vuestra fortuna, vuestras tierras y el castillo de Grosbois?

—Ni eso.

La joven me tomó la mano, y estrechándola con gracia exquisita:

—Querido primo —dijo—, perdonad el modo agresivo de recibiros hace un momento. Ahora no somos ya enemigos, sino camaradas, hasta aliados.

Aún nos estrechábamos la mano cuando reapareció mi tío.

VIII

LA PRIMA SIBYLA

El asombro, la satisfacción se pintaron en la cara de mi tío. Su reciente cólera no se traslucía ya sino por la turbia mirada de sus ojos y cierto chasquito nervioso de las mandíbulas. Con voz muy dulce se dirigió a su hija:

—Tengo que despachar asuntos importantes, Sibyla, que me ocuparán una hora o dos... Vuestro primo debe desear ver el parque donde jugaba cuando niño. Tened la bondad de acompañarle.

La joven no objetó nada. Por mi parte me encantaba prolongar la ocasión de hablar con ella. Las cosas extraordinarias que me dijera habían despertado mi curiosidad... ¿Por qué me aconsejaba que desconfiara de su padre? ¿Por qué se interesaba en mis afectos? Tenía que saberlo a toda costa.

Fuera soplaba una blanda brisa impregnada de olores marinos. Después de la terrible borrasca de la noche aquella caricia del aire tibio era un bálsamo halagador. A través de largas alamedas enarenadas, con cipreses recortados en pirámide, desembocamos ante la fachada del castillo. No podía yo quitar los ojos de aquellas ventanas ojivales, de sombrías vidrieras y de las torrecillas grises cubiertas de pizarra. El ala derecha era de la misma época que la fachada, conservaba aún sus almenas y barbacanas; pero la izquierda, reconstruida nuevamente, se alzaba blanca con su elegante balaustrada y su espeso tapiz de yedra.

En el modo con que Sibyla me indicaba cada nuevo detalle se veía cuán querida le era aquella mansión. Quiso excusar lo extraño de su situación:

—Confusa estoy, primo —me dijo—, al haceros los honores de una casa que para mí no ha dejado de ser la vuestra... No era contra vos contra quien yo me enojaba antes, sino contra nosotros, que nos hemos instalado, pájaros parásitos, en el nido por otros hecho... ¡La vergüenza me enrojece, pensando que mi padre os invita en vuestra propia casa!

—Quizá —repliqué yo— habíamos habitado nosotros demasiado tiempo este nido; quizá Dios al arrojarnos quiso regenerar nuestra raza, agotada por

siglos de comodidad y seguridad, y forzarla a restablecer por sí misma su fortuna derruida.

—¿Pensáis ir a ver al emperador, primo?

—Sí.

—¿Sabéis que está ahí cerca, en el campamento de Boulogne?

—Lo sé.

—Pero vuestra familia está proscrita... ¿No teméis...?

—Nunca he sido hostil al emperador, y nada me puede reprochar. Iré osadamente a él y le pediré que me incorpore a uno de sus regimientos de caballería.

—Muchos tratan a Napoleón de usurpador; muchos buscan su pérdida; pero yo lo admiro; no hace nada que no sea grande y noble. Figuraos, primo, que yo os creía muy inglés, de corazón y de espíritu; todavía esta mañana me decía que habíais atravesado la Mancha como agente secreto de Pitt.

—No, no; yo soy francés, sinceramente francés. La cordial hospitalidad de los ingleses no me ha hecho olvidar mi patria.

—Sin embargo, vuestro padre nos combatió en Quiberon.

—¡Basta! A qué cargarnos con los odios de nuestros mayores. En eso soy de la opinión de mi tío.

—No juzguéis a mi padre por sus palabras, sino por sus actos —interrumpió vivamente la joven, levantando el dedo en señal de advertencia—. Y después de un instante añadió más bajo: Primo Luis, que mi padre no sospeche nunca que os he prevenido; tendríais tal vez que reprocharos mi muerte.

—¿Vuestra muerte? —balbuceé yo.

—Sí, mi muerte. ¡Oh, no le detendría eso...!

—Ya mató a mi madre...

—Yo me sobresalté.

—No quiero deciros que la haya asesinado; pero la torturó moralmente con insultos y malos tratos. ¡Pobre mujer! Comprendéis ahora mi modo de ser con él.

Sí, yo comprendía la pena inmensa sepultada largos años en el fondo del corazón de aquella joven; comprendía el resentimiento que germinaba en ella y que en aquel instante caminaba sus mejillas y abrillantaba sus ojos espléndidos. Pero al mismo tiempo adquiría la certeza de que, bajo su dulce y frágil aspecto, aquella niña poseía una voluntad indomable.

—¿No os sorprende mi franqueza, Luis? Hace algunos momentos éramos dos extraños.

—¿A quién hablaríais francamente, prima mía, si no fuera a vuestro pariente más cercano?

—Es verdad. Sin embargo, no esperaba estar tan en armonía con vos... La idea de veros me causaba un malestar, una inquietud indecible... Además, debisteis percibir algo de mis sentimientos cuando me fuisteis presentado.

—En efecto.

—¿Qué habéis conjeturado de mi hostilidad?

—Que mi presencia en Grosbois os era importuna.

—No, ciertamente; vuestra presencia aquí no me es absolutamente importuna, pero ¡ay!, puede sernos funesta... A vos, pues, creo que mi padre tenía sus razones —malas razones— para atraeros a Francia, ¡a mí...!

Se calló turbada.

—¿Por qué a vos? —insistí.

—¿Me habéis dicho que os ibais a casar...? ¡Bien! También yo he dado mi fe.

—¡Ah, Sibyla! ¡Plegue a Dios que seáis feliz! —exclamé—. Pero esto no tiene nada que ver con mi presencia en Grosbois...

—Las brumas de Inglaterra os han oscurecido el entendimiento, primo mío —dijo Sibyla riendo—. Mirad en la situación que estamos; no debo ocultaros un proyecto que os será tan odioso como a mí. Sabed, pues, que mi padre ha resuelto unirnos a fin de asegurarse para siempre el dominio de Grosbois... Concluido nuestro matrimonio, reine Borbón o Bonaparte, su derecho es ya inatacable.

Me acordé de pronto de la solicitud de mi tío respecto a mí «*toilette*» su descontento cuando Sibyla me acogió con tanta frialdad y su alegría al encontrarnos con las manos unidas en un abrazo amistoso.

—¡Prima, tenéis razón! —exclamé.

—Sí, tengo razón. —Miradle, nos espía detrás de la ventana de su gabinete.



— Nos espía detrás de la ventana de su gabinete.

Bordeábamos la orilla de un prado. Levanté la vista y apercibí, enfrente de nosotros, la máscara inerte y amarilla del tío Bernac. Viéndose descubierto nos saludó con la mano y sonrió.

—Ved por qué os ha salvado la vida —continuó Sibyla—. Os consideraba como el futuro esposo de su hija; confesad que no podía haber obrado de otra manera. Solamente que cuando deba renunciar a sus vergonzosos cálculos, estad seguro, mi querido Luis, que para anular las reí vindicaciones del último descendiente de los Laval no vacilará en anular este descendiente.

Las confidencias de mi prima, la expresión sardónica de aquella cara que nos espiaba, me revelaron súbitamente la inminencia del peligro a que me

encontraba expuesto. Nadie en Francia se interesaba por mí; nadie intentaría la menor pesquisa si algo desaparecía. Estaba, pues, atado de pies y manos y en poder del miserable que yo había visto ya en sus maquinaciones. Sabía por experiencia, hasta qué extremos podían llegar su rencor y su hipocresía y cuán difícil era evitar los lazos que tendía, con una habilidad sólo comparable a su perfidia.

—¡Pero, Sibyla, vuestro padre no ignora el compromiso que habéis contraído!

—No, y es lo que más me inquieta. ¡Ay de los que estorben sus planes! ¡Tiemblo por mí y por vos, primo mío; pero sobre todo por Luciano!

¡Luciano! Este nombre irradia en mi memoria como un relámpago en noche oscura. Sibyla, esta mujer tan valiente, tan animosa, amaba a ese imbécil cobarde que aquella noche en la cabaña se arrastraba llorando y de rodillas a los pies del tío Bernac... ¡Singular aberración del corazón! ¡Ahora mis recuerdos se precisaban...! ¡Este nombre de Sibyla lo había ya escuchado...! Sí, sobre la primera página del contrato social de Rousseau:

«A Luciano, de Sibyla».

—Luciano es un cerebro abrasado —dijo la joven—, se acalora fácilmente... Además, tiene opiniones políticas muy definidas... Desde hace tiempo mi padre y él se frecuentaban mucho; aun últimamente han estado juntos, encerrados durante muchas horas. He interrogado a menudo a Luciano sobre esta entrevista y se ha obstinado siempre en no responderme. ¡Mientras no se deje arrastrar a una locura...!

Me encontraba en difícil situación. ¡Qué hacer! ¿Guardar silencio? ¿Decir a Sibyla la triste situación de su prometido? Al notar que yo tergiversaba el asunto, la joven, con esa intuición de las mujeres que aman, dijo de pronto:

—Primo mío, ¿sabéis algo...? ¡Hablad, os conjuro a ello...! Luciano debía ir a París...

—¿Se apellida Lesage? —pregunté.

—Sí; Luciano Lesage.

—¡Pues bien... lo he visto!

—¡Le habéis visto y no estáis en Francia sino desde ayer tarde! Pero ¿dónde lo habéis visto? ¿Qué le ha sucedido?

En su angustia me había agarrado el puño y lo apretaba con todas sus fuerzas.

Indeciso, incapaz de resolverme por ningún partido, paseaba la mirada a mi alrededor, cuando súbitamente me rehíce un poco; el tío Bernac se acercaba a nosotros. A su lado caminaba un joven húsar, el mismo que había

sido encargado de conducir al prisionero al campo del emperador. Sibyla se lanzó hacia él; pálida, y con alterada voz, dijo:

—Padre, ¿dónde está Luciano?

La cara impassible del viejo se inmutó ligeramente.

—De eso hablaremos más tarde, dijo.

—No, aquí, y ahora, padre, ¿dónde está Luciano?

—Señores —dijo el viejo, dirigiéndose al húsar y a mí—; me apena profundamente esta escena de familia... Sin embargo, teniente, comprenderéis que no mentía al afirmaros que vuestro prisionero era el más caro amigo de mi hija... Una consideración de esta especie no me ha impedido que cumpla mi deber.

—Señorita, creed en toda mi simpatía —dijo el teniente inclinándose delante de Sibyla.

La desgraciada niña se le acercó.

—¡Al fin, señor, voy a saber la verdad...! —exclamó—. ¿Es cierto que Luciano Lesage está preso?

—¡Ay!, sí, señorita.

—¿Dónde está?

—En el campo.

—¿Por qué ha sido detenido?

—Lo ignoro. No me mezclo en cosas políticas, señorita; mi oficio es montar a caballo, manejar un sable y obedecer. Estos señores son testigos de que he recibido órdenes del coronel Lassalle.

—Pero ¿de qué se le acusa?

—Vamos, Sibyla, basta —interrumpió secamente el tío Bernac—; puesto que insistís, os diré de una vez por todas que M. Lesage ha sido acusado de conspirar contra el emperador y que soy yo quien lo ha denunciado.

—¡Vos, vos...! —exclamó la joven—. Vos que le habéis inspirado sus ideas revolucionarias, vos que le habéis empujado por el camino de los «complots» y la traición. ¡Oh! ¡Miserable, miserable...!

El buen señor alzó los hombros con un aire de indulgencia.

—Es inútil discutir con una mujer encolerizada —dijo.

El teniente de húsares y yo nos habíamos alejado para no asistir a la disputa. Pero la joven se precipitó, hacia nosotros obligándonos de esta manera a escuchar los reproches y las injurias que dirigía al viejo. Estaba transfigurada, bella aún, pero con una salvaje belleza, la nariz anhelante, las pupilas áridas. Se veía en ella una desesperación profunda, desgarradora, pero

también una necesidad tal de indignación, una lealtad aplastante, que su padre retrocedió desconcertado, casi vencido.

—Habréis podido engañar a los otros, padre mío, pero a mí no me habéis engañado nunca... Os conozco como vuestra propia conciencia. Fuisteis republicano durante la Revolución para acaparar este castillo y estas tierras que habéis robado... Hoy os declaráis adicto a Bonaparte para librar a vuestros antiguos cómplices... Pero he sabido penetrar vuestros designios; no esperéis que mi primo La —val y yo nos sometamos. Matadme, como habéis matado a mi madre, ¡no importa...! Tanto que os juro que estaré en la tumba antes de pertenecer a alguien que no sea Luciano.

—Si le hubierais contemplado esta noche, mostrando su debilidad y su cobardía, ya no hablaríais de ese modo —replicó fríamente el tío Bernac.

Y sin ocuparse de ella:

—¿Qué tenéis que comunicarme, teniente Gerard? —preguntó.

—Mi mensaje no es para vos, sino para M. de Laval —dijo el húsar volviéndole la espalda.

Después, interpelándome directamente:

—Señor, el emperador me ordena que os conduzca enseguida al campo de Boulogne.

Mi corazón latió de alegría en mi pecho al pensar que iba a salir de las terribles garras del tío Bernac.

—Estoy pronto a seguiros —contesté.

—Está bien. Un caballo y una escolta os esperan a la puerta.

—No corre prisa dijo el tío Bernac. —¿No queréis almorzar con nosotros, teniente Gerard?

—Imposible, señor; las órdenes del emperador no sufren retardo. Hemos perdido mucho tiempo. Es preciso, pues, que dentro de cinco minutos estemos en camino.

Mi tío, tomándome por el brazo, me atrajo suavemente por la vereda, en la que Sibyla acababa de desaparecer.

—Antes de vuestra partida tengo necesidad de hablaros —murmuró—. Excusadme si abordo la cuestión sin preámbulos, pero nos urge a ambos. ¿Habéis visto a Sibyla? Aunque su mal humor y su enojo de esta mañana no son para prevenir en favor suyo, os aseguro que es una muchacha encantadora... Ha hablado hace un momento de un proyecto de matrimonio que ha concebido... Os confieso que nada me sería más agradable que un matrimonio que aproximara las dos ramas de nuestra familia y terminara toda clase de diferencias.

—Hay, desgraciadamente —contesté—, obstáculos para cumplir ese proyecto.

—¿Cuáles?

—El compromiso de mi prima con Luciano Lesage...

—Compromiso que es fácil de romper —insinuó el viejo.

—... Y el mío con Melle Choucel.

Me lanzó una mirada feroz, y con la voz alterada añadió:

—Luis, reflexionadlo bien. No se contrarían impunemente mis designios.

—Lo he reflexionado, tío mío.

Me apretó la mano, señalando el paisaje que se desplegaba a nuestros ojos.

—Contemplad este parque —dijo—, estos bosques, estos campos, este castillo, en donde han vivido vuestros antepasados... decid una sola palabra y todo será vuestro.

Evoqué la casita de ladrillos de Ahsford, la cara dulce y pálida de Eugenia asomada a la ventana...

—No, no puedo —grité con firmeza.

Un relámpago de rabia brilló en los ojos de acero del viejo.

—Si hubiera previsto esto —dijo entre dientes— os hubiera abandonado a Toussac esta noche.

—Estoy seguro de ello, tío mío. Es lo mismo. Me gusta oírlo decirlo.

Vuestra confesión rompe el lazo de gratitud que me unía a vos. De hoy en adelante nada podemos hacer juntos.

—Creo al contrario, M. de Laval, que estaremos juntos más de una vez. Id por vuestro camino, yo iré por el mío; veremos quién de los dos llegará primero a sus fines.

Al pasar por la reja para entrar al castillo vi la escolta de húsares, los caballos piafando de impaciencia y mi valor se afirmó.

Al fin ya no estaba a merced de mi tío, y se realizaban mis deseos.

Hice mis maletas de prisa; pero al ver a Sibyla, un calofrío me sacudió y quedé inmóvil con las piernas fijas.

—¡Sibyla! —murmuré—. ¿Podría dejarla sola enfrente de su padre...? ¿No me había dicho que su vida estaba amenazada...?

Pensando de este modo percibí un ruido ligero de pasos, y Sibyla misma apareció.

—Sibyla, pensaba en vos. Acabo de tener una viva discusión con vuestro padre.

—¡Gran Dios! —exclamó turbada—. Primo mío, alejaos inmediatamente; volved a Inglaterra, ocultaos, no importa dónde..., pero huid, pues mi padre se vengará.

—Hará lo que quiera, Sibyla, pero yo os llevo conmigo.

—No, no corro ningún peligro por el momento; tranquilizaos. Mi padre no hará sino evitarme por algunos días. Pero os llaman, Luis, partid... ¡Idos, el cielo os proteja...!

IX

EL CAMPO DE BOULOGNE

De pie, junto a uno de los pilares de la reja, mi tío, con su faz hueca y amarilla, sus agudos ojos, sus estrechas espaldas, sus piernas fusiformes, parecía personificar la hipocresía y la cobardía. Nos saludamos fríamente, y deseando alejarme pronto, monté un gran caballo gris que un húsar de la escolta tenía por la brida. Algunas órdenes golpeadas con una voz breve por el teniente, un ruido de sables y nos pusimos en marcha.

Al volverme para contemplar aún la silueta de Grosbois, sus torrecillas elegantes, vi flotar en la estrecha rendija de una saetera un pañuelito blanco que una mano agitaba en señal de adiós. Después, al bajar de nuevo mi vista, percibí al tío Bernac, siempre en el mismo sitio, con una sonrisa maligna en sus labios.

—¡Pobre Sibyla! —murmuré, entristeciéndome de pronto. ¡Ser tan leal, tan animosa y tener un padre semejante...!

Un remordimiento me asaltó.

—Es cierto; debí traerla conmigo Después de la violenta escena que acababa de tener lugar... ¡Dios sabe cuál sería la conducta del viejo...!

Mi tristeza se disipó tan de prisa como la ligera mella que empaña un transparente cristal.

En el azul vapor de la mañana galopaba con embriaguez. Mi caballo caminaba gallardamente, y yo sentía rugir en mí el impetuoso deseo de ver, de conocer, de obrar, de gustar toda mi actividad y mi fuerza.

El camino que seguía bordeaba las dunas; más allá, a la izquierda, se extendía el pantano, teatro de mis aventuras, y el mar cuyas pesadas olas se extinguían con un siniestro mugido. Sobre el lindero de una duna creí distinguir la choza en la que había vivido dos horas de angustias mortales. En un desgarramiento de la costa, algunos techos rojos indicaban la posición de Etaples, de Ambletense y de algunas otras aldeas de pescadores. En fin, a lo lejos, cerca de la línea del horizonte, algo impreciso, flotante como un

amontonamiento de nubes, se elevaba sobre el agua. Era Inglaterra; Inglaterra, donde mi infancia había transcurrido, la que después de Francia tenía todo mi cariño.

Concentraba ahora toda mi atención en los húsares de la escolta. ¡Ah! El entusiasmo se apoderaba de mí al pensar que eran los mismos hombres que en tantas batallas habían adquirido una reputación de bravura europea y que en este pequeño destacamento palpitaba toda entera el alma del gran ejército. Sin embargo, nada tenían de majestuoso ni en el aspecto ni en el uniforme. Pero con sus enormes caballos, sus botas salpicadas de lodo, sus *dolmans* alamarados, sus sables, sus galones marchitos por el prolongado uso, ¡tenían un aire tan marcial! Todos tenían el talle delgado, la cara tostada, los bigotes espesos. Algunos llevaban arracadas.

Me maravillé ante un joven, casi un niño, cuyas patillas eran tan tupidas como las del más viejo de la escolta; después de examinarlo vi que aquello no eran sino dos grandes pedazos de cera negra pegadas sobre cada mejilla.

—Sí, son postizas —dijo el teniente, testigo de mi estupefacción—. Comprenderéis que un chiquillo de su edad —tiene diez y siete años— no podría tener semejante barba. Nos vimos precisados a recurrir a esta estratagema para no destruir la armonía del regimiento. Caras de mujer harían mal efecto en las filas.

—Lo que hay de molesto —dijo el húsar, uniéndose a la conversación— es que esto se derrite cuando hace calor.

—¡Bah! Dentro de uno o dos años se te quitarán.

—Quién sabe; puede que también le quiten la cabeza —dijo un brigadier.



**— Puede que también le quiten la cabeza — dijo
un brigadier.**

Toda la escolta se puso a reír a mandíbula batiente. En Inglaterra no se habría necesitado más para ser conducido a un consejo de guerra.

Esta familiaridad de los soldados hacia sus jefes me pareció ser uno de los últimos restos de la Revolución, que había fundido y como petrificado todas las clases sociales. Napoleón mismo la mantenía por la manera cómo se igualaba con sus reclutas y por las libertades que les dejaba tomar. No era raro, pues, ver a un mariscal de cámara o a un simple sargento burlarse de su

capitán; no era raro tampoco encontrar jefes impopulares asesinados por sus tropas. Era un resto de la anarquía que ha revuelto Francia y que desapareció completamente cuando el emperador estableció un severo régimen de vigilancia. Sin embargo, la historia de nuestro ejército en esta época prueba que el amor de la patria bastó para galvanizarlo, y que no necesito, como en Prusia, mantenerla por una disciplina, y que su heroísmo no era proporcional ni a la esperanza de una recompensa ni al temor de un castigo. Cuando un general permitía a su división que se solazara, tenía la íntima convicción de que estaría en su puesto el día de batalla.

Algo que excitaba aún mi curiosidad entre los húsares era que hablaban un detestable francés. No pude impedir mi impresión al teniente que galopaba a mi lado.

—¿Estos hombres han sido reclutados en Alemania? —le pregunté—. No son franceses.

—¡Caramba! Hacéis bien en hablar bajo, pues si os oyeran os contestarían a sablazos. Sabed que somos el más hermoso ejército de caballería de Francia, el 1.º de húsares de Bercheny...

Aunque la mayor parte de los hombres están reclutados en Alsacia y algunos no hablan más que alemán, os aseguro que son tan buenos patriotas como Kleber o Kellermann. ¡El 1.º de húsares de Bercheny —exclamó, atusándose el fino bigote— es un regimiento escogido...!

Me divertía mucho con las fanfarronadas de aquel teniente.

Nada más que en la manera cómo sacudía el plumero de su casco, dejaba colgar su dolmán sobre la espalda y sonar su sable contra el estribo, se adivinaba su pueril júbilo de niño al ser soldado y pertenecer a aquel hermoso y bravo ejército de caballería.

Examinándole vi que era un buen mozo. Grande, bien hecho, con ojos azules muy claros y franca sonrisa. Debía ser un excelente camarada. Sin duda él se entregaba a idénticas observaciones respecto a mí, porque de pronto me dijo solícitamente:

—Espero al menos que el emperador no os quiera mal.

—No lo creo —repliqué—; vengo de Inglaterra expresamente para entrar a su servicio.

—Ayer noche, cuando el general Savary le presentó su nota y supo vuestra presencia en la choza de los contrabandistas, expresó enseguida el deseo de veros. Supongo que os pondrá por guía del ejército en Inglaterra. Conocéis bien aquello, ¿verdad? Lo habréis corrido de punta a punta.

El joven oficial de húsares se figuraba que Inglaterra no era más que un pequeño islote de la Mancha.

Traté de explicarle que era casi tan grande como Francia.

—¡Vamos...! Ya lo veremos eso pronto. Se asegura en el campamento que estaremos en Londres el miércoles o el jueves de mañana. Emplearemos una semana en saquear la ciudad y luego se instalarán allí dos cuerpos de ejército: uno en Escocia y otro en Irlanda.

Esta admirable confianza me hizo reír.

—¿Cómo sabéis que las cosas se arreglarán así?

—Porque el emperador lo ha dicho.

—Pero, querido señor, ¿no ignoráis que los ingleses tienen también un ejército que son bravos y defenderán su tierra palmo a palmo?

—Será inútil. El emperador mismo va a llevar el ejército.

Gracias a estas palabras, me representé la fuerza, el ascendiente de Napoleón sobre sus soldados. Había levantado los espíritus, y tratándolos virilmente les había inculcado la audacia, les había hecho invencibles. Su sentimiento por él era verdadera adoración. Nunca Mahoma exaltó a sus fieles como aquel hombrecillo, de frente cuadrada y mandíbula voluntariosa; exaltó a los que se unían a su suerte.

Muchas veces tuvo idea de hacer creer al mundo que era de otra esencia que el resto de la humanidad, un ser extraterrestre. Si lo hubiera intentado, habríamos visto las turbas arrodillarse a su paso e invocarlo como a un dios. Los que sólo recuerdan al Napoleón de Santa Elena, al prisionero de Hudson Lowe, grueso, pesado por la inacción y la pena, no pueden concebir cuál era su prestigio en el momento de su gloria culminante. Cuando recorría un campo de batalla, los heridos y moribundos, los soldados de su guardia, se levantaban agonizando para ver aún su rostro.

—¿Habéis estado mucho allá? —dijo el teniente, designando a lo lejos las nubes amontonadas.

—Sí, parte de mi vida.

—Pero ¿por qué, cuando tanto había que hacer por la Francia?

—Porque mi padre estaba desterrado. Sólo después de su muerte he podido realizar mi proyecto de venir.

—¡Habéis perdido, mucho! Pero aún haremos buenas campañas... ¿De modo que creéis que los ingleses se batirán?

—Estoy seguro.

—Es que tememos que se rindan al saber que va el emperador... Y decid, ¿hay allá mujeres bonitas?

—Sí, muy bonitas.

Calló, retorciéndose el bigote con aire conquistador.

—Sí... pero —dijo, como hablando para sí— las embarcarán, se irán a América, y... se acabó.

Decididamente se aferraba a la idea de una Inglaterra minúscula.

—Si nos vieran, no querrían irse... ¿Sabéis lo que dicen los húsares de Bercheny, caballero?

—No.

—Que pueden hacer correr a toda una población. Los hombres huyendo y las mujeres viniendo a nosotros. Ya os lo he dicho, los oficiales de mi regimiento son la flor y nata del ejército francés.

Hablando con él, me hice la reflexión de que debía tener mi edad, y le pregunté, naturalmente, si se había batido ya.

Su bigote se erizó de indignación.

—Caballero —dijo—, he asistido a nueve batallas y a más de cuarenta escaramuzas; he tenido un sinnúmero de duelos y estoy presto a batirme con quien sea.

—Sois dichoso —le dije— de ser tan joven y haber hecho tanto.

Estas palabras y mi acento de admiración apaciguaron su movimiento de mal humor.

—Cuando hayáis pasado algún tiempo en el ejército —me dijo—, el nombre de Esteban Gerard os será familiar. —Soy el héroe de algunas aventuras, que los soldados gustan de contarse a la noche en el «vivac». Os hablarán de mi combate con seis maestros de armas, y cómo con una sola mano cargué contra los austríacos de Graz y me llevé a su tambor mayor en la grupa de mi potro. No fue casual el enviarme ayer con Lassalle. Le esperaba un asunto grave. Por desgracia la empresa fracasó y no tuve que llevar al Gran Preboste más que una especie de gallina, que no deja de llorar como un becerro en la prisión.

—¿Y el otro...? ¿Toussac?

—Ése sí que es un desalmado. Quisiera vérmelo enfrente sable en mano... Se nos escapó... Lo divisamos un segundo, le hicieron fuego, pero ¡cá!, sin resultado. Conoce muy bien las revueltas de los pantanos.

—¿Qué le pasará a vuestro prisionero? Gerard se encogió de hombros.

—Me duele que una niña bonita como vuestra prima esté prendada de semejante poltrón... cuando hay tanto bravo oficial... En fin, lo que puedo deciros es que el emperador está harto de complots y conspiradores y decidido a hacer un escarmiento en ese Luciano Lesage.

Cabalgando bota a bota llegamos a una eminencia, desde donde el campamento nos apareció por completo. En medio de él, en un amplio espacio, se elevaba una gran tienda coronada con una bandera tricolor que ondeaba al viento.

—El cuartel del emperador —señaló Gerard.

Luego, mostrando las barracas, añadió:

—El cuartel de Ney, comandante de este cuerpo... Los otros están escalonados en la costa desde Dunkerque. El emperador los recorre e inspecciona todos. Pero éste es el gran cuartel general, aquí se reúnen las mejores tropas. Y gozamos casi constantemente de la presencia del emperador, sobre todo desde que la emperatriz y la corte están en Pont de Briques.

—Ahora está ahí —dijo con voz contenida y encorvando el cuerpo como si el ídolo apareciera.

El camino del campo cortaba en dos un llano inmenso, donde en aquel momento maniobraba la caballería e infantería.

Había oído ponderar tanto en Inglaterra a los soldados de Napoleón, que me los había imaginado hombres de una estatura colosal, guerreros homéricos. ¡Qué desengaño al encontrar aquellos soldados! Los de infantería, sobre todo, con sus chaquetas azules, sus calzones y polainas blancas, eran de una talla ridícula.

Pero eran sólidos, nerviosos, llenos de abnegación; al cabo de diez y ocho meses de servicio estaban perfectamente formados a todas las fatigas.

En cuanto a los generales, no tenían igual. ¡Ah, no era un enemigo despreciable el que miraba a las costas inglesas! Si Pitt no hubiera dispuesto de la mejor marina del mundo, la faz de Europa hubiese cambiado. Viendo Gerard que me interesaba en las maniobras, fue amable para informarme:

—¿Veis los de los caballos negros...? Son coraceros. Pesados. Sólo pueden ir al trote y sostenidos por húsares y cazadores.

—¿Quién es el paisano que los manda?

—No es un paisano. Es el general Saint Cyr; uno de los llamados espartanos del Rhin. Esos pretenden que el buen soldado no debe gastar lujo en el comer ni el vestir. Así lleva solo, fuera del uniforme, un traje de montar. Saint Cyr es excelente oficial; pero no es querido. No habla con nadie. Cuando acaba su servicio se retira a su tienda a tocar el violín. Yo, por mi parte, no encuentro mal que un soldado cuide el uniforme y beba un trago de cuando en cuando. Me gusta vivir y vestir bien, y creo que eso no perjudica a mi valor. Mirad esos destacamentos de infantería a la izquierda...

—Las pecheras amarillas.

—Sí. Son los famosos granaderos de Dudivot. Los otros que llevan cordones rojos a la espalda y cuyo morrión va unido a la mochila por correas, son los granaderos de la guardia imperial. La guardia imperial, como sabéis, ha reemplazado a la guardia consular, que ganó la batalla de Marengo. Por aquella victoria, ochocientos granaderos fueron condecorados con la cruz de Honor... Aquí está el 57 de línea, que bautizaron «El terrible». Allá el 7.º de infantería ligera, que vuelve de los Pirineos. Son los mejores andadores y los más calaveras del ejército. Aquellos destacamentos de infantería, de verde, son los cazadores a caballo, a veces llamados «guías». El emperador los prefiere a sus otras tropas. Pues bien; entre nosotros hace mal. Los húsares de Bercheny son mejores. Aquellos otros de a caballo, con pellizas verdes, son también cazadores, pero no sé de qué regimiento. Su coronel los manda admirablemente. Maniobran siempre en columnas abiertas al flanco de nuestros escuadrones, y luego se despliegan en líneas para cargar. No lo haríamos nosotros mejor. Y ahora, señor de Laval, ya estamos en el campamento, voy a llevaros directamente al cuartel del emperador.

X

LA ANTESALA

El campamento de Boulogne contenía ciento cincuenta mil hombres de a pie y cincuenta mil de caballería. La población de una gran ciudad de Francia. Se dividía en cuatro secciones: el ala derecha, la izquierda, el campo de Vimercux y el de Ambletense. El total cubría una anchura de unas seis millas a lo largo de la costa. Estaba descubierto de la parte de tierra, pero defendido por el mar con poderosas baterías de cañones y morteros de talla gigantesca. Las baterías estaban montadas sobre los peñascos, lo que aumentaba su fuerza de tiro y les permitía lanzar los proyectiles sobre el puente de los navíos ingleses.

Curioso encantador espectáculo el de aquel campo a aquellas horas de la mañana. Las tiendas, después de un año de plantadas allí, se habían adornado con coquetería. Casi todas estaban rodeadas de jardinillos y se veía a aquellos rudos soldados de bronceada tez y brazos musculosos remangados hasta el codo, regando, escardando, cavando, como si tal fuera su único oficio. Otros peinaban y anudaban sus cabellos o limpiaban las armas y fornituras. Pero apenas se volvían a mirarnos, tal era el número de patrullas montadas que recorrían el campo.

Los alineamientos de las tiendas formaban calles con sus nombres en rótulos impresos. Pasamos sucesivamente por las de «Arcóle», «Kleber», «Egipto», de la artillería volante antes de desembocar en el cuadro del gran cuartel.

En aquellos días el emperador dormía en Pont de Briques, pequeña aldea a cuatro millas en el interior, pero de día llegaba al campo, donde tenía consejo de guerra permanente. Allí venían los ministros residentes en Pont de Briques o los comandantes de los cuerpos de ejército para conferenciar con él y tomar órdenes. Llegamos a la tienda que divisáramos desde las dunas, y ser vía de antesala a la cámara de las deliberaciones y al departamento del emperador, compuesto únicamente de una alcoba y un despacho. Un fuerte destacamento

de granaderos montaba la guardia, bayoneta calada. Echamos pie a tierra; un oficial de órdenes se informó de nuestro nombre y desapareció, volviendo enseguida acompañado del general Duroc, hombre de cuarenta años, delgado, seco, duro de facciones, de mirar desconfiado.

—¿El señor de Laval? —dijo dirigiéndose a mí, con tono obsequioso.

Yo saludé.

—Teniente, no tenemos ya necesidad de vuestros servicios —añadió, volviéndose a Gerard.

—Perdón, general; pero soy personalmente responsable del señor de Laval.

—Entonces, entrad.

Penetramos en la tienda, que estaba llena de oficiales de todas armas y grados. El traje de los marinos poseía una nota oscura en los grupos en que resplandecía el oro de bordados y galones. Muchos estaban sentados en los bancos adosados a las paredes de lienzo estirado; pero los más de pie, hablando en voz baja y gesticulando. Al extremo de la antecámara había una puerta: la de la sala del consejo. De tiempo en tiempo un ayudante de campo rascaba suavemente a aquella puerta, que se abría enseguida para dejarle paso, y volvía a cerrarse sin ruido.

Algo de misterioso se cernía sobre aquella asamblea. Algo como un temor respetuoso, una angustia que contraía las caras y ponía en las frentes un pliegue de sombra.

—Nada temáis —me dijo mi compañero—; seréis bien recibido.

—¿En qué lo conocéis?

—En el recibimiento del general Duroc.

En esta endiablada corte, si el emperador sonríe, todos os sonríen: pero ¡diablo!, si el emperador frunce el entrecejo, todo el mundo os pone cara de perro. Y lo peor es que no se sabe nunca lo que os proporciona esas caras ni esas sonrisas. Así es que yo estoy muy contento con no ser más que un tenientillo sin importancia, poder cargar a la cabeza de mi escuadrón con un buen caballo entre las piernas, oír sonar alegremente mi sable y mis espuelas, mejor que tener el hotel de M. de Talleyrand y sus cien mil libras de renta.

—¿Se realizarían las previsiones de Gerard? ¿Me recibiría el emperador honorablemente? ¿No era yo para él un átomo perdido en aquella aglomeración de ministros, diplomatas, guerreros, hombres todos de talento o de valor? ¿Qué tenía yo para distinguirme de la multitud? ¿Y cómo me conduciría yo enfrente de un soberano que subyugaba a las naciones y para

quien el más formidable ejército de Europa era sólo un instrumento de política y ambición?

Mientras hacía estas reflexiones, un joven con elegante uniforme se acercó a mí. A pesar de su transformación lo reconocí enseguida: era el general Savary.

—Y bien, señor de La val —dijo, estrechándome la mano el pillo de Toussac se nos escapó... ¡Mala suerte! Ése era el que importaba coger, porque el otro, Lesage, no es más que un soñador, un utopista, incapaz de una empresa seria. ¡En fin, ya lo cogeremos! Entretanto hay que velar por el emperador. Toussac no es un conspirador de juguete.

En aquel momento creí sentir en mi cuello la presión de la mano de aquella bestia gigantesca y recordé el terror que me había inspirado la noche anterior.

—Sí —murmuré—, es un hombre peligroso.

—El emperador os verá ahora mismo —añadió Savary—. Está muy ocupado esta mañana; pero me encarga deciros que os dará audiencia.

Y sonriendo graciosamente, me dejó.

—Esto marcha —dijo Gerard, frotándose las manos vigorosamente. Sé de muchos que darían algo porque Savary les hablase como acaba de hablaros. El emperador hará ciertamente algo por vos. ¡Cuidado, querido!, aquí viene el propio M. de Talleyrand.

En efecto, un personaje de aspecto singular se adelantaba cojeando. Debía tener como cincuenta años, y era ancho de hombros, pero la cojera había encorvado su talla. Andaba lentamente apoyado en un bastón con puño de plata cincelada. Llevaba un traje negro sin bordado y medias del mismo color. Pero de toda su persona se desprendía tal autoridad que todos se apartaban ante él y lo saludaban.

—¿El señor de Laval? —interrogó, examinándome con ojo severo.

Yo hice sólo una inclinación de cabeza. Compartía la antipatía de mi padre por aquel clérigo renegado, político, perjuro, aristócrata, regicida. Sin embargo, tan afable se puso, tan buen muchacho, que me fue imposible resistirle.

—Vuestro primo de Rohan y yo íbamos juntos de broma, en tiempos. Ya hace mucho, ¡ay...! ¡Cuántos cambios desde entonces! ¿No sois también pariente del cardenal Montmorency de Laval?

—Sí.

—Era un buen amigo mío. Me dicen que venís a ofrecer vuestros servicios al emperador, ¿es verdad?

—Sí; con esa intención he salido de Inglaterra.

—Parece que al desembarcar habéis tenido una aventura extraordinaria... Una historia de espía, de jacobinos, de cabaña... Eso os habrá dado a entender los peligros a que está expuesto el emperador constantemente. Deseo que él acrezca vuestro celo Pero ¿dónde está vuestro tío de Bernac?

—En el castillo de Grosbois.

—¿Estáis en intimidad con él?

—Lo he visto ayer por primera vez.

—Es un hombre muy útil al emperador... para ciertos asuntos... pero... E inclinándose a mi oído:

—Ya os buscaremos un empleo más agradable que el suyo.

Y haciéndome signos amistosos con la mano, se alejó.

—Querido dijo Gerard, —el emperador es capaz de haceros mariscal de Francia.

La salida me hizo reír.

—No, no me burlo —continuó el joven con convicción—. M. de Talleyrand no prodiga nada sus sonrisas y sus saludos... Observa siempre de dónde sopla el viento para soltar su pandero... Decid, ¿puedo contar con vos para obtenerme el grado de capitán en la campaña de Inglaterra? ¡Ah —exclamó—, el Consejo ha terminado!

La puerta del fondo se abrió de par en par; una ola de oficiales se precipitó en la sala. Muchos llevaban el uniforme azul bordado y el cuello ornado con las hojas de roble que distinguían a los mariscales de Francia. Todos, a excepción de uno solo, estaban en plena juventud. En otro País se les tendría por dichosos si hubieran sido comandantes o tenientes coroneles; pero las guerras incesantes y al sistema nuevo que lo concedía todo más al mérito que a la edad, habían sido para ellos medios de rápido adelanto. El tricornio bajo el brazo y la mano en la empuñadura de la espada, se habían reunido en círculo y discutían con viveza.

—¿Vos pertenecéis a la aristocracia? —me preguntó Gerard de pronto.

—Sí; soy deudo de los Rohan y los Montmorency.

—Entonces tendréis una idea del cambio operado en Francia por la Revolución. Cuando sepáis que cuatro de estos dignatarios —señalando al círculo de mariscales— han sido el uno mozo de mesón, el otro contrabandista, éste tonelero, aquél pintor de puertas: Murat, Massena, Ney y Lannes.

Una emoción indecible se apoderó de mí. ¡Qué nombres! ¡Ya me aparecían como grabados en la portada de la historia! Rogué a Gerard que me

mostrara a aquellos brillantes oficiales cuya gloria había colmado el abismo profundo de las castas.

—No faltan, no, los brillantes oficiales —dijo Gerard—. Y atusándose el mostacho, añadió: —Y los hay muy jóvenes, que no tardarán en adelantar a sus mayores, creo yo. Mirad, a la derecha está Ney.

Vi un hombre de cortos cabellos rojos y cuadrada mandíbula: el tipo de un boxeador inglés.

—Le llamamos Pedro el Rojo o el león rojo —dijo mi compañero—. Pretenden que es el más bravo del ejército, aunque en realidad no lo sea más que otros muchos.

—¿Y el general que está junto a él?

—Lannes. Tiene la cabeza ladeada desde que fue herido en el sitio de San Juan de Arce. Es gascón como yo. Temo que desgraciadamente acredite la reputación que tenemos de camorristas y jactanciosos. ¿Sonreís, caballero?

—¿Yo? ¡Nada de eso!

—¡Ah! ¡Creí! Porque los gascones, ¿lo oís?, son el pueblo de Francia más dulce, más reservado y modesto.

Por lo demás, ésa es mi opinión y estoy dispuesto a sostenerla contra todos... Lannes es buen chico, sí, pero un poco demasiado vivo y eso le perjudica... Más allá está Angereau.

Miré con interés al héroe de Castiglione, al que no temió tomar la dirección de las tropas el único día que Napoleón, con el alma dolorida y el espíritu decaído, estuvo a punto de faltar a su deber. Angereau, en mi opinión, estaba hecho más para el campo de batalla que para la corte. Con su cara larga de macho cabrío, su nariz colorada, sus maneras vulgares, a pesar de galones y bordados, conservaba el tipo del soldado de cuerpo de guardia. De mucha más edad que sus colegas, su promoción al grado supremo de mariscal de Francia le había llegado tarde: sería cabo toda la vida.

—Sí, sí. Es un bruto —replicó Gerard, a quien comuniqué mis impresiones—. A él, a Rapp y a Lefebre dijo el emperador aquello de que había que ser soldado en el campo y no en las Tullerías. Los tres tenían la costumbre de pasearse por el salón de la emperatriz arrastrando el sable y taconeando con las botas llenas de barro. Allí está Vaudamme, aquel moreno de cara ancha y desigual. Dios proteja a los pueblos donde él acampe. Una vez fue perseguido por romperle la cara a un cura westfaliano que le negaba una botella de Tokay.

—Y éste de acá es Murat, ¿verdad?

—Sí, Murat con sus patillas negras, sus labios gruesos, su tez bronceada por el sol de Egipto. ¡Ah, qué hombre! Os juro que no hay nada más bello que verle lanzarse al frente de su brigada, agitando el plumero de su casco y blandiendo el sable. A veces solo ante su aspecto se ha dispersado un cuadro entero de granaderos... Ciertamente que Lassalle es nuestro mejor oficial de caballería; pero para hipnotizar a las tropas no hay como Murat.

—¿Quién es aquel individuo de aspecto huraño que se apoya en su sable oriental?

—Es Soult. Terco como una mula. Discute hasta con el emperador. Ese guapo mozo de al lado es Junet, y el que se recuesta en el mástil de la tienda, Bernadotte.

Extraña fisonomía la de aquel aventurero que habiendo sentado plaza de soldado sin más que su fusil y su mochila, no se contentó con el bastón de mariscal y acabó por apoderarse de un cetro. De él podría decirse que ganó un trono, no gracias, sino a despecho del emperador. Nadie adivinaría en aquellas facciones gruesas, estropeadas por el desarrollo excesivo de una nariz agresiva y ridícula, los altos destinos que le estaban reservados. Nunca hubo talentos más discutidos que los de Bernadotte, ni ambiciones menos sospechadas que las suyas.

Y todos aquellos bravos que, según la expresión de Angereau, no temían a Dios ni al diablo; todos aquellos hombres en quienes hervían aún las violentas pasiones del pueblo, todos, Murat como Vaudamme, Ney como Massena, temblaban ante el ceño de Bonaparte.

De pronto un gran estremecimiento recorrió la asamblea y luego un aplastante silencio. Acababa de aparecer el emperador en el marco de la puerta. Los oficiales, sentados en los bancos, se habían levantado como por resorte. En la solemnidad del silencio, el ruido de sus tacones, hiriendo al por el suelo, pareció tremendo. Hallé a Napoleón como en los retratos de entonces. Fuerte, la cara gruesa con un tinte de marfil, los cabellos escasos y castaños. Llevaba el pantalón de cachemir blanco; el frac verde con cuello y bocamangas rojas, el sable con puño de oro y vaina de carey. Bajo el brazo izquierdo el pequeño sombrero con la famosa escarapela tricolor, y en la mano derecha una fusta con puño de metal; así se adelantó, la mirada dura, la mandíbula apretada.

—¡Almirante Bruix! —gritó.

Su voz me estremeció. Era áspera, estridente y como cortando las palabras.

—Heme aquí, Sire —respondió un jefe de marina saliendo de un grupo.

Napoleón dió tres pasos, pero con tal expresión de amenaza en los ojos, que el oficial palideció, y se volvió a la asistencia buscando un apoyo.

—¿Cómo ha sido que no habéis ejecutado mis órdenes esta noche?

—Sire, el viento del Este se levantó de pronto y pensé que si los buques salían del puerto...

—¿Con qué derecho os permitís pensar cuando yo mando? ¿Tenéis la pretensión de saber más que yo...?

—En materia de navegación... Sire...

—¡En ninguna materia, caballero!

—Pero... la tempestad que ha estallado, Sire, ha probado que yo tenía razón.

—Callad, caballero. Os prohíbo discutir conmigo.

Una sorda emoción se había apoderado de la multitud. Se oiría volar una mosca.

El emperador, ebrio de rabia, las facciones descompuestas, las pupilas dilatadas, levantó la fusta.

—¡Miserable! —gritó.

Y más bajo, entre dientes, añadió:

—¡*Coglione*!

Observé que a medida que se encolerizaba su modo de hablar francés era más incorrecto.

Durante un segundo, todos creyeron ver la fusta cruzar la cara a Bruix.

Éste se hizo atrás muy pálido, y llevando la mano a la espada, dijo:

—¡Sire, tened cuidado!

Silencio terrible.

La fusta bajó lentamente rozando el pantalón de cachemir blanco.

—Vicealmirante Magón —gritó el emperador—, de hoy en adelante vos tomaréis las órdenes relativas a la escuadra... Almirante Bruix, salís esta tarde para Holanda... ¿Dónde está el teniente Gerard, de húsares de Bercheny?

Mi compañero se adelantó con la mano en la visera del casco.

—¿Teníais que traer aquí al Sr. Luis de Laval?

—Aquí está, Sire.

—Bien, podéis retiraros.

Gerard volvió a saludar militarmente y salió. El emperador fijó en mí sus ojos azules, donde ya no había huella alguna de cólera. Mucho había yo oído hablar de aquella mirada penetrante que leía los pensamientos más secretos; pero entonces fue cuando comprendí su influencia.

—¿Deseáis servirnos, caballero de La —val?

—Sí, Sire.

—Mucho lo habéis pensado antes.

—No me pertenecía, Sire.

—¿Vuestro padre era un ferviente realista?

—Sí, Sire.

—¿Celoso defensor de los Borbones?

—Sí, Sire.

—Pues bien: ya no hay en Francia realistas ni jacobinos; no hay más que franceses trabajando por la gloria de la patria. ¿Habéis visto a Luis de Borbón?

—Una vez, Sire.

—Es insignificante, ¿verdad?

—No, Sire; es un hombre muy bello.

Una nube obscureció las azules pupilas del emperador. Después, pellizcándose una oreja:

—Caballero de Laval, sois un detestable cortesano. Luis de Borbón se convencerá un día u otro de que para ganar un trono no basta escribir proclamas. Yo he encontrado la corona de Francia en el barro y la he alzado en la punta de mi sable.

—Y también habéis levantado a Francia —añadió cautelosamente M. de Talleyrand, de pie detrás del emperador.

Napoleón dirigió a su ministro una mirada de desconfianza. Y dirigiéndose a su secretario, dijo:

—De Meneval, os dejo a M. de Laval. Hablaré con él en la sala del Consejo después de la inspección de la artillería.

XI

EL SECRETARIO

El emperador salió; la tienda quedó vacía en un abrir y cerrar de ojos; quedóme solo con un muy gentil mancebo que se presentó él mismo.

—M. de Meneval, secretario particular de su majestad. Me parece que debemos ir a comer —añadió—. Es una buena precaución para antes de la audiencia que el emperador os ha concedido... Figuraos que el emperador se pasa días enteros sin comer. Obligado a ayunar con él, porque trabajamos constantemente juntos, me muero a veces de debilidad.

—¿Pero cómo se arregla el emperador? —pregunté yo.

Era tan amable el señor de Meneval, que yo me sentía perfectamente a su lado.

—¡Oh! El emperador es un hombre de hierro —replicó—. No podemos seguirle. Lo he visto trabajar diez y ocho horas seguidas sin tomar más que una o dos tazas de café. Gusta a todo el mundo; sus mismos soldados no podrían resistir.

Yo estoy orgulloso del cargo que cerca de él desempeño; pero hay momentos en que renunciaría de buena gana, de puro extenuado. A las once de la noche, víctima de la jaqueca, de la fatiga y del hambre, me tenéis aun escribiendo bajo su dictado. Y dicta tan de prisa como habla, sin repetir nunca nada. De pronto se para. —«Bueno, de Meneval, basta; vámonos a acostar»—. Y cuando yo lanzo un ¡ah!, de satisfacción pensando con deleite en tenderme en el lecho, ¿sabéis lo que me dice? —«Continuaremos mañana por la mañana, a las tres». En fin, ¡la gran noche!, como dice él.

—¿Pero no tiene hora fija para comer? —Sí, pero no la observa. Hace mucho que ha pasado la de la comida y ni siquiera se ha dado cuenta; ha ido a inspeccionar la artillería. Y después será otra cosa, y luego otra, hasta que de pronto grite: «Mi almuerzo, Constan, mi almuerzo enseguida, al instante». Y el pobre Constan tendrá que traer el almuerzo.

—¡Que será detestable! —exclamé yo.

El secretario se reía a la sordina como el que teme manifestar sus emociones.

Habíamos salido de la tienda y atravesado el gran cuadro.

—He ahí las cocinas imperiales —dijo de Meneval, señalando la última tienda del cuartel general.

Luego, designando un hombre sentado a la entrada, dijo:

—¿Cuántos pollos van hoy, Borel?

—¡Ah, señor de Meneval, qué pena! —gimió el cocinero—. Descorrió la cortina que cerraba la tienda; siete platos, conteniendo cada uno un pollo frío, estaban en fila sobre la mesa. —El octavo está ahora en su punto; pero acaban de decirme que el emperador ha ido a la revista, y he puesto al fuego el noveno.

—Así se las arreglan —dijo M. de Meneval mientras seguíamos nuestro camino.

—Una vez Constan preparó veintitrés pollos; ¡aquel día el emperador no comió hasta las once y media de la noche...! Por lo demás no se ocupa de lo que come, con tal de que se lo sirvan pronto. Su almuerzo se compone generalmente de un salmonete, un pollo a la Marengo y media botella de Chambertin^[2]. Ya tienen cuidado de no poner los postres en la mesa, porque se los comería entre el pescado y la carne... Mirad, mirad allí, es curioso.

Tuve una exclamación de sorpresa.

En la confluencia de las estrechas callejas de las tiendas paseaba un picador, de la brida, un magnífico caballo árabe. En la esquina de una de las callejas había un granadero que sujetaba a un lechoncillo para echarlo entre las patas del caballo, cuando éste pasó ante él; el cerdo huyó con gritos agudos, y el caballo, sin sobresalto alguno, siguió su trote ágil y regular.



Un granadero sujetaba un lechoncillo para echarlo entre las patas del caballo.

—¿Qué significa esto? —pregunté.

—Esto significa que Yardin, el primer picador de las cuabras imperiales, amaestra un caballo de guerra para el emperador. Primero han sometido al animal a la prueba del cañón, luego le han hecho arrastrar pesados fardos, y, en fin, ésta del cochino es la última prueba. El emperador no es un gran jinete, sobre todo cuando se abstrae en sus pensamientos como de costumbre, y sería imprudente darle caballos sin amaestrar. ¿Veis a ese joven que duerme ante la tienda?

—Sí.

—Nadie diría que está trabajando para el emperador.

—No, y en todo caso su servicio parece fácil.

—¡Así lo fuera el mío! —suspiró el secretario—. Ese chico es José Linden, cuyo pie es exacto con el del emperador. Su empleo consiste en estrenar las botas de su amo y llevarlas tres días. Los zapatos que tiene puestos son de su majestad; ved las hebillas de oro. ¡Ah! ¡M. de Caulaincourt...! Comeréis con nosotros... ¿verdad?

M. de Caulaincourt nos saludó amablemente. Era hombre de buen porte, pero muy atildado.

—¡Qué feliz casualidad el encontraros, mi querido de Meneval! Salís poco... Mi tarea, como jefe de la casa del emperador, es mucha; pero os creo aún más ocupado que yo. ¿Tendremos tiempo de comer antes que vuelva su majestad?

—Sí, sí; entrad en mi tienda, todo está listo... Desde aquí veré al emperador y podré ganar el cuartel general antes que él. Perdonadme, M. de Laval, si os recibo a estilo de campamento.

Yo moría de hambre y devoré sin hacerme rogar dos o tres chuletas, buena cantidad de papas fritas y una enorme porción de ensalada. Inútil decir que lo encontré todo excelente. Mi soberbio apetito no impidió, sin embargo, escuchar la conversación de mi huésped con M. de Caulaincourt. Me asombraba la franqueza con que este último hablaba del emperador y su política.

—¿Qué dicen de él en Inglaterra, M. de Laval? —me preguntó.

—Nada bueno.

—Eso es lo que veo en los periódicos... ¡Ah, esos periódicos lo volverán loco! Y que tiene empeño en leerlos todos. Apuesto a que su primer cuidado al llegar a Inglaterra será hacer ahorcar a todos los periodistas.

—¿Y el segundo?

—El segundo será lanzar una proclama, en la que explicará cómo contra su voluntad, y sólo por la felicidad de la nación inglesa, consiente en apoderarse de los reinos de la Gran Bretaña e Irlanda. Y si después de esto los buenos ingleses desean tener un jefe protestante, él les probará por A más B que, siendo la diferencia entre las iglesias católica y protestante cosa de poca importancia, el hombre que ellos necesitan para gobernarlos es él: Napoleón Bonaparte.

—Eso es mucho —exclamó de Meneval entre turbado y divertido con las frases de Caulaincourt—. Cierto que a veces el emperador, por razones de Estado, ha tenido que afectar sentimientos religiosos que no profesaba, y entre

nosotros creo que no dudaría de pasar desde la iglesia de San Pablo a la mezquita del Cairo.

—Sin embargo... Después de todo ya sabe él lo que hacer, porque en todo piensa.

—Piensa demasiado —añadió gravemente Caulaincourt—. Piensa en tanto, que los demás no piensan en nada... ¡Ya me comprenderéis, de Meneval!

—Es verdad —murmuró el secretario— que no anima a la originalidad, a la iniciativa. Le oigo decir a veces que nada prefiere tanto como la medianía. Singular cumplimiento para los que tenemos el honor de servirle...

—Así que el mayor signo de inteligencia en un hombre de su corte es parecer un imbécil —añadió M. de Caulaincourt con amargura.

—Pero, sin embargo, tiene hombres notables a su alrededor —exclamé yo.

—Sin duda; pero se mantienen disimulando su capacidad. Los ministros del emperador, sabedlo, no son más que encargados; sus generales, ayudantes de campo, y todos no somos sino agentes de su poder, o mejor, espejos en que se reflejan todas sus facetas. En uno se os aparece en forma de financiero: Lebrón; en otro, en la de un prefecto de policía: Fouché; en otro, diplomático; Talleyrand.

Los aspectos difieren, pero siempre es el mismo personaje. Yo, de Caulaincourt, duque de Vicence, gran maestro, no puedo tomar ni despedir un lacayo sin permiso del emperador. Cómo se burla de nosotros. Vamos, de Meneval, confesadlo... En eso se ve también su superioridad en el modo con que nos ha atado, ahogado. No autoriza en su séquito las amistades, y entre sus mariscales él mismo atiza sus disensiones; de modo que no hay dos que se den la mano. Davoust detesta a Bernadotte; Lannes execra a Bessieres, y Ney aborrece a Massena. Milagro es que no se desafíen veinte veces al día, y luego... luego... ¡cómo conoce nuestros flacos...! La prodigalidad de Savary, la vanidad de Cambaceres, la brutalidad de Duroc, la necedad de Berthier, la presunción de Murat, son instrumentos de que se sirve para edificar su poder formidable... Yo no he descubierto aún mi flaco; pero él hace tiempo que lo tiene estudiado y usa de él como le conviene.

—¡Qué trabajo —exclamé— para tejer los hilos de esta trama gigantesca!

—Sí, qué trabajo y qué energía —apoyó de Meneval—. Diez y ocho horas de labor al día. Preside el cuerpo legislativo hasta que todos los miembros se duermen sobre el pupitre... Él será causa de mi muerte, como causó la de

Bourrienne... ¡No importa! Moriré sin quejarme, porque si es duró para los otros también lo es consigo mismo.

—Y ése es el hombre que Francia necesitaba —repuso de Caulaincourt—. Cuando recordamos el caos en que se sumiera nuestra patria con la revolución, cuando pensamos que nadie se dejaba gobernar y todos querían mandar a los otros, reconocemos que Napoleón, verdadero genio del orden, del método y la disciplina, era el único que podía salvarnos. ¡Ah, M. de Laval, qué extraña figura la de Bonaparte en aquella época! Ahora lo veis feliz, poderoso, aureolado de gloria, sujetando a millones de seres en el lazo de la obediencia pasiva... pero hace diez años no poseía nada y lo ambicionaba todo. Era delgado y pálido, la mirada oblicua y la barba saliente. Iba por las calles como fiera en acecho de la presa que devorar. Las mujeres y los niños se volvían a su paso. La primera vez que lo vi pensé: «Éste se sentará en un trono o se arrodillará en un patíbulo».

—¡Qué —exclamé—, en diez años no más...!

—Sí, en diez años. Dejó el cuartel por el palacio de las Tullerías. Pero estaba designado al fango supremo y nada podía impedirselo.

—De Bourrienne me contaba que en Brienne ya no tenía maneras imperiales; alababa, criticaba, fruncía el entrecejo y sonreía exactamente como hoy. ¿Habéis visto a su madre?

—Contesté que no.

—Es una reina de tragedia —continuó M. de Caulaincourt—. Su hijo se le parece.

El secretario nos miraba alternativamente a Caulaincourt y a mí con indecible angustia.

—Sobre todo, M. de Laval —dijo—, no creáis que el emperador es un tirano. —Si así fuera, no osaríamos hablar de él con esta franqueza. Estoy seguro que él mismo nos hubiera escuchado con gusto y aprobado algunas de nuestras reflexiones. Tiene defectos, convengo; todo hombre los tiene. Pero considerad sus cualidades y decidme qué soberano ha justificado mejor la elección de un país. Trabaja más que ninguno de sus súbditos; no reposa ni se divierte; es sobrio como nadie en el palacio de las Tullerías; trata a sus soldados como un padre. Pobre, educó a sus hermanos y hermanas; dichoso, ha compartido con ellos la fortuna. En una palabra: es bueno, valiente, sobrio, temperante. Comparad su conducta con la del príncipe de Gales.

Recordé la serie de escándalos que levantaron la opinión pública en Inglaterra, escándalos de Londres y de Newmarket, y no pensé en defender al

príncipe Jorge. Me contenté con señalar que los ingleses no atacaban la vida privada del emperador, sino su política ambiciosa.

—Es que el emperador está persuadido, y nosotros con él, de que no hay lugar bastante en Europa para Francia e Inglaterra —dijo Caulaincourt—. Una de las dos ha de desaparecer. Si triunfamos nosotros estableceremos una paz eterna. Italia es nuestra; Austria, derrotada segunda vez; Alemania dividida... Rusia puede extenderse al Sur y al Este; América nos pertenecerá cuando queramos. Siempre podemos moverle una guerra ruinosa por la Luisiana o el Canadá... El imperio del mundo nos espera.

Hablando, hablando, M. de Caulaincourt se había adelantado a la salida de la tienda:

—Sólo una cosa nos detiene —dijo—. Y mostró las aguas azules de la Mancha.

A lo lejos, como alas de lechuzas, se estremecían las velas de la flota enemiga.

XII

EL HOMBRE DE ACCIÓN

La tienda de M. de Meneval estaba de tal modo colocada que desde ella veíase todo el cuartel general. ¿Pero hasta qué punto estaríamos absortos en la conversación? O bien, ¿por dónde había entrado el emperador en el campamento? Lo cierto es que nada vimos ni oímos y que nos quedamos estupefactos cuando un capitán de la guardia vino a anunciar que su majestad esperaba al secretario.

La cara del pobre Meneval se puso más blanca que el papel.

Y saltando agitado y temblando:

—Debía estar en mi puesto —balbuceó—. ¡Qué desgracia, Dios mío, qué desgracia...! Perdonad, *monsieur* de Caulaincourt. Mi sombrero. ¿Dónde está mi sombrero...? ¿Y mi espada...? ¡Venid, señor de Laval... no podemos perder momento!

El terror del joven me recordó el del almirante Bruix antes en la antecámara y me hice involuntariamente la reflexión de que los súbditos del emperador parecían presos. Nadie respiraba libremente, nadie osaba reír ni conversar, todos perplejos, atormentados del temor de caer en desgracia, tan pronto bien acogidos como rechazados; reprendido en público, humillado en la intimidad, arrastrado en la resaca de los sucesos como un canto rodado.

—Todos éstos —me decía yo— llevan en los puños el grillete de la servidumbre sin darse cuenta. Aman y admiran al amo que los ata y agarrota. ¡Misteriosa influencia!

—Quizás haría yo mejor en quedarme aquí —dije a Meneval cuando llegamos a la antesala, donde aún se hallaba reunida compacta y zumbadora multitud.

—No, no. Tengo orden de llevaros al gabinete del emperador, seguidme. ¡Dios mío, con tal de que no se haya enfadado! Pero ¿cómo ha podido entrar sin que yo lo viese?

Pálido y sudoroso llamó a la puerta dulcemente, y el mameluco Roustan la abrió enseguida.

Entramos en una vasta pieza amueblada con extrema sencillez. Las paredes estaban cubiertas de papel gris, de plata, liso. En medio del techo, entre una nube pintarrajeada, aparecía el águila imperial con el rayo entre las garras.

A pesar del calor, un gran fuego ardía en la chimenea y la atmósfera era pesada, impregnada de un fuerte olor de áloes. En el centro de la pieza una mesa ovalada, con paño verde y muchas cartas y papeles encima. A un extremo de la mesa se alzaba un pupitre verde, enfrente del cual había un sillón del mismo paño con las armas del emperador al respaldo. En torno de la sala, de pie contra la pared, los oficiales, edecanes y correos esperaban órdenes. Cuando entramos, Napoleón se entretenía en picar el respaldo de su silla con un pequeño cortaplumas. Nos miró un instante, e interpellando a de Meneval, dijo con su voz áspera:

—Os estoy esperando, caballero. Nunca tuve que esperar a M. de Bourrienne.

De Meneval balbuceó una excusa.

—¡Inútil disculparos...! Tomad esa relación que he escrito en vuestra ausencia y recopiadla.



—¡Copiad eso!—Mandó el emperador.

El infortunado secretario tomó el papel con mano temblona y fue a sentarse en su sitio a la mesa.

Napoleón se puso a pasear por la sala, con las manos atrás, los hombros en círculo y la gran cabeza redonda inclinada hacia el pecho. Pensé que no le habría sido fácil prescindir de secretario, porque para escribir aquel simple trabajo había rociado de tinta la mesa y hasta su pantalón de cachemir blanco, del que se había servido sin duda como limpiaplumas.

Yo estaba junto a la puerta, cerca de Roustan. El emperador no parecía sospechar siquiera mi presencia.

—¿Y bien, de Meneval, está eso? —exclamó de pronto—. Tenemos mucho que hacer.

De Meneval, cada vez más aterrado, se volvió a él:

—Perdón, Sire —murmuró.

—¡Qué perdón! ¿Qué ocurre ahora?

—Perdón, Sire... pero me es imposible leer lo que habéis escrito.

—¡Ta, ta...! Pero ya veis de lo que se trata... ¿verdad?

—Sí, Sire... Se trata de forraje para la caballería...

—Ésta es buena. Mirad, Meneval, me recordáis a Cambaceres. Cuando recibió la revista que le enviaba yo de la batalla de Marengo, la tomó por un plan de campaña. Es increíble el trabajo que os cuesta a todos el descifrar mi letra. Ese documento no tiene nada que ver con el forraje de la caballería. Contiene las instrucciones al almirante Villeneuve para la concentración de la flota y ocupación de la Mancha. Dádmelo, os lo leeré.

Y se apoderó del papel con su brusquedad ordinaria. Pero después de examinarlo largamente, lo arrugó entre los dedos y lo echó bajo la mesa.

—Escribid —dijo a Meneval—. Os dictaré.

Y volvió a pasearse, hablando por frases breves, cortadas. Pronto, invadido por la ola de ideas, vino el desbordamiento de palabras, que Meneval, colorado como una amapola, trataba de coger al vuelo. Su voz se hacía más vibrante, su paso más rápido, y agarrando la manga derecha con la otra mano, se retorció el brazo en un gesto epiléptico que le era habitual.

Sus planes, sus órdenes, tenían tal claridad, que yo las hubiera ejecutado fácilmente sin ser marino. Pero lo admirable sobre todo era el conocimiento profundo que tenía del armamento y la posición, no sólo de los navíos de línea, sino de cada fragata, bergantín o goleta de cuántos hacían escala en los puertos de Rochefort, Cádiz, Cartagena y Brest. Enumeraba los hombres de tripulación y los cañones sin vacilación alguna y otro tanto sabía de la flota inglesa. Tal conocimiento asombraría en un oficial de marina; pero en el emperador, que además tenía que ocuparse del ejército, de los negocios interiores y exteriores, comercio, hacienda, agricultura, era prodigioso.

Dije que no parecía notar mi presencia, y, sin embargo, noté que de cuando en cuando miraba a mi lado. Cuando acabó de dictar se plantó delante de mí.

—¿Os sorprende, caballero de Laval, el verme arreglar los movimientos de la escuadra sin ayuda de mi ministro...? Ése es mi principio. Un soberano debe saberlo todo y hacerlo todo. Si los Borbones se hubieran impuesto esta obligación no se verían reducidos ahora a vivir entre las brumas de Inglaterra.

—Pero hay que tener la memoria de vuestra majestad para recordar tantos diversos elementos —exclamé yo.

—Mi memoria, joven, es el resultado de un sistema, porque naturalmente yo no recuerdo más que los sucesos y las fisonomías, pero no los hombres ni fechas. Me figuro mi cerebro dividido en casillas o si queréis en cajones, que contienen cada uno una materia diferente. Cuando abro uno de estos cajones

los demás se cierran inmediatamente, y así estoy seguro de encontrar lo que necesito... ¡Ah! ¡Tengo tanto en la cabeza, señor Laval...! Tengo, como habéis visto, un cajón lleno de buques y otro de fortalezas. Últimamente, habiéndome enviado el ministro de la Guerra un estado de la defensa de fronteras, le hice observar que se le habían olvidado dos cañones de una pequeña batería cerca de Ostende. En un tercer cajón tengo todos los regimientos de Francia.

—¿Está en orden ese cajón, mariscal Berthier?

Un hombre imberbe que se roía las uñas junto a la ventana respondió con un saludo a la pregunta del emperador.

—Sire, estoy seguro de qué podríais llamar por su nombre a todos los soldados del ejército —dijo.

—No, pero por lo menos a los veteranos que, vinieron conmigo a Egipto. Además, M. de Laval, tengo otros cajones para canales, puentes, carreteras, fábricas; para la hacienda las colonias, Italia y Holanda... Para gobernarla Francia de hoy no basta saber llevar un manto de armiño con dignidad y cazar ciervos en el bosque de Fontainebleau. ¿No sois de esa opinión, caballero?

La fisonomía débil, apática de Luis XVI, surgió de pronto ante mí. De niño había tenido el honor de serle presentado en Versalles por mi padre. Me vi obligado a convenir en que, después de la horrible tormenta del 93, nuestro país tenía necesidad de ampararse bajo la autoridad de un jefe de una bravura y de una inteligencia probada.

Napoleón se acercó a la chimenea y se puso a remover las ascuas con el pie, sin cuidarse de los delicados adornos de oro de su calzado que las llamas ennegrecían.

—Os felicito por vuestra resolución —añadió después de mi respuesta—. ¿Y hace ya tiempo que sois de los míos...? ¿No fuisteis vos quien cierto día tomó mi defensa contra un inglés que me había injuriado en la posada del «Hombre Verde»?

La extrañeza y el asombro sellaron mis labios. ¿Quién había relatado este incidente al emperador?

—¿Por qué hicisteis eso?

—No sé, Sire... por instinto... por...

—¡Tonterías...! Sólo los animales o los locos obran por instinto. Teníais vuestras razones. ¿Por qué arriesgar la vida por mí cuando nada podíais esperar de mi gobierno?

—Porque sabía que erais el único sostén de Francia.

Durante este coloquio Napoleón volvió a pasearse, moviendo el brazo convulsivamente. A veces se detenía delante de alguno de sus oficiales y le miraba atentamente con su monóculo. Era corto de vista y esto le obligaba a usar el lente. A veces tomaba un poco de rapé de su tabaquera de esmalte, pero antes de llevárselo a la nariz, el tabaco caía al suelo o sobre su traje.

Mi respuesta le había desagradado, sin duda, porque se echó sobre mí y me cogió violentamente por la oreja.

—Sí, amigo mío, tenéis razón; yo soy el único sostén de Francia, y haré de ella el país más grande del mundo. Todos los soberanos de Europa tendrán que asistir a la consagración de mis sucesores en la capital de Francia.

Después se detuvo con el semblante demudado.

—Mis sucesores —dijo— ¿quiénes son...? ¿Para quién he fundado yo este imperio...?

Después, nuevamente dueño de sí mismo, preguntó:

—¿Qué se dice de mí en Inglaterra? ¿Se teme que pase la Mancha?

—No. Sire; se teme lo contrario.

—Mis viejos soldados están descontentos; creen que esta vez toda la gloria será para los marinos... Los ingleses tienen poco ejército, ¿verdad?

—Casi toda su gente es voluntaria.

—¡Bah, pobre gente! —exclamó haciendo un gesto desdeñoso—. Yo desembarcaré en Ken, o en Succes con 100 000 hombres; ganaré la batalla sin perder más de 10 000 hombres, y en dos días estaré en Londres. Comenzaré por encarcelar a los miembros del Parlamento, a los banqueros, a los negociantes y a los periodistas. Impondré un tributo de 100 millones de libras esterlinas; favoreceré a los pobres a expensas de la aristocracia, para hacerme un partido. Daré la independencia a Escocia y a Irlanda, y les concederé un gobierno que los haga superiores a Inglaterra; sembraré en todas partes disensiones y odios, y, por fin, al abandonar el suelo inglés, les pediré, en premio a mis servicios, el abandono de su flota y de sus colonias. Con esto aseguro la paz para más de un siglo y el imperio de Francia en el mundo entero.

En esta fantástica relación pude observar la portentosa facultad que tenía Napoleón para concebir los planes más vastos y estudiar, al mismo tiempo, los detalles más pequeños.

Durante un momento le vi soñar en la conquista de Oriente. Un instante después formulaba sus órdenes, las tropas y los barcos estaban prestos y en orden de combate, las municiones prevenidas; el sueño se había convertido en realidad.

Su intención, porque el emperador no hacía nada sin intención, era revelarme sus procedimientos administrativos, deslumbrarme por la multiplicidad de sus talentos, con la esperanza sin duda de que yo implorase mi influencia con los emigrados para obligarlos a que viniesen a agruparse en torno del trono imperial.

Me dejó allí durante horas, de pie, obligándome a asistir a su labor abrumadora que, como el Proteo de la fábula, revestía infinitas formas. Las cuestiones más importantes y más triviales eran juguete de su inteligencia: ya se ocupaba del acantonamiento de las tropas durante el invierno; ya discutía con Caulaincourt los medios de amenguar los gastos de palacio.

—Quiero ser económico en mi casa —decía— para desplegar más lujo fuera de ella... Cuando era teniente vivía con mil doscientos francos al año, ¿por qué no vivir hoy como entonces? Es preciso poner coto a estos despilfarres. ¡Ya veis, Caulaincourt, que se consumen cincuenta y cinco tazas de café al día...! ¡El azúcar cuesta cuatro francos la libra, el café cinco y, por lo tanto, sale a franco la taza...! Esto no puede continuar. Es preciso que cada cual deposite una pequeña cantidad mensual para el café... Las cuentas de las caballerizas son también excesivas. Siete u ocho francos por semana bastan para la manutención de un caballo. No derróchenlos el dinero, Caulaincourt...

En algunos minutos pasó de la organización de un imperio al arreglo de las caballerizas, y de un presupuesto de muchos millones a una insignificante cuenta de algunos francos.

El emperador me observaba atentamente mientras hablaba, queriendo sorprender mis impresiones más fugitivas. ¿Qué le importará mi aprobación o mi censura? —pensaba yo entretanto—. Al recordar ahora los muchos hijos de familias ilustres que siguieron mi ejemplo, alistándose en el ejército de Bonaparte al volver del destierro, empiezo a comprender toda la importancia que adquirió entonces mi personalidad.

—Pues bien, señor de Laval —dijo Napoleón—, ya tenéis una idea de mi organización, de mis planes, de mi método... ¿estáis dispuesto a servirme?

—Más que nunca, Sire.

—Os advierto que mis costumbres no siempre os serán agradables; a veces soy muy exigente, tal vez demasiado severo —dijo sonriendo—. ¿Estabais presente cuando hablé al almirante Bruix? ¡Ah!... ¡tenemos todos deberes muy serios que cumplir...! La disciplina es tan necesaria en las altas esferas como en las últimas filas. Pero, tranquilizaos, la cólera es en mí pasajera; nunca permito que llegue a invadir mi cerebro. El doctor Coroisart Pretende que tengo el pulso más débil que ninguno de los enfermos.

—Y que coméis más de prisa que ningún francés, Sire —añadió un hombre de cara ancha y bondadosa que conversaba con el mariscal Berthier.

—¿También vos contra mí? ¡Ah, bribón! El doctor no me quiere bien; nunca me perdonará que le haya dicho un día que prefiero morir de cualquier enfermedad a ser víctima de sus emplastos... Y si como de prisa la culpa es del Estado. A propósito, ¿es ya hora de comer?

—Son las cuatro, Sire.

—Pues sírvenos.

—Cuando gustéis, Sire; pero M. Isabey ha llegado con sus muñecos.

—Que pase.

Isabey entró un momento después. Parecía fatigado de un largo y penoso viaje. Sus botas y su traje estaban llenos de polvo; llevaba bajo el brazo un cesto de mimbre.

—Dos días hace que os espero, Isabey —dijo el emperador con voz severa.

—Sire, el correo no ha llegado hasta ayer, y me he puesto en camino sin perder un momento.

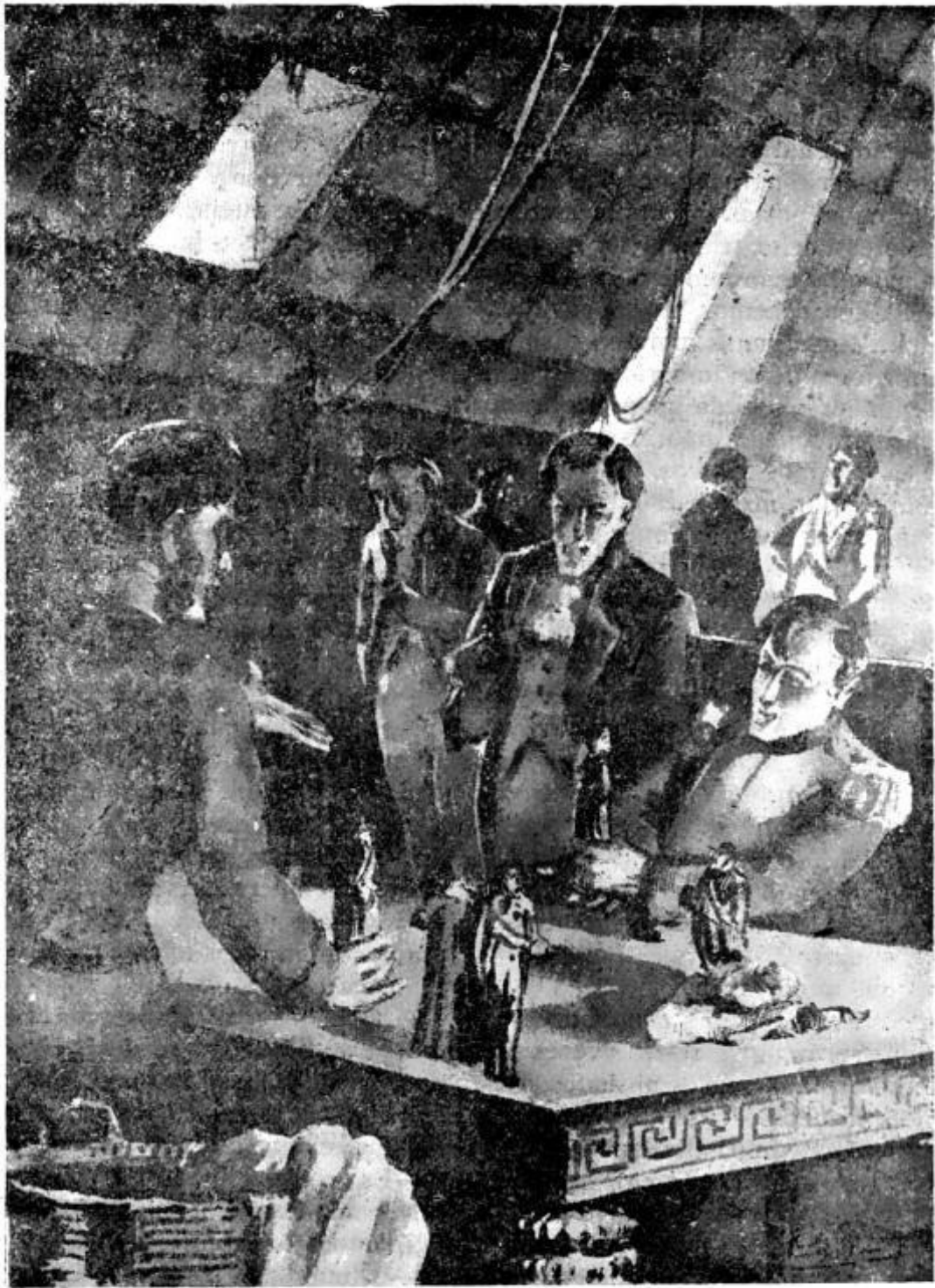
—¿Traéis los modelos?

—Sí, Sire.

—Ponedlos sobre la mesa.

Apenas pude contener la risa cuando Isabey, abriendo el cesto, fue sacando uno a uno los diminutos muñecos flamantemente vestidos de seda, terciopelo y armiño. Pronto, sin embargo, comprendí que el emperador, amante del detalle, quería juzgar el efecto de su corte ataviada con los espléndidos trajes que había encargado.

—¿Qué es esto? —preguntó, cogiendo una de aquellas figurillas, vestida de amazona y tocada con un birrete de plumas blancas.



— ¿Qué es esto? — preguntó Napoleón cogiendo una de las figurillas. (Pág. 51.)

— La amazona de la emperatriz, Sire.

— Es preciso rebajarle la cintura.

Napoleón tenía ideas singulares sobre la indumentaria femenina.

— Esta maldita moda es lo único que no puedo reformar. Buchesne, mi sastre, también se empeña en achicarme la casaca. Por más que grito y trueno

contra su endiablada manía, nada consigo. Creo que resistirá a todos los ejércitos de mar y tierra...

Y cogiendo otro muñeco que lucía un vestido verde con adornos dorados, exclamó:

—¿Qué traje es éste?

—De montero mayor, Sire.

—El vuestro, Berthier. ¿Y este encarnado?

—El del gran canciller.

—¿Y este violeta...?

—El del gran chambelán.

Napoleón se divertía con los muñecos como un niño con juguetes nuevos. Los paseaba sobre la mesa, los agrupaba, los ponía en diversas actitudes, los hacía saludar, y por último los dejaba otra vez en el cesto.

—Bien, Isabey, estoy satisfecho de vos y de David también. Presentad la cuenta cuando queráis al consejo... ¡Ah! Decidle a Lenormann que si no modera sus exigencias lo mandaré a pasarse unos meses en Vincennes... ¿Os parece razonable, M. Laval, gastar 25 000 francos en una bata, aunque sea para *mademoiselle* de Choiseul?

Sorprendido por esta inesperada pregunta, apenas pude responder por un gesto evasivo. ¿Conocía el emperador mis amores con Eugenia? ¡Este hombre extraordinario tenía el don de adivinar las cosas!

Notando mi extrañeza y mi asombro, el emperador sonrió, y su semblante adquirió la expresión jovial que afectaba a veces en los momentos de buen humor. (Sus ojos eran entonces de un azul intenso, mientras que en los momentos de preocupación parecían casi negros, y de un gris acerado en los arrebatos de cólera...). La mano pequeña y redonda del emperador se apoyó sobre mi hombro.

—Hace un momento os extrañaba que conociese yo vuestro duelo con ese *gentleman* de Ahsford; ahora os asombráis al oírme pronunciar el nombre de *mademoiselle* de Choiseul. ¿De qué me servirían, decidme, mis agentes de Inglaterra, si ignorase cosas tan importantes como éstas?

—No comprendo, Sire, que estas bagatelas merezcan ocupar un momento vuestra atención.

—Veo que sois modesto; acaso los hábitos cortesanos os harán perder tan encantadora virtud... ¡Será una lástima...! ¿Creéis, en verdad, que cuánto os atañe carece de interés para mí?

—Así lo creo, señor.

—¿Quién es vuestro tío abolengo?

—El cardenal de Montmorency-Laval, Sire.

—En efecto. ¿Y dónde se encuentra?

—En Alemania.

—¿En Alemania y no en Nuestra Señora, donde yo quisiera tenerlo...! ¿Y quién es vuestro primo?

—El duque de Rohan.

—¿Y dónde se encuentra?

—En Londres.

—En Londres y no en las Tullerías, donde podría ocupar el cargo que él solicitase... ¡Ah! Yo quisiera saber si, derribado del trono y sepultado como los Borbones, encontraría también servidores fieles, dispuestos a sacrificar fortuna, patria y afectos por acompañarme en el destierro... ¡Venid acá, Berthier...!

El emperador, cogiendo por una oreja a su favorito —señal inequívoca de afecto—, exclamó:

—¿Contaría con vos, Berthier?

—Señor, no os comprendo...

Hasta aquí nuestra conversación era en voz baja; ninguna de las personas que ocupaban la tienda prestaba atención a nuestras palabras; desde este momento todos quedaron pendientes de los labios de Berthier.

—Si yo perdiera el trono y fuera expulsado de Francia, ¿me acompañaríais en el destierro?



—¿Si yo perdiera el trono, me acompañarías en el destierro? (Pag. 53.)

—No, Sire.

—¡Demonio! Me gusta la franqueza.

—Es que no podría, Sire.

—¿Por qué?

—Porque me moriría.

Napoleón celebró con una ruidosa carcajada las palabras de Berthier.

—¡Y dicen que Berthier no tiene talento...! Escuchad Berthier: estoy seguro de vos, y si os estimo y os protejo es sólo por razones personales; pero he notado que no os aprecian en todo lo que valéis. No diría lo mismo de M. de Talleyrand, por ejemplo.

Y volviéndose hacia el diplomático:

—Vos, amigo mío, me abandonarías tan pronto como abandonasteis a Luis XVI. Tenéis un talento admirable para adaptaros a todos los gobiernos, a todos los sistemas...

Napoleón adoraba estas escenas tan violentas y embarazosas para los demás, donde todos temblaban ante la amenaza de una pregunta que no diera lugar a pensar la contestación. En este momento toda su atención era para M. de Talleyrand.

¿Cuál sería la respuesta del diplomático? ¿Cómo aceptaría el reproche?

M. de Talleyrand, apoyado en su bastón de ébano, en pie, inmóvil, plegados los Libios por una sonrisa irónica, parecía haber recibido el más benévolo cumplimiento del emperador Tal era su actitud ante Napoleón, a quien siempre trató de igual a igual, sin adularle nunca.

—¿Creéis, Sire, que os abandonaría si vuestros enemigos me ofreciesen ventajas mayores que cuantas me habéis concedido?

—Seguramente.

—Entonces, Sire, sería preciso que estas ventajas llegaran a lo extraordinario, porque a más del hotel de la calle de San Florencio y de las 200 000 libras de renta que me habéis concedido, conservo mi cargo de primer ministro... Solamente el trono podría colocarme más alto.

—En efecto, nada os falta —murmuró Napoleón, mirándole con grave atención.

Después añadió:

—Decidme, Talleyrand, ¿cuándo será vuestra boda con *mademoiselle* Grand...? ¡Demonio...! Acabad de una vez con esas relaciones... ¡Ah!, no quisiera escándalos en la corte ni historias de mujeres...

—Por costumbre o por inclinación natural, Sire, tengo horror al matrimonio.

—Es verdad —dijo Napoleón riendo—; ya olvidaba que tenía ante mí al obispo de Autun. ¿Y es tan inteligente esa *mademoiselle* Grand...? Parece que marcha bien.

Talleyrand se encogió de hombros.

—La inteligencia no es mérito en la mujer, Sire. Una mujer de talento compromete a su marido; una tonta se compromete a sí misma, y nada más.

—En mi opinión, la mujer más inteligente —dijo Napoleón— es la que mejor sabe disimular su talento. En Francia las mujeres son peligrosas, porque tienen más talento que los hombres. No comprenden que nosotros necesitamos su corazón y no su cabeza. Siempre que han dominado en el alma de un rey lo han llevado a la derrota o a la ruina. Son demasiado nerviosas, demasiado sentimentales; tienen energía, pero carecen de lógica y de previsión. Reparad en esa maldita *mademoiselle* Stail, en las damas del *faubourg* de Saint Germain... todas las escuadras de Inglaterra me causan menos inquietud que sus muecas y sus charlas. ¿Por qué no se ocupan de sus hijos y de sus casas...? ¿No es cierto, Laval?

No participando yo de las ideas del emperador, permanecí callado.

—A vuestra edad —replicó— es poco práctico, amigo mío. Yo también pensaba como vos en otros tiempos, en la época en que estos imbéciles de parisienses creían que la viuda del general Beauharnais hacía una mala boda casándose con Bonaparte.

Se detuvo un instante como absorbido, y después añadió:

—Entre Milán y Mantua hay nueve posadas. Durante la campaña de Italia franquéé con mi ejército la distancia que separa estas dos ciudades en un día, y me detuve en cada mesón para escribir a mi mujer... ¡Nueve cartas en un día! ¡Ya veis si era yo romántico! Pero las ilusiones se van, amigo mío, y al fin vemos las cosas como son... ¡Y qué gris es la vida sin los encantos del amor!

El semblante del emperador se ensombreció al evocar este pasado, acaso más feliz que su presente de gloriosos triunfos. Después, olvidándose de sí mismo, preguntó:

—¿Eugenia de Choiseul, si no me equivoco, es la sobrina del duque?

—Sí, Sire.

—¿Sois novios?

—Sí, Sire.

—Si queréis hacer carrera en la corte, Sr. Laval, preciso es que me confiéis la dirección de ese asunto. ¿Puedo acaso ver con indiferencia un matrimonio entre emigrados, entre gentes que me son hostiles?

—Las opiniones de Mlle, de Choiseul son las mías, Sire.

—¡Todo eso es música...! Mlle, de Choiseul es demasiado joven para tener opiniones. Tiene sangre aristocrática que puede arder un día... Señor de Laval, vuestro matrimonio es un asunto mío. Uno de estos días os llevaré a Pont-de-Briques y conoceréis a la emperatriz. ¿Qué ocurre, Constant?

—Sire, una señora suplica a vuestra majestad que la reciba.

—¡Una señora! —exclamó el emperador—. ¡Pardiez, cosa rara en el campamento! ¿Y quién es? ¿Qué quiere?

—... Se llama Sibyla Bernac, Sire.

—¡Ah! Si es la hija del viejo Bernac... vuestro tío carnal, señor de Laval. Yo bajé los ojos humillado.

—¡Dios mío! —exclamó el emperador, que había reparado mi turbación—. No tiene mi empleo muy brillante, en efecto, pero me rinde grandes servicios. ¿Es cierto que Bernac posee los bienes de vuestro padre?

—Sí, Sire.

El emperador me contempló con aire de desconfianza.

—¿Y vuestro regreso a Francia se debe a la esperanza de recobrar vuestros derechos?

—No, Sire —exclamé—. Yo quiero hacerme una fortuna por mi propio esfuerzo.

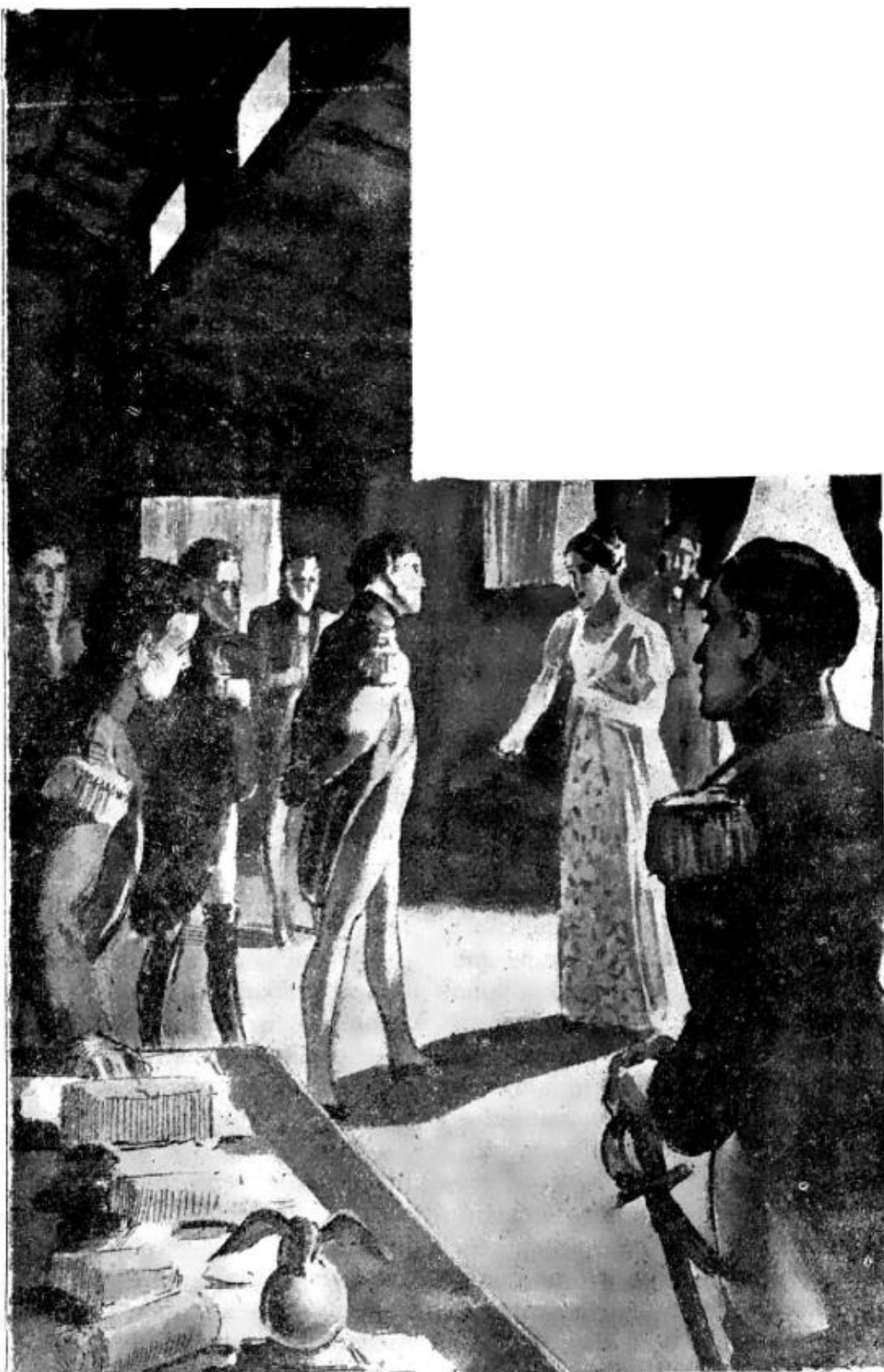
—¡Muy bien! Es más glorioso fundar una raza que perpetuarla —añadió—. Por lo demás, señor de Laval, yo no podría devolveros vuestro patrimonio, porque las cosas van tan mal en Francia, que si empezáramos a hacer restituciones no acabaríamos nunca. Perderíamos la confianza pública. Mis más fieles partidarios son hoy los poseedores de tierras abandonadas por los emigrados; y mientras estas gentes me sirvan conservarán sus feudos. Pero ¿qué deseará Mlle, de Bernac...? Constant, decidla que pase.

Un momento después mi prima entró. Estaba demasiado pálida; sus ojos brillaban extrañamente, como consumidos por la fiebre; marchaba con paso lento y su aspecto era lastimoso.

—Y bien, señorita, ¿qué deseáis? —dijo el emperador con el tono brusco que le era habitual cuando hablaba a las mujeres, aun cuando pretendiese cortejarlas.

Sibyla miró en torno suyo, y al verme, pareció tranquilizarse.

—Sire, vengo a pedir os una gracia.



— ¡Sire, vengo á pedir os una gracia!

— Nada puedo rehusar a la hija de Carlos Bernac —replicó el emperador.

—Sire, no vengo a suplicaros en nombre de mi padre: en mi nombre invoco la clemencia de vuestra majestad en favor de Luciano Lesage, detenido ayer por crimen de alta traición... Es un poeta, Sire; un soñador.

Napoleón cogió de la mesa un paquete de notas y lo recorrió rápidamente.

—¿Y este señor Lesage tiene el honor, sin duda, de ser vuestro novio?

Sibyla se sonrojó.

—He aquí el interrogatorio —continuó el emperador—. Según sus propias confesiones no es digno del amor que le tenéis.

—Perdonadle, Sire.

—Imposible. ¡Ya estoy harto de conspiradores! ¡Asechanzas por parte de los Borbones, emboscadas de jacobinos...! Mi indulgencia les ha dado alientos. Después de ejecutado el duque de Enghien y de Cadondal, parece que los Borbones se deciden a dejarme tranquilo; la ejecución de Lesage servirá de ejemplo a los jacobinos.

Al oír estas palabras del emperador, Sibyla se estremeció, sus ojos se empañaron y gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas:

—¡Por amor de Dios, Sire, perdonadle! —exclamó cayendo a los pies del emperador.



Se arrodilló á los pies del emperador.

Napoleón, furioso, golpeó el suelo con el pie.

—Repito que me es imposible concederos la gracia que me pedís. ¡Las decisiones que tomo para seguridad del Estado son irrevocables! Tiempo es ya de que los jacobinos empiecen a conocerme.

El acento resuelto del emperador y su semblante severo, no dejaba lugar a esperanza de clemencia.

Sibyla insistió:

—Sire, es inocente, os lo juro.

—Su muerte será ejemplar de todos modos...

—Perdonadle, señor, y yo os juro que en lo sucesivo os será fiel y obediente.

—Señor de Laval, llevaos A vuestra prima.

Constant y yo ayudamos a Sibyla A levantarse.

—Sire —añadió cuando tratábamos de llevárnosla, ¿decís que hace falta un ejemplo? ¿Y Toussac?

—¡Ah, sí me entregasen a Toussac! —dijo el emperador, como pensando, en alta voz.

—Toussac y mi padre han impulsado a la rebeldía a Lesage... El culpable es Toussac. Toussac y Lesage son igualmente culpables. Lesage está en poder nuestro, mientras que Toussac ha huido.

—¿Y si yo lo encuentro, Sire?

Napoleón reflexionó un momento y después respondió:

—Si me entregáis a Toussac perdonaré a Lesage.

—Necesito algún tiempo, Sire.

—¿Cuánto?

—Una semana al menos, Sire.

—Está bien; dentro de una semana Toussac será entregado o ejecutado Lesage.

Señor de Laval, llevaos a vuestra prima, porque ahora tengo que ocuparme de asuntos importantes. Pronto os veré en Pout-de-Briques.

XIII

EL SOÑADOR

Salí con Sibyla. ¡Pero cuál no sería mi sorpresa al encontrar, a la entrada de la tienda, al teniente Gerard!

—Y bien, señorita, ¿lo consiguió usted? —dijo precipitándose hacía mi prima.

Sibyla movió la cabeza negativamente.

—¡AH! ¡Era lo que yo me temía...! El emperador es inexorable. Habéis tenido valor de ir a solicitarle. Yo preferiría cargar sobre un escuadrón, con un caballo medio muerto, a pedirle algo. ¡Dios mío, señorita, cuánto me duele vuestro fracaso...!

Los bellos ojos claros del teniente se llenaron de lágrimas, y las guías de su bigote rubio se le cayeron de tan grotesca manera, que yo hubiera reído de buena gana si la ocasión no fuera tan triste.

—He encontrado a M. Gerard cuando atravesé el campo —dijo mi prima— y me acompañó hasta aquí. ¡Están bueno que se interesa por mis penas!

—Yo también, prima mía, participo de ellas —exclamé—. ¡Sois tan buena, tan animosa...! ¡Qué feliz aquél a quien honráis con vuestro cariño y vuestra solicitud...! ¿Pero es que lo merece verdaderamente?

Desde el momento en que formulaba la menor duda sobre el valor o la lealtad de su prometido, Sibyla se erguía bravamente.

—¡Le conozco mejor que vos, mejor que el emperador! —exclamó—. ¡Luciano tiene un alma demasiado noble para enlodarse en el fango de los «complots» y de las traiciones...! Fue Toussac quien causó el daño. ¡Toussac es un miserable, un asesino! Mientras que Toussac viva no habrá ni un momento de paz en Francia. ¡Ah! ¡Para ése no haya piedad...!

Su cara se iluminó súbitamente con relámpagos terribles de audacia y de rencor.

—Primo Luis —dijo aún— ¿queréis ayudarme a buscarlo?



¿Queréis ayudarme á buscarlo? — preguntó Sibyla.

Gerard se retorció el bigote y me veía con una expresión de envidia mal disimulada.

—Señorita, ¿me permitís ayudaros también? —dijo con tono lastimero.

—Ciertamente, señor —replicó Sibyla— dos hombres enérgicos no están de más para una empresa semejante. Cuando llegue el momento os lo advertiré, así como a M. de La —val. Ahora os ruego que me conduzcáis al límite del campo, y me dejaréis enseguida.

Sibyla tenía un modo imperativo al expresarse, que parecía encantador al pasar por sus labios de mujer.

El caballo gris que me había traído por la mañana piafaba al lado del de Gerard, y montamos enseguida. Después de pasar las trincheras, mi prima se volvió a nosotros:

—Ahora iré sola —dijo—. ¿De modo que está convenido que cuento con vosotros, señores?

—¡En absoluto, prima mía!

—¡Hasta la muerte! —gritó Gerard.

—Gracias —dijo ella.

Y soltando las riendas, partió en la dirección de Grosbois.

Permanecí algunos instantes inmóvil, soñador... ¿Qué plan había concebido Sibyla...? ¿Cómo esperaba encontrar a Toussac?

Después de todo, la imaginación y el amor de una mujer triunfarían tal vez en donde había fracasado la hábil táctica de Fouché y de Savary...

Cuando levanté la cabeza vi al teniente Gerard abismado en la contemplación de Sibyla, cuya silueta fina se recortaba sobre el azul horizonte.

—¡Esteban, es la mujer que te conviene! —murmuraba—. ¡Qué ojos...! ¡Qué sonrisa...! ¡Y no tiene miedo del emperador...! ¡Matin, qué amazona! ¡Esteban, hijo mío, esta mujer es la que haría tu dicha!

Habló así hasta que la joven desapareció tras las dunas. Después me preguntó:

—¿Sois el primo de *mademoiselle* Bernac?

Hice un signo de asentimiento.

—No sé qué empresa medita; pero sea la que sea, estoy pronto a cumplirla.

—Mi querido Gerard; Sibyla quiere que nos apoderemos de Toussac...

—Perfectamente.

—... Para salvar la vida de su prometido M. Lucien Lesage.

—¡Ah!

Gerard frunció las cejas. Sin embargo, su buen natural se sobrepuso.

—¡Pardiez! —dijo— ¡si esto la hace feliz, lo haré sin embargo!

Le tendí la mano y me la estrechó vigorosamente.

—Los húsares de Bercheny están acampados allá lejos, en donde se ven esas filas de caballos. A la menor alarma prevenidme, M. de Laval; mi espada está a vuestra disposición. ¡Adiós...! ¡Hasta pronto!

Se alejó con ese garbo, con ese buen humor francés que emanaba de toda su persona y que parecía estallar en el plumero rojo de su casco, en los pliegues de su dolmán, en el acero reluciente de sus espuelas.

Cuatro días, cuatro largos días transcurrieron sin noticias de Sibyla, sin oír hablar del emperador ni de mi tío. Yo había ido a Boulogne. Había alquilado en la calle des Vents, cerca de la iglesia Saint Agustín, una alcoba pequeña situada en los altos de un panadero llamado Vidal.

He vuelto ahí el año pasado, empujado por esa necesidad instintiva que nos lleva a volver a ver los lugares en donde hemos vivido, sentido, amado. Nada había cambiado. Era todavía el mismo papel con flores azules, los mismos muebles de caoba. De pie, cerca de la ventana, examiné los viejos grabados amarillos clavados en la pared, el busto de yeso de Juan Bart, adornando la estrecha chimenea de mármol, todos los objetos ringlados sobre la cómoda y en la mesa.

—Mi corazón tampoco ha cambiado —me dije.

Pero súbitamente, en un mal espejo colocado enfrente de mí, apercibí mi cara arrugada, mis ojos opacos, mi larga barba blanca. ¡Dios mío! ¡Qué decrepitud...! No, ya no era el hombre ardiente e impetuoso de otro tiempo, el que contemplaba todas aquellas cosas, sino un viejo ridículo, arruinado por el reuma.

Para cambiar el curso de mis pensamientos miré hacia afuera. Allá lejos las dunas erigían sus cimas de un blanco cretoso, el mar reventaba sus pesadas olas con un mugido sordo.

Era allí, en ese mismo desolado paisaje, sobre esas dunas estériles, en las que no crecían más que herbasca seca, en donde la gran armada estableció sus cuarteles. Mi corazón latió fuertemente. Creí ver cruzar en todos sentidos a oficiales del estado mayor, portadores de noticias, los remolinos de polvo, las bayonetas y los sables relampagueantes; creí oír el galope de los caballos, las fanfarrias gozosas, el redoble de los tambores... ¡Miseria de las vanidades humanas! La gran armada había sido dispersada como esas nubes que el viento desmenuza en copos. ¡El emperador había muerto y los muebles vulgares de esta alcoba ni se habían movido...! Si el hombre no es humilde no es por falta de lecciones.

Ya instalado, mi primer cuidado fue enviar a buscar a Grosbois las traillas que allí había dejado; después, ya aprovechándome del crédito que me daba la buena acogida del emperador, hice proveer mi guardarropa para poder figurar dignamente en la corte.

Se sabía que Napoleón, a pesar de ser en sí mismo de una sencillez absoluta, exigía mucha elegancia en la ropa de sus soldados y de sus cortesanos.

Nunca, ni en las épocas de los más lujosos Borbones, se vio un tal derroche de armiños, recamados, brocados y oros. El emperador creía con este pomposo aparato establecer más sólidamente su joven imperio, e imponerse, además, a las multitudes y a los soberanos extranjeros.

El quinto día por la mañana recibí un mensaje de Duroc. El jefe de la casa militar me mandaba decir que su majestad me daría audiencia después de mediodía en el cuartel general, que se me invitaba a la recepción de la emperatriz, y que se me había reservado un lugar en una de las carrozas de la corte para ir a Pont-de-Briques.

Aunque llegué al gran cuartel mucho antes de la hora fijada por la audiencia, luego que Constant me apercibió, me introdujo en el gabinete del emperador.

—¡Y bien!, señor de Laval —dijo el emperador, después de haberme saludado con una amistosa inclinación de cabeza— ¿tenéis noticias de vuestra encantadora prima?

—No, Sire.

—Tengo miedo de que sus investigaciones no conduzcan a nada; pues su poeta es inofensivo, pero el otro, Toussac... En fin, no importa y hace falta un escarmiento; Lesage morirá si Toussac no es entregado.

El día iba muriendo. Constant apareció y se dispuso a encender las bujías, pero el emperador le ordenó que se retirara.

—Estoy persuadido, señor de Laval —dijo— de que vuestra larga permanencia en Inglaterra os ha habituado a las claridades suaves, a las semiobscuridades.

Después de un momento, añadió:

—Esas gentes de allá deben tener el cerebro lleno de neblina, a juzgar por las majaderías que escriben en los periódicos.

De pronto, con uno de esos movimientos convulsivos con los que manifestaba sus bruscos accesos de cólera, tomó de sobre la mesa un periódico de Londres, lo desgarró y lo arrojó al fuego. El papel llameó, los caracteres de imprenta se agrandaron; el nombre de Napoleón resplandeció dos o tres veces enorme y rojo; después, los pedazos negros y calcinados se desprendieron y cayeron fuera del hogar... El emperador los rechazó con el pie.

—Un periodista, ¿qué cosa es eso? —gritó con aquella voz áspera y gutural que me había turbado ya. Un individuo cualquiera, mal trajeado, mal calzado, sin talento, sin educación, que garabatea quince horas por día en una oficina sórdida, en el fondo de un oscuro patio. Y eso, osa hablar de

imperios, de monarcas, de paz, de guerras, de sacudimientos europeos... ¡Ah! Estoy aburrido de la libertad de la prensa. Hay quienes desean que yo la entronice en París... vos, Talleyrand, por ejemplo... ¡Y bien! ¡No, eso no se hará...! Ningún periódico es útil a la prosperidad de un país. *El Monitor* es el único tolerable en Francia, porque sirve para hacer conocer al pueblo las decisiones del gobierno.

—Lo que yo digo, Sire —dijo tranquilamente el ministro— es que más vale tener enemigos declarados, que enemigos ocultos, y es menos peligroso verter tinta que sangre. ¿Qué importa que los diarios de París o de Londres impriman tonterías sobre vos, si mandáis una armada de ciento cincuenta mil hombres?

—¡Sois admirable, Talleyrand! —exclamó el emperador impaciente...— Al oíros se creería verdaderamente que soy el heredero legítimo del último rey de Francia... Además, y sin embargo, seré nieto de Enrique IV; nunca permitiré a los periodistas inmiscuirse en los negocios del Estado... ¡Se ha criticado rudamente a los Borbones...! ¡Luis XVI y María Antonieta guillotizados, la aristocracia diezmada, arruinada, desterrada, cien mil personas degolladas; ése es el resultado del sistema...! Si yo hubiera entrado en la sala de sesiones de la Asamblea Nacional con todo el regimiento de los suizos, igual que entré el 18 de Brumario en la sala del Consejo de los Quinientos, con todos mis granaderos, os respondo de que una bayoneta en el vientre de Mirabeau hubiera arreglado muchas cosas en un momento.

Se sentó y extendió las piernas hacia el fuego. En un rincón del hogar, un poquito de cenizas grises era todo lo que quedaba del periódico de Londres. Ahora la llama que subía de los leños abrasados alumbraba de llenóla cara del emperador, aquella cara de esfinge en la cual no se transparentaban ya ni la cólera ni las ambiciones torturantes y que se había revestido de una singular expresión de dulzura melancólica.



Napoleón arrojó al fuego el periódico.

Se pretende que no hay dos retratos del emperador que se parezcan. Esta disparidad no dependía en modo alguno de los artistas, sino del modelo, cuya fisonomía reflejaba, como un limpio cristal, sus menores impresiones. Me acuerdo aún de Napoleón antes del abotagamiento de sus facciones, y aseguro que en reposo, absorbido, era más bello que hombre alguno.

—Vos, Talleyrand, no tenéis ni sueño, ni ilusiones —dijo—. Sois siempre práctico, siempre frío, siempre cínico. En cuanto a mí, a la hora del crepúsculo o frente al mar, mi imaginación empieza a trabajar. Me gusta también dejarme arrullar por ciertas frases lentas, rítmicas, que se repiten como un estribillo. Tales las de Passaniello, que me hacen siempre *ossianisar*.

Durante esos momentos tengo ideas más grandes, más altas aspiraciones... Sueño en Oriente, ese país maravilloso, con su hormigear de pueblos y en donde se puede ser grande... Resucito mis proyectos de 1798. Me veo manejando esas formidables masas de hombres armados, disciplinados, domados y precipitándolas sobre Europa... Si se hubiera conquistado Siria, es lo que yo habría hecho... La suerte del mundo entero se hubiera decidido en el sitio de Saint Jean de Acre... Después de esclavizar Egipto hubiera partido hacia las Indias. Me figuro algunas veces que voy en un elefante y que en mi mano llevo una nueva versión del Koran... Así es como yo hubiera atravesado Asia Pero nací muy tarde... Para aspirar al título de conquistador del mundo es fuerza ser un dios o un héroe... Alejandro de Macedonia se jactaba de ser hijo de Júpiter y se le creyó... ¿Qué sucedería hoy si yo formulara la misma pretensión...? M. de Talleyrand reiría con su aire de desdén feroz y los parisienses dibujarían mi caricatura en todas las paredes... No, ya no quedan ni fe, ni entusiasmos... Nuestras generaciones modernas nacen viejas y decrepitas.

El emperador hablaba consigo mismo más que conversar con nosotros. Su alma se diluía en fantásticas ensoñaciones. Era lo que él llamaba *ossianisar*, porque sus fantásticas imaginaciones le recordaban las del poeta escocés, que prefería entre todos. En ocasiones se olvidaba de este modo una o dos horas mientras que sus cortesanos, respetuosamente alineados en su derredor, esperaban que volviera a su estado natural.

—Un soberano —continuó— debe poder apoyarse en la religión lo mismo que en la armada, pues interesa más reinar sobre las armas que sobre los cuerpos... ¿No es el sultán el jefe temporal y a la vez espiritual de su imperio...? ¿No eran los emperadores romanos pontífices y sacrificadores a un tiempo...? Mi autoridad será ilusoria mientras no se extienda al culto de mis súbditos... Hay actualmente en Francia treinta departamentos que obedecen más al Papa que a mí. Y bien, lo sostengo; sólo una dominación absoluta, universal, es capaz de asegurar la paz del mundo. Cuando no haya en Europa más que un amo residente en París, cuando todas las naciones sean vasallas y tributarias de Francia, entonces, señores, descansaremos y ya no habrá nada que hacer... Mientras haya frente a frente fuerzas iguales, lucharán por alcanzar el predominio... La situación de Francia, la riqueza de su suelo, la magnitud de su historia la destinan a esa hegemonía... ¡Alemania está dividida; Rusia, bárbara aún; Inglaterra aislada en su isla; España, Italia, Grecia, ya no cuentan...!

—Los ingleses —me dije a mí mismo— tienen razón al asegurar que la guerra durará tanto como este oficialito de artillería.

Constant había preparado, al lado del emperador, un poco de café frío; se sirvió una taza y bebió. Después, recostándose de nuevo sobre el respaldo de la silla, permaneció inmóvil algunos instantes, con la barba sobre el pecho y los ojos fijos en las llamas.

Continuó con voz sorda:

—Los reyes irán detrás del emperador de los franceses... sosteniendo la orla de sumanla... asistiendo a su coronación... Cada uno tendrá una residencia en París, como los ministros del gobierno... ¡Qué sueño...! Entonces la capital se extenderá hasta Versalles... Aunque lo merezca poco, quiero agrandarla aún, dotarla de soberbios monumentos. Es curioso, no quiero a los parisienses... a ellos les pasa conmigo tres cuartos de lo mismo. No me perdonarán que les haya apuntado una vez con mis cañones, y saben de sobra que a la primera trastada se repetiría la función. Los he obligado a temerme, a admirarme, pero a quererme no.

¿Y por qué? ¡Tanto como he hecho por ellos...! ¿Dónde están los tesoros de Génova, los cuadros y las estatuas de Venecia y el Vaticano...? ¡En el Louvre...! El botín de mis victorias ha servido todo para adornar sus palacios y sus iglesias. Pero necesitan variaciones, algo de qué maravillarse cada día y de charlar y reírse. Hoy me saludan; mañana me enseñarían los dientes si de cuando en cuando no les tirase alguna victoria a la cara, como se arroja la carne a las fieras. Cuando termine la expedición a Inglaterra mandaré redorar el dorso de los Inválidos y eso les entretendrá... Luis XIV los embriagó de guerras; Luis XV los divirtió con sus galanterías y los escándalos de la corte; el pobre Luis XVI no supo distraerlos y le cortaron la cabeza. ¿Verdad, Talleyrand, que le condujisteis al patíbulo...?

—No, Sire. Yo siempre fui moderado —continuó el ministro con su acre de amabilidad—. En todo caso, Sire, no tenéis motivo para deplorar la muerte de Luis XVI, que os dejó su sitio.

—Nada me hubiera impedido ocupar el trono —replicó Napoleón—. Yo era un predestinado al supremo puesto. Y así me ha sucedido siempre. Cuando firmé el tratado de Campo-Formio no era sino un general sin mucho nombre y que apenas contaba treinta años; sin embargo, cuando apercibí en la tienda donde se habían reunido los diplomáticos extranjeros un trono vacante coronado por las armas imperiales, tomé en el acto posesión de él, pues no hubiera sufrido que alguien hubiera sido colocado antes que yo. Tengo la presciencia de los acontecimientos; nada me acontece sin que no lo sepa de

antemano. Cuando mi hermano Luciano y yo vivíamos miserablemente en una misma alcoba, no gastando más que algunos francos por semana, sabía ya lo que más tarde llegaría a ser, lo que ahora soy. Sin embargo, nada en el presente ni nada en el futuro era propicio a alentar una esperanza semejante. En la escuela fui un mediano alumno. Salí de Brienne siendo el 42 en 58... Era bastante fuerte en matemáticas, pero en lo demás nada. La verdad es que soñaba mientras los otros trabajaban. Ningún ejemplo me fue propicio para alentar mi ambición. No heredé de mi padre más que su enfermedad de estómago. En una ocasión, siendo muy joven, vine a París con mi padre y mi hermana Carolina. Estando en la calle de Richelieu el rey pasó en su carroza. ¿Quién hubiera pensado que aquel joven corso que agitaba su sombrero tendiendo el brazo sería el sucesor de su majestad Luis XVI? Pues bien; os juro, señores, que en aquel mismo momento una voz interior me gritó: esa carroza será tuya algún día... ¿Qué hay, Constant?

El intendente se inclinó al oído del emperador y murmuró algunas palabras:

—¡Pues, naturalmente! —exclamó Napoleón. Había olvidado enteramente esa cita. ¿Está ella ahí...?

—Sí, Sire.

—¿En la tienda de al lado?

—Sí, Sire.

Talleyrand y Berthier cambiaron una mirada y el ministro se dirigió suavemente hacia la puerta.

—No, no —dijo el emperador, deteniéndolo con un gesto—; quedaos aquí... Constant, encended las lámparas. Vigilaréis, además, a que los coches estén listos dentro de media hora. Talleyrand, releed ésta picara carta al emperador de Austria; me diréis vuestras observaciones esta tarde. De Meneval, aquí tenéis un extenso informe sobre los *docks* de Brest; extractadlo y dejadlo en mi despacho mañana por la mañana a las cinco. Berthier, la armada empezará a embarcarse mañana a las siete. Ved si la operación puede efectuarse en tres horas. *Monsieur* de Laval, esperadme hasta que partamos a Pont-de-Briques.

Después de una breve orden dada a cada uno se alejó, y poco después no distinguí bajo la cortina semilevantada en un extremo de la estancia más que los faldones de su casaca verde y sus piernas estrechamente ceñidas en el pantalón de cachemir blanco. Percibí un frú-frú de seda, un resplandor rosa y eso fue todo; la cortina cayó.

Berthier se roía las uñas en un rincón, Talleyrand lo observaba con un parpadeo irónico. De Meneval, corrido como si hubiese sido sorprendido con las manos en la masa, se había abismado en un rollo de papeles. Constant, siempre discreto y silencioso, encendía las bujías de los candelabros.

—¿Quién es? —interrogó el ministro de Estado.

—Esa muchacha de la Opera —gruñó Berthier.

—¿La española ha caído?

—No lo creo, aquí estaba todavía ayer.

—¿Y la otra, la condesa?

—Vive en Ambletense.

—Señores, os lo ruego, nada de escándalos en la corte —parodió Talleyrand con los labios crispados por una amarga sonrisa.

No había sido sensible a la lección de moralidad dada últimamente por el emperador a los que le rodeaban y en particular a su ministro.

—A propósito, M. de Laval —dijo acercándose a mí—, ¿dónde está el partido de los Borbones en Inglaterra? ¿Cuáles son sus miras, sus proyectos? ¿Tiene algunas probabilidades de éxito?

Lo menos durante diez minutos me hizo mil preguntas y me arrancó mil informes. No tardé en comprender que el emperador lo había juzgado bien. M. de Talleyrand no era el amigo de los días nefastos y de la adversidad; iría siempre y seguramente del lado de la victoria. Charlábamos aun cuando Constant entró precipitadamente, con la mirada extraviada y una agitación inusitada en un hombre de su carácter.



— ¿Dónde está
el partido de los
Borbones en In-
glaterra?

—¡Dios mío! M de Talleyrand, qué desgracia —gritaba torciéndose las manos—. ¿Quién lo hubiera esperado?

—¿Qué pasa, Constant?

—¡Pasa, pasa, que me volveré loco...! ¡Qué desgracia! ¡Dios mío, qué desgracia...!

—Pero hablad, Constant, decidnos...

—¡Ah, M. de Talleyrand, no me atreva a molestar al emperador, y sin embargo...!

—Sin embargo, ¿qué?

—La emperatriz está ahí... ¡Me sigue...!

XIV

JOSEFINA

Ante la inesperada nueva, Talleyrand y Berthier se miraron estupefactos. La angustia que alteró un momento las facciones del ministro de Estado me dejó adivinar que no era del todo incapaz de emociones; pero quien le hubiera observado atentamente habría descubierto tanta ironía como consternación en sus párpados entreabiertos y en sus labios delgados y pálidos. En Berthier, por el contrario se veía el aturdimiento de un afecto sincero, casi el dolor de un perro que ve a su amo en peligro. Corrió a la puerta como para cerrar el camino a la emperatriz. Constant se había lanzado hacia la cortina que separaba el dormitorio de Napoleón de su gabinete de trabajo, y con los brazos tendidos la sujetaba fuertemente contra la pared. De improviso soltó la cortina desalentado, anonadado, y se acercó a M. de Talleyrand:

—¿Qué hacemos, señor ministro? —balbuceó con una voz bronca.

El pobre Constant, siempre tan tranquilo, tan correcto, parecía completamente loco.

—¡Es demasiado tarde para impedir la entrada a la emperatriz...!

En efecto, en el mismo instante el mameluco Roustan abrió la puerta y dos damas penetraron en la estancia. La primera era alta y esbelta, con la cara graciosa y sonriente, de porte majestuoso, de maneras afables. Llevaba un manto de terciopelo negro, guarnecido de blancos encajes y un sombrero negro adornado con plumas. Su compañera era más pequeña y de aspecto más ordinario, a pesar del encanto de dos hermosos ojos grandes, rasgados, como ojos de gacela.

La dama del manto negro tenía de la cadena a un perrito *terrier*, muy bonito.

—No debíamos haber traído a *Fortuné* —dijo con voz muy armoniosa y dando la cadena al mameluco—; al emperador no le gustan los perros, y puesto que no obstante su prohibición, nos introducimos en sus cuarteles, lo mejor será respetar sus gustos. ¡Ah! ¡Buenas tardes, M. de Talleyrand!

Madame de Remusat y yo hemos paseado en coche por la costa esta tarde, y al pasar cerca del campamento nos hemos detenido para saber si el emperador irá ésta noche a Pont-de-Briques.

—Su majestad estaba aquí hace un momento —dijo M. de Talleyrand, inclinándose.

—Doy una fiesta a la noche —continuó la emperatriz—, una fiesta como se puede dar en una aldea como Pont-de-Briques: el emperador me ha prometido honrarla con su presencia, dejando sus quehaceres. ¡Os ruego, M. de Talleyrand que tratéis de persuadirlo de que trabaje menos...! Sin duda que tiene una constitución de hierro; pero no podrá excederse constantemente... Sus crisis nerviosas son cada vez más frecuentes; quiere hacerlo todo por sí mismo, y esto será muy bello, convengo, pero sobrepasa las humanas fuerzas. Por ejemplo, estoy segura que en este mismo momento... A propósito, M. de Talleyrand, ¿no me habéis dicho dónde está...?

—Sí... lo esperamos, vuestra majestad... lo esperamos de un momento a otro.

—¡Bueno! En ese caso yo también lo espero.

La emperatriz se sentó, y volviéndose hacia el infortunado secretario, que seguía ocupado en escribir con la espalda encorvada sobre la mesa:

—¡Ah, caro M. de Meneval —exclamó—, cuánto os compadezco, pues vivís siempre entre esos legajos...! El emperador ha sentido mucho perder a M. de Bourrienne. Sin embargo, creo que le reemplazáis ventajosamente... Acercaos al fuego, *mademoiselle* de Remusat.

Y como la dama de honor declinara respetuosamente esta invitación:

—¡Sí, sí, aproximaos, lo quiero —insistió—; debéis estar helada...! Constant, poned una manta en los pies a *mademoiselle* de Remusat.



— Poned una manta en los pies á mademoiselle
de Remusat.

Gracias a esta amenidad y a esta benevolencia, la emperatriz había ganado todos los corazones. No tenía ningún enemigo en Francia, aun entre los más opuestos al carácter y a la política de Napoleón. Sea como esposa del más grande hombre de Europa, sea como mujer divorciada y desgraciada, tuvo siempre a su alrededor el amor y la estima. De todos los sacrificios que Napoleón se impuso para trepar al pináculo a que aspiraba, el de su mujer fue el que más luchas y penas le costó.

Sentada como estaba entonces ante el fuego, en el mismo sitio que hacía poco ocupaba el emperador, la pude examinar a mi sabor. ¡Extraño destino el suyo...! Hija de un simple teniente de artillería, había franqueado rápidamente todos los grados de la escala social y se encontraba a la altura de la emperatriz de Austria y de las reinas de España e Inglaterra.

Tenía seis años más que el emperador, y tenía, pues, en aquel tiempo cuarenta y dos; pero a alguna distancia y bajo una discreta claridad se podía decir sin adulación que no aparentaba más de treinta.

Tenía flexible el talle, y cada uno de sus gestos tenía una gracia natural que delataba su origen criollo; sus facciones eran menudas y delicadas, y se decía que en su juventud había sido de asombrosa belleza; pero como todas las mujeres de las colonias, se había ajado muy rápidamente. Desde hacía algún tiempo libraban en ella un encarnizado combate el arte y la naturaleza. Entre las dos la victoria estaba indecisa, pues si de lejos, en el trono o en coche, la emperatriz merecía aún el nombre de mujer hermosa, de cerca, y bajo una luz clara, el afeite no disimulaba del todo su color marchito, las arrugas de la frente o el agotamiento de los párpados.

Todo lo que poseía aún de aquella belleza se había refugiado en sus ojos negros, profundos y luminosos. Su boca era agradable todavía; pero la emperatriz reía poco, porque tenía feos dientes. En cuanto a su porte, era tan digno como si hubiera sido de la sangre de Carlo Magno o de San Luis. Su paso, su mirada, la manera de rechazar la cola de su traje, los movimientos de sus manos blancas y finas, en una palabra, toda su persona ofrecía una mezcla feliz de dulzura femenina y de majestad real.

La contemplé emocionado y fascinado mientras hablaba con M. de Talleyrand, inclinándose algunas veces para recoger briznas de madera de áloe que arrojaba al fuego.

A Napoleón le gusta mucho el olor de áloe al quemarse. Nadie tiene el olfato más desarrollado que el suyo. Percibe los más sutiles perfumes.

—El emperador tiene el olfato desarrollado para toda suerte de cosas —insinuó el ministro—; los proveedores de la corte saben a qué atenerse sobre el particular.

—¡Oh! No me habléis de eso. En cuanto comienza a verificar las cuentas se pone insoportable... ¿Quién es ese joven, M. de Talleyrand? No me le habéis presentado.

El ministro de Estado explicó en algunas palabras mi situación.

—M. de Laval acaba de ser admitido al servicio particular de su majestad —añadió.

La emperatriz me felicitó en términos muy amables.

—Me siento contenta al ver a su alrededor hombres leales y bravos. Desde el asunto de la máquina infernal estoy siempre inquieta. No pienso que está seguro sino conmigo o en medio de sus tropas. ¿Parece que se ha descubierto un nuevo complot de jacobinos?

—Sí, vuestra majestad; M. de Laval estaba presente cuando los conspiradores fueron detenidos.

Diciendo esto, M. de Talleyrand se separó un poco y yo di algunos pasos hacia la emperatriz.

Me agobió a preguntas, dejándome apenas tiempo para responderla.

—Pero ¿ese atroz Toussac no ha sido aprehendido? ¿Sabéis que una joven se ha puesto en su busca...? ¿Qué espera encontrarlo y obtener de este modo el indulto de su prometido?

—Esa joven, vuestra majestad, es *mademoiselle* Sibyla Bernac, mi prima.

—¡Oh! ¡Es curioso, señor de Laval! No estáis en Francia sino hace algunos días —dijo Josefina tras un pequeño silencio—, y ya sois el objeto de todas las conversaciones. Es preciso traerme a vuestra prima. El emperador dice que es muy bonita. *Madame* de Remusat, escribid su nombre en vuestras notas.

Se había inclinado una vez más para recoger un pedacito de madera que había caído cerca de la chimenea. Pero súbitamente lanzó un grito de sorpresa y se precipitó sobre un objeto de forma oblonga, hasta entonces oculto por los pies de M. Talleyrand.

—¡El sombrero del emperador! —exclamó, irguiéndose pálida.

Escrutó un momento la cara impenetrable del ministro. Después, con la boca tumefacta de cólera, dijo:

—¿Qué significa esto, M. de Talleyrand...? ¡Me decís que el emperador ha salido y he aquí su sombrero!

—¡Ah! ¡Perdón! Vuestra majestad, yo no he dicho que el emperador había salido.

—¿Qué dijisteis entonces?

—Dije: su majestad estaba aquí no hace ni un minuto.

—Me ocultáis algo —dijo ella, con esa infalible intuición de las mujeres.

—No, vuestra majestad; dije lo que sabía.

—Mariscal Berthier —dijo al fin con voz breve—, ¡quiero que me digáis dónde está el emperador y qué hace!

El mariscal, que de ordinario era bastante lento, balbuceó algunas palabras incomprensibles, atormentando su tricorno con sus gruesos dedos

espatulados.

Después, recobrando un poco de calma.

—Yo... Yo... Yo no sé más que M. de Talleyrand —musitó—. El emperador nos ha dejado hace dos o tres minutos.

—¿Por qué puerta salió?

Berthier se desconcertó por completo.

—Pero vuestra majestad, yo... yo... yo no puedo... no debo... ¡Me es imposible responderos!

Entonces la emperatriz me miró.

—¡Gran Dios! ¿Iba a interrogarme también...? Esta idea me heló. Pero apenas había tenido tiempo de decir una pequeña oración a San Ignacio, patrón perpetuo de mi familia, cuando todo peligro se había, alejado.

—Venid, *mademoiselle* de Remusat. Puesto que estos señores no quieren ayudarnos, nos quedaremos sin ellos.

Se dirigió hacia la cortina que era vigilada por Constant, seguida a distancia por su dama de honor, cuyo gesto apenado y el paso huido denotaban muy poco entusiasmo para prestarse a los deseos de la emperatriz. Había oído hablar en Sahford de las infidelidades de Napoleón y de los escándalos a que daba lugar. El emperador, con su orgullo y su desprecio de la opinión, publicaba únicamente sus más íntimos asuntos. Por su parte, Josefina, cuando se dejaba llevar por los celos, hacía a un lado toda reserva y toda equidad de modo que entre los dos hacían pasar muy malos cuartos de hora a los que les rodeaban.

Talleyrand se volvió contra la pared con un dedo en los labios. Berthier se puso a roerse las uñas con frenesí; Constant únicamente trató de interponerse entre su ama y la fatal cortina.

—¡Aquí está! —gritó Josefina—. ¡Ahora lo comprendo todo! ¡Sí, todo! ¡Bien! ¡Yo misma le reprocharé su perfidia! ¡Dejadme entrar, Constan! ¡Cómo, osáis impedírmelo!



— ¡Aquí está! — gritó Josefina — ¡Ahora lo comprendo todo!

— ¡Que vuestra majestad me permita anunciarla al menos...! — suplicó el intendente.

— ¡No! Yo misma me anunciaré.

Y atropellando al pobre Constant, separó las cortinas y desapareció.

El tono imperativo de la emperatriz, sus inflamadas mejillas, sus ojos chispeantes, me hicieron suponer por un momento que era una mujer autoritaria. Pero era al contrario, débil y caprichosa.

Apaciguada su cólera caía en un completo anonadamiento. Y en ella el valor era hermano de la cobardía.

Súbitamente estalló una especie de rugido; algo como el mugido de un chacal, y enseguida la emperatriz salía perseguida por Napoleón. En su atolondramiento corrió hacia la chimenea, donde *madame* de Remusat la había ya precedido. Las dos se parapetaron tras los sillones que acababan de dejar, mientras que el emperador gesticulaba vomitando torrentes de blasfemias.

—¡Vos, Constant, vos...! —gritaba—. ¡He aquí cómo me servís...! ¡No tenéis juicio...! Y yo, ¿heme condenado a sufrir el espionaje eterno de mi mujer...? Todo el mundo es libre en Francia excepto el emperador... ¡Ah! Josefina. Hemos terminado definitivamente. Ayer, aún dudaba repudiaros. Hoy, mi resolución está tomada.

Todos los que asistíamos a esta escena hubiéramos dado algo por meternos en un agujero. En cuanto al emperador, nuestra presencia le era igual a la de los muebles. Era su costumbre maltratar en público a sus oficiales, a sus ministros, a su secretario y aun a su mujer.

Josefina, incapaz de contestar a aquel torrente de reproches, lloraba con las manos en la cara y el hermoso cuello inclinado sobre las rodillas. *Madame* de Remusat lloraba también; y cuando por casualidad el emperador callaba, se oían el ruido ahogado de sus sollozos y sus quejas. A veces, la emperatriz arriesgaba una tímida observación sobre las infidelidades de su esposo; pero éste se exaltaba más. Llegó, en uno de sus transportes, a arrojar al suelo su tabaquera de nácar y a aplastarla con el pie como un niño mimado rompe sus juguetes.

—¡La moral! —rugió con voz ronca. ¡La moral me conviene a mi tanto como yo le convengo a ella...! Os he dicho ya, Josefina, que soy un ser aparte, que las leyes que sujetan a los otros hombres no están hechas para mí, y que los principios absurdos, con los que se guía a los imbéciles, no sirven más que de estorbo al genio... ¡Nunca conformo mi conducta a las reglas de una sociedad idiota y pueril!

—Pero ¿no tenéis sentimientos de providad, de honor? —suplicó la emperatriz.

—Los grandes hombres no tienen sentimientos. Deciden una cosa y la hacen, sin que nadie tenga derecho de elevar una objeción. Vos, Josefina, vos

deberíais ser la primera en someteros a mis fantasías... Es vuestro papel.



— ¡Los grandes hombres no tienen sentimientos! Deciden una cosa y la hacen. (Pág. 67.)

Cuando Napoleón obraba mal, daba un sesgo nuevo a la conversación. Tomaba la ofensiva antes que su adversario hubiera tenido tiempo de aprovecharse de sus ventajas. Tenía el instinto de ataque lo mismo en la guerra que en la discusión.

—A propósito, Josefina —dijo al cabo de un momento—, he recorrido la cuenta de *mademoiselle* Lenormad. ¿Sabéis cuántos vestidos habéis tenido el año último? ¡Ciento cuarenta! ¿Sabéis cuánto cuestan casi...? ¡Veinticinco mil libras! Tenéis actualmente cerca de seiscientas «*toilettes*» casi nuevas.

Y cuando Josefina trató de protestar:

—¿No tengo razón, *madame* de Remusat?

Madame de Remusat se inclinó, como si el emperador le hubiese apilado en las espaldas los seiscientos vestidos.

—Os gusta que vista bien, Napoleón —gimió la emperatriz.

—Sí, pero exageráis vuestros gustos. Nada más que con el dinero de vuestros abrigo, yo podría armar dos regimientos de coraceros y equipar diez fragatas. Además, ¿con qué derecho habéis encargado a Lefebre este aderezo de diamantes y zafiros? Me ha enviado su factura; he rehusado pagar... Si la envía por segunda vez lo enviaré a Vincennes con una escolta de granaderos, y vuestra modista le hará compañía.

Los furores de Napoleón, por espantosos que fueran, no duraron mucho tiempo. Ya se calmaba. Los movimientos convulsivos de su brazo se hacían menos frecuentes.

Echó una ojeada sobre el trabajo de M. Meneval, que durante toda aquella algarabía había continuado escribiendo como un autómatas; después vino hacia la chimenea con la frente serena y los labios sonrientes.

—No tenéis disculpa, Josefina —dijo, poniendo su mano sobre el hombro de la emperatriz—. Con vuestra belleza, ¿para qué necesitáis de esos perifollos...? No erais tan elegante cuando os vi por la primera vez en una casita de la calle Chantier; sin embargo, os lo juro, ninguna mujer en el mundo era más atractiva que vos... Y además... además, ¿por qué me irritáis con vuestros tontos celos? ¿Por qué me decís continuamente cosas molestas? V amos, pequeña, volved a Pont-de-Briques y tratad de no enfriaros.

—¿Vendréis a mi recepción, Napoleón? —dijo la emperatriz, cuyo enojo se había disipado bajo la caricia de Napoleón.

Mantenía aún su pañuelo sobre los ojos para disimular así el desastre de su afeitado.

—Sí, sí, iré. Mis coches seguirán al vuestro. Constant, conducid a estas señoras a la berlina.

Y luego continuó:

—Mariscal Berthier, ¿habéis ordenado el embarque de tropas para mañana por la mañana? Talleyrand, quedaos, tengo que exponeros mis proyectos sobre España y Portugal. Vos, M. de Laval, partid con la emperatriz; os veré esta noche.

XV

LA RECEPCIÓN DE LA EMPERATRIZ

Pont-de-Briques era una pequeña aldea. La súbita llegada del emperador y la corte la había llenado de una extraordinaria animación. Yo soy de parecer de que hubiera sido más sencillo establecerse en Boulogne, en donde al menos se hubieran encontrado aposentos convenientes para alojar a los oficiales y altos dignatarios; pero como el emperador había dicho: Pont-de-Briques, y como la palabra imposible no era nunca pronunciada por los encargados de ejecutar sus órdenes, había ido a Pont-de-Briques. En pocos días un ejército de tapiceros, de pintores, de floristas y de decoradores transformaron aquello. Muy pronto los ministros y los chambelanes hicieron su aparición; después el enjambre de damas de París y sus admiradores; al fin Josefina y su casa.

La emperatriz vivía en un castillo bastante bonito, donde gozaba un «confort» relativo; pero los otros, amontonados, no importa cómo, en atroces zahúrdas, deploraban el lujo de las Tullerías y Fontainebleau.

Josefina me había ofrecido un sitio en su berlina. Durante todo el camino charló animadamente, pareciendo haber olvidado la violenta escena que con su marido acababa de tener. Me interrogó mucho sobre mis asuntos. Demostraba siempre una benévola curiosidad por todo lo que interesaba a las personas que la rodeaban.

Se ocupaba, sobre todo, de Eugenia. Nada podía serme más agradable. Y pronto no fue, por mi parte, sino un largo ditirambo en honor de *mademoiselle* de Choiseul, ditirambo interrumpido solamente por las exclamaciones de la emperatriz y la argentina risa de *madame* Remusat.

—¡Espero que la traeréis a la corte! —Exclamó Josefina—. Una joven tan bella y respetuosa no debe quedarse en Inglaterra... ¿Habéis hablado de ella al emperador?

—El emperador está al corriente de todo lo que me concierne, vuestra majestad.

—¡Lo sabe todo...! —murmuró la emperatriz—. ¡Qué hombre...! ¿Habéis oído lo que hace poco ha dicho de este aderezo de diamantes y zafiros...? Lefebre me había jurado no revelar nuestra compra y dejarme pagar cuando quisiera... ¡El emperador ha descubierto todo...! ¿Pero qué os ha dicho, M. de Laval, sobre vuestro compromiso con *mademoiselle* de Choiseul?

—Me ha dicho, vuestra majestad, que mi matrimonio le interesaba. Josefina sacudió la cabeza suspirando.

—Entonces es muy serio, M de Laval. El emperador es capaz de forzaros a casaros con la hija de uno de sus generales. Y cuando decida una semejante unión, ni vos ni *mademoiselle* de Choiseul tendréis nada que objetar. Le he visto realizar matrimonios. Sin embargo, contad conmigo; hablaré de eso con él antes de que volvamos a París.

Le daba aún las gracias cuando la berlina se detuvo delante de una casa de buena apariencia. Los granaderos con el arma al brazo, los lacayos de gran librea que anunciaron que estábamos en casa del emperador Josefina y *mademoiselle* de Remusat se escaparon para ir a cambiar de *toilettes*. En cuanto a mí, se me introdujo inmediatamente en un salón donde muchos invitados estaban reunidos. Este salón era una pieza cuadrada, amueblada muy modestamente como de ordinario lo son los salones de provincias. El papel que cubría los muros era gris; las sillas y los sillones eran de caoba oscura, forrados de una cretona azul y marchita. Pero la cantidad de bujías encendidas en los candelabros de las consolas daban un aire de fiesta a este cuadro un poco sombrío. De cada lado del salón se abrían pequeñas estancias, en donde se habían dispuesto mesas de juego.

Desde luego me deslumbraron las luces chispeantes, el movimiento de los galoneados uniformes y de los trajes negros estrellados de placas y cruces. Algunas mujeres llevaban trajes altos sancionados por el emperador, pero la mayoría iban descotadas. Todas ostentaban una, profusión de encajes, de hebillas, de plumas y diamantes que contrastaba singularmente con las diatribas de Napoleón sobre la economía. El hecho es que el emperador exigía que las mujeres fueran muy ricamente vestidas para aparecer en la corte. Las modas en esta época presentaban un campo favorable a la elegancia. Los trajes sencillo; y clásicos habían desaparecido con la República. Para agradar al joven conquistador de Egipto se habían adoptado los trajes orientales. Los salones que habían reflejado por un instante la austeridad de la vieja Roma, se habían transformado en harems.

Seguro de no encontrar amigos me metí en un rincón. ¡Cuál no sería mi sorpresa al sentirme de pronto cogido por la manga de mi traje! Me volví y me encontré frente a frente del tío Bernac. Me tomó la mano, muy a su pesar, y me la estrechó con ese aire de falsa cordialidad que hacía nacer en mí una indecible sensación de disgusto.

—Mi querido Luis —dijo— por vos estoy aquí.



— Mi querido Luis, por vos he venido.

Y como yo esbozara un gesto de incredulidad:

— Sin duda — añadió — viviendo siempre alejado de París y de la corte no podía desperdiciar la ocasión de asistir a una recepción como ésta; pero os lo afirmo: lo que me ha decidido a venir es el deseo de conversar con vos. Parece que el emperador os ha acogido bien y os ha empleado en su servicio particular. Yo os había recomendado a su benevolencia y le había hecho

comprender que, tratándoos con algunos miramientos, tal vez haría regresar a Francia a otros emigrados.

Yo estaba persuadido de que mentía. Sin embargo, me incliné, murmurando algunas palabras banales de agradecimiento.

—Veo que no habéis olvidado nuestra discusión del otro día —insistió—; me guardáis rencor... Hacéis mal, mi querido Luis, pues yo no quiero sino vuestra felicidad. No soy joven, ni estoy bien; ocupo un puesto peligroso; es, pues, mi fortuna lo que os ofrezco, y lo que es más: mi hija única... Os aseguro que Sibyla es una mujer encantadora. La habéis juzgado mal últimamente. No ha Podido reprimir delante de vos un transporte de cólera muy natural, en suma, Porque acababa de saber la prisión de su Prometido. Pero volved a Grosbois, renovad vuestras relaciones y no tardaréis en cambiar vuestra opinión sobre ella.

—No tengo ninguna opinión sobre Sibyla —contesté secamente—. Os ruego una vez por todas, que no me habléis más de un proyecto que me disgusta.

Se calló algunos instantes; después, levantando su cara de madera vieja, dijo muy tranquilo:

—¡Bueno! No se hable más del asunto. ¿No me tomaréis a mal que haya querido haceros mi heredero...? ¡Veamos, Luis, sed razonable...! ¿Reconocéis, verdad, que sin mí hubierais sido estrangulado por Toussac...?

—Entonces os interesaba salvarme la vida.

—Es posible; pero no es menos cierto que os la salvé. ¿Por qué tener resentimiento contra mí? ¿Por qué poseo Grosbois...?

—No ciertamente, no es eso lo que os reprocho.

—¿Qué es entonces?

¿Podía yo decirle que era la ruina de mi padre, la muerte de su mujer, sus traiciones y sus hipocresías? No; el salón del emperador no era a propósito para saldar cuentas de familia. Me contenté con levantar los hombros sin contestar.

—En fin, estoy desolado —suspiró—. Tenía los mejores propósitos hacía vos. Hubiera podido ayudar a vuestro ascenso. Pocos hombres en Francia tienen más influencia que yo sobre el emperador. Tengo, antes que os deje, una pregunta por dirigiros.

—¿Cuál, tío mío?

—Ésta —dijo después de algunos segundos de duda—: Hay en Grosbois algunos objetos que pertenecían personalmente a vuestro padre: su espada, su

sello, su tabaquera, un mueblecito lleno de cartas; creo que os gustaría tenerlos...

Asentí con una inclinación de cabeza.

—Os invito, pues, hijo mío, para venir a Grosbois y elegir los *bibelots* que os queráis traer... No lo rehuséis porque me apenaría mucho.

—Iré, tío.

—¿Cuándo? —preguntó.

Algo, en la expresión de su voz y de sus ojos color de barro, hizo surgir en mí una terrible sospecha. Me acordé de pronto de la advertencia de Sibyla.

—Cuando sepa mis funciones al lado del emperador.

—Entonces, ¿la semana entrante, la siguiente...? —dijo ansioso...— ¡Ah!, os es pero con impaciencia, Luis... Me parece que mi conciencia quedará más tranquila cuando os haya restituido esos objetos.

Me estrechó la mano y se deslizó entre la multitud, que se hacía más densa por momentos.

Me quedé ahí, pensando en la invitación del tío Bernac, cuando súbitamente oí pronunciar mi nombre. Alcé la vista y apercibí a M. de Caulaincourt.

—Ésta es vuestra primera aparición en la corte, M de Laval... —exclamó con esa jovialidad que os ponía alegre enseguida...— No importa, no estaréis aislado esta noche. Hay aquí viejos amigos de vuestro padre a quienes encantará conoceros... ¿Habéis visto alguno de los altos funcionarios?

—Sí; he visto a los mariscales en la sala del Consejo. Ney tiene la cara de un boxeador inglés; Lefebre tiene la boca de caimán, y Bernadotte no es sino una nariz.

Caulaincourt sonrió.

—¡Bueno! —dijo—. Ved a Rapp con la cabeza redonda como una bola, y Junot, ese simpático muchacho de patillas oscuras, ¡cómo son desgraciados estos valientes soldados!

—¿Por qué?

—Porque todos son de baja clase y la etiqueta de la corte les aterroriza. El emperador les ordena ser soldados en el ejército y cortesanos en la corte. Pero los pobres diablos son soldados en todas partes. Mirad a Rapp, que trata de ser galante con esa bella rubia... ¡Eso, estaba seguro! Le ha disparado una broma de cuerpo de guardia y la joven huye hacia su madre. Él se rasca la cabeza pensando en qué ha podido ofenderla.

—¿Quién es esa joven vestida de blanco, con los cabellos llenos de brillantes?

—Es *madame* Murat, la hermana del emperador. Carolina Bonaparte es muy bella, pero no tanto como su hermana María, que está sentada allá en el rincón, a la izquierda. La vieja dama con quien habla en estos momentos es la madre de Napoleón, mujer notable por su inteligencia. Brava y vigorosa, a todos impone respeto. No es para nadie un secreto que continúa viviendo en París con la misma economía paramoniosa que en Córcega, pues está persuadida de que la fortuna de su hijo no brillará siempre con el mismo brillo y que volverán los malos días.

—¿Qué dice el emperador de los funestos presentimientos de su madre?

—Los ignora quizá... Bueno, Murat, ¿cuándo galoparéis a través de los campos de avena del duque de Kent?

Murat había venido a situarse enfrente de nosotros. Estrechó la mano de M. de Caulaincourt. El talle largo, la presencia majestuosa de este exmozo de mesón, habría bastado para atraer sobre él la atención. No habría estado fuera de sitio en ninguna asamblea de Europa. La masa de sus cabellos, negros y ensortijados, sus labios rojos y gruesos, acababan de imprimir a su belleza un carácter varonil.

—Se pretende —dijo— que Kant es mal terreno para la caballería. Los caminos son buenos, pero los campos impracticables. ¡Ah! Espero que partiremos en breve, M. de Caulaincourt, si no nuestros hombres se harán jardineros, aprenderán a sembrar, a cavar, a regar; pero ya casi no saben manejar un sable, y son pesados como un saco de plomo cuando saltan a la silla. ¿Parece que el ejército se embarca mañana...?

—¡Sí; salvo que se cometa otro error como en la primera tentativa! —Murmuró Caulaincourt—. Creo que, a menos que de Villeneuve no haga burla la escuadra inglesa, no sé por dónde se podrá abordar Inglaterra. Constant me dijo que esta mañana, al vestirse el emperador, había silbado «Mambrú» y esto presagia algo.

—¡Demonio! Constant ha sido afortunado adivinando que el emperador silbaba «Mambrún» —exclamó Murat riendo—; invariablemente su majestad silba todo con la tonada de «La Marsellesa»... ¡Ah! Señores, he aquí a la emperatriz... ¡Está encantadora!

Todos se levantaron; Josefina entró seguida de varias damas de honor. Llevaba un vestido de tul rosa constelado de estrellas de plata; «*toilette*» un poco teatral, pero que le sentaba a las mil maravillas. Ninguna soberana recibía mejor que ella. Se paseaba entre la multitud con la boca sonriente y una frase amable para todos los que se le aproximaban.

—¡Qué exquisita mujer! —exclamé—. ¡No se puede dejar de quererla!

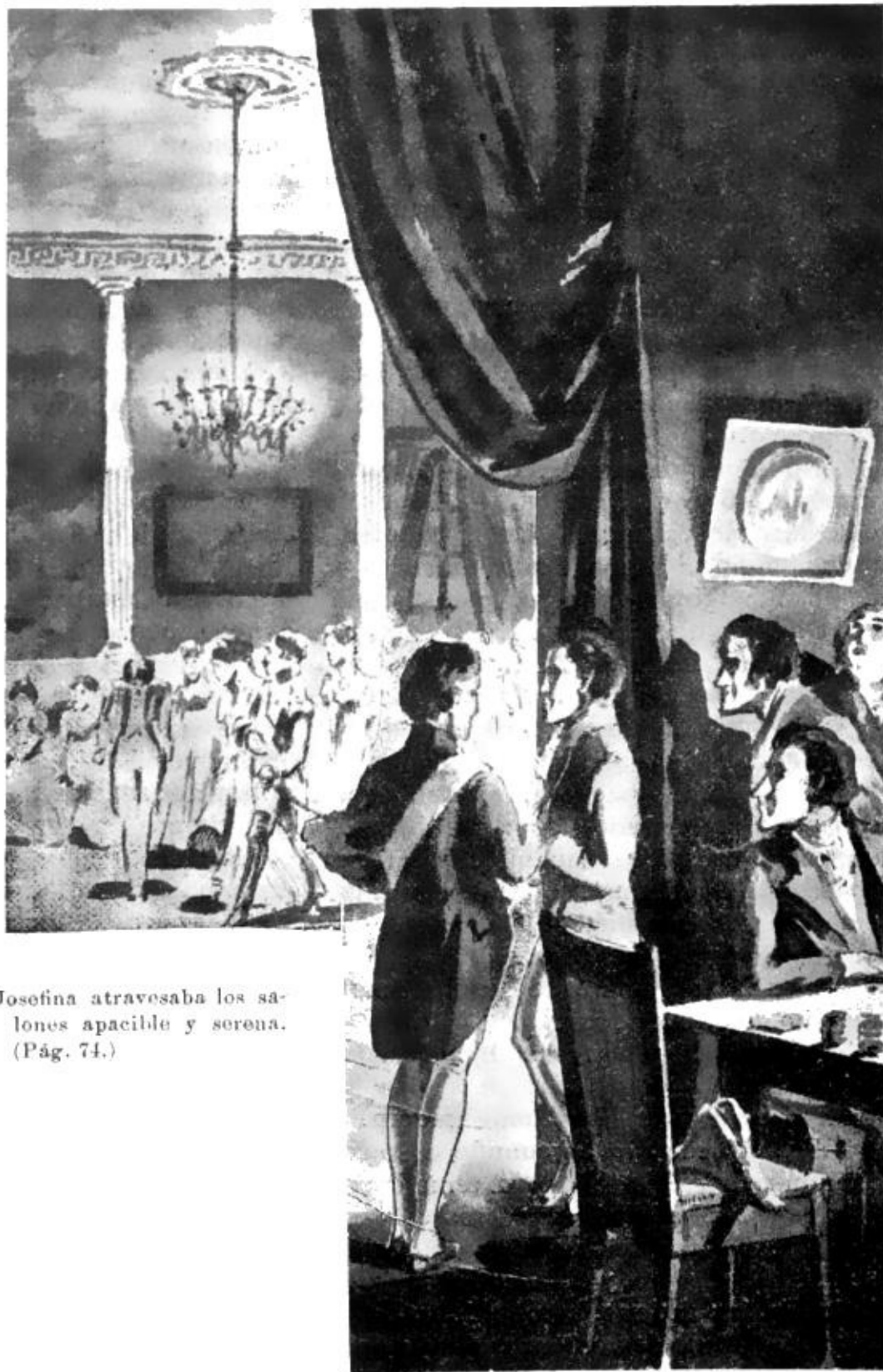
—Sí... No hay sino una familia que resista al encanto de su bondad —dijo entre dientes M. de Caulaincourt, asegurándose de que Murat no le oía—; observad a las hermanas de Napoleón.

Quedé confundido de la mirada rencorosa con que las princesas Carolina y María envolvían a la princesa. A cada momento una se inclinaba a la otra para hablarle bajo y murmurar cruelmente.

En una ocasión *madame* Murat se volvió hacia su madre, sentada detrás de ella. La vieja señora volvió la cabeza con desprecio.

—No le perdonan que sea su majestad imperial —dijo Caulaincourt—. Todos la detestan: ¡José, Luciano, Luis, Jerónimo, todos, en fin...! El día de la coronación, como ellas tuvieran la cola de su vestido, trataron de hacerla caer. El emperador hubo de intervenir. Para ellos Napoleón es su cosa; no sufren por nada... ¡Ah, mi querido Laval! ¡Qué cursis son estas gentes!

Josefina, a despecho de las miradas agrias de sus cuñadas, continuaba atravesando los salones apacible y serena. Iba escoltada de un hombre de cara atezada y gran mostacho. De cuando en cuando lo tomaba del brazo.



Josefina atravesaba los salones apacible y serena.
(Pág. 74.)

—Es su hijo Eugenio de Beauharnais —me dijo de Caulaincourt.
—¡Su hijo...! ¡Sí parece de más edad que ella!

Mi compañero reía silenciosamente.

—Era ella muy joven cuando casó con Beauharnais —dijo—; apenas tenía diez y seis años... Y además, mientras ella pasaba los días tendida en un sofá, su hijo se batía en Egipto y en Siria; el trabajo, la lucha, las fatigas, han equiparado las edades. Mirad ese personaje de cara pálida que besa la mano a la emperatriz... es Talma, el trágico. Ayudó mucho a Napoleón en momentos difíciles. El emperador no olvida las deudas contraídas por el primer cónsul. Ésta es la fuerza de M. Talleyrand, que prestó A Bonaparte cien mil francos para la campaña de Egipto. Si Napoleón no perdona a sus enemigos, tampoco olvida a sus amigos. Los que le han favorecido pueden esperar todo de su agradecimiento. Ahí tiene un cochero que está todo el día borracho y nunca le dice nada, porque es un veterano a quien él mismo condecoró con la medalla de Marengo.

Cuando se alejó M. de Caulaincourt, yo me abismé en mis reflexiones. La figura de Napoleón me obsesionaba. Hombre extraño, que tan pronto se alzaba como sombra épica sobre un campo de batalla, como marchaba con la majestad de un César, como se convertía en un chiquillo arisco y turbulento. Imposible formar cabal idea de aquella naturaleza fugitiva y diversa. Todo en ella turbaba y desconcertaba. No había duda de que era necesario a la Francia. Pero ¿era glorioso e infamante el uncirse a su carro?

El salón estaba lleno. Sin cesar afluían nuevas personas, en cuyas caras se leía la alegría, el disimulo, la envidia y la curiosidad. A derecha e izquierda los «boudoirs», estaban llenos de oficiales y miembros del cuerpo diplomático. Había organizadas partidas de cohist y de veintiuna.

Admiraba yo los ricos trajes, los bordados, los descotes, en que brillaban los diamantes como gotas de rocío, y aquellos advenedizos de la celebridad, ayer parias y hoy héroes.

Ante mi Ney, Lannes y Murat charlaban y reían con una libertad de campamento. ¡Ay de aquellos tres hombres tan dichosos, tan despreocupados; dos estaban destinados a una muerte trágica^[3]!

A cierta distancia, pegado al muro, eché de ver un hombrecillo de aspecto pobre y dolorido. Su aislamiento me dió pena, y acercándome le dirigí la palabra. Me respondió muy cortés, pero en un francés pésimo.

—¿Comprendéis el inglés? —me preguntó—; no encuentro nadie que lo sepa en Francia.

Le repliqué que por haberme educado en Inglaterra yo lo sabía tan bien como el francés.

Pero seguramente —añadí— no sois vos inglés. En estos momentos vuestros vecinos de ultramancha no se aventurarían en los salones del emperador.

—No; soy americano. Me llamo Roberto Fulton. Asisto a esta recepción, porque es el único medio de que el emperador me recuerde. Le he sometido algunos de mis inventos; los que se refieren a la navegación, y que tarde o temprano creo que han de transformarla completamente.

No importándome los demás, presté oídos al americano, que en pocos minutos me expuso los planes más extraordinarios. Pronto me convencí de que se trataba de un loco. Había concebido la idea de un buque que marchara contra el viento y la corriente por medio del vapor^[4]. También me explicó todo un sistema de barriles de pólvora flotantes, capaces por medio de un choque de hacer saltar los más grandes navíos. Muchas veces he pensado después en el pobre Fulton, y me he dicho que nadie de los que estaban reunidos aquella noche en Pon de Briques, ni el mismo emperador, había influido tanto como él en la historia del mundo.

De pronto las conversaciones, las risas se interrumpieron, cesó el ruido de las fichas. Hubo un murmullo discreto de gentes que se ponen en pie; la llama de las bujías vaciló y un silencio frío se extendió en ondas misteriosas. La puerta se había abierto y en el dintel estaba Napoleón, estaba muy pálido; un brillo acerado se filtraba bajo sus pestañas. Aún no se había repuesto de la tormenta de la tarde.

Todas las cabezas convergían ahora hacia la puerta abierta; todas las miradas interrogaban a aquélla fisonomía dura y enigmática. ¿Qué iba a decir, qué iba a hacer el emperador? Tales eran las preguntas que yo leí de corrido en todas las caras fijas y como hipnotizadas.

Aquel demonio de hombre, por mucho que se le conociera, se arreglaba siempre para desconcertar toda previsión. A veces era hablador y campechano, bromeando con éste, tirando al otro de las orejas; otras, con un humor de jabalí, caía sobre todos a golpes de colmillo. Y el más del tiempo estaba aburrido, triste, y no desplegaba sus labios sino para hacer alguna observación molesta o desdeñosa.

Tuve la suerte de estar cerca de la puerta; Napoleón me llamó con una voz breve.

—Venid, señor de Laval.

Su manilla regordeta se posó en mi hombro. Luego, dirigiéndose a un hombre flaco, amarillo y solemne:

—Mirad, Cambaceres, os presento a M. Luis de Laval, hijo del conde de La —val, que se batió en Quiberon en 1795. El señor ha venido «motu proprio», a ofrecer, me sus servicios. Vos que pretendéis que las familias aristocráticas no volverán nunca a Francia, y se establecerán en Inglaterra como los hugonotes después de revocado el edicto de Nantes. Ya veis que no sabéis lo que os decís. Sois un... Caballero de Laval, os nombro mi primer ayudante de campo; desde ahora me acompañaréis a todas partes.

¡Aquello era un nombramiento! Y qué nombramiento. ¡En medio de una fiesta imperial, ante todo lo que había de más considerable en Europa! Sin embargo, comprendí de sobra que no era por mi linda cara; el emperador animaba así a los descendientes de los viejos emigrados a abrazar su causa.

No sé qué sentimiento me oprimió el corazón al seguir el paso de Napoleón. Fue vergüenza y quizá rabia también. Sin embargo, nada me reprochaba mi conciencia. Entregando mi espada al nuevo amo de Francia, no me movían viles deseos, sino el amor de mi patria... Lo que aumentó pronto mi malestar fue la conducta del emperador, que se mostró de una brutalidad desesperante, no sólo con sus familiares, sino con las mujeres. Con su naturaleza audaz y voluntariosa, se creía dispensado de los pequeños deberes de sociedad con que un soberano se atrae el afecto y el respeto. Luis XIV no temió rebajarse ante las mujeres que amaba; Napoleón no lo consintió nunca.

Bastante amable con sus oficiales, a los que lanzó cuatro desplantes, lo fue menos con sus hermanos, a quienes habló como a un par de reclutas. Pero, sobre todo, cuando llegó a la emperatriz estalló su bilis:

—Josefina —le dijo rudamente—, no quiero que llevéis ese alfiler en la cabeza. Si os lo vuelvo a ver lo echo al fuego. Las mujeres se pasan la vida pensando en el vestido y ni siquiera saben vestirse con gusto.

—¡Dios mío...! Napoleón, sois imposible de contentar —replicó dulcemente la emperatriz—. Hoy os desagrada lo que ayer os gustaba. Pero, pues lo queréis, no volveré a ponerme este adorno.

El emperador se adelantó entre una triple valla de saludos. Luego, interpelando segunda vez a la emperatriz:

—Josefina, ¿no os he dicho que detesto las mujeres gruesas?

—Sí, Napoleón.

—Y entonces ¿por qué está aquí *madame* de Cheoreuse?

—Porque no es gorda, ciertamente.

—Sí, todavía es demasiado gruesa... Prefiero no verla en vuestros salones. ¿Quién es ésa? —dijo mirando a una joven elegantemente vestida de tul azul.

—*Mademoiselle* de Bergerat —respondió Josefina.

—¿Qué edad tenéis, señorita?

—Veintitrés años, Sire.

—Veintitrés años. ¿Y aún no estáis casada? A los veintitrés años todas las mujeres debían estarlo.

Mademoiselle de Bergerat, agobiada de emoción, hizo un esfuerzo por responder al emperador; pero las palabras expiraron en su garganta.

La emperatriz vino en su ayuda.

—Si las jóvenes no se casan, culpa es de estos caballeros —dijo, largando una amable mirada a los oficiales que presumían en primera fila.

—¡Que no quede por eso! —exclamó el emperador—. Señorita, vamos a pescaros un marido.

Hizo como que buscaba a alguien entre la multitud, y con gran estupefacción mía, sus ojos escudriñadores se fijaron en mí.

—Creo, señor de Laval, que os hemos encontrado una buena mujer.

Poco más allá se dirigió a un personaje vestido de negro, muy correcto.

—¿Cómo os llamáis?

—Sire, soy Grébry, el músico.

—¡Ah! Es verdad. Os he visto mil veces y nunca recuerdo vuestro nombre...

—¿Y vos?

—Soy José Chénier.

—Perfectamente. He visto vuestra última tragedia... ¡Detestable! También escribís poesías, ¿verdad?

—Sí, Sire; me habéis permitido que os dedique un tomo.

—Es posible. Sólo que no lo he leído y no puedo deciros lo que pienso de él. Es lástima que no tengamos más poetas en Francia; los sucesos de mi imperio habrían inspirado a un Homero, a un Virgilio. Tengo el poder de crear remos... pero no escritores. Según vos, ¿cuál es el mejor poeta francés?

—Racine, Sire.

—Sois un imbécil. Corneille está muy por encima. Yo no entiendo de rima, cesura, hemistiquios y demás músicas; veo el espíritu filosófico que reina en las obras, y por eso pongo a Corneille sobre Racine. Si viviera hoy lo haría ministro de Estado. Lo que más admiro en él es su ciencia del corazón humano, la profundidad de sus sentimientos. ¿Estáis escribiendo ahora algo?



— Sois un imbécil. Corneille está muy por encima.

—Una tragedia sobre Enrique IV, Sire.

—Mal hecho. No la dejaré representar. No quiero política en el teatro. Haced una pieza sobre Alejandro de Macedonia.

Y volviendo la espalda a Chénier:

—¿Quién sois? —dijo al hombre vestido de negro a quien ya había interrogado.

—Sire, sigo siendo Grébry, el músico.

El emperador se mordió los labios y pasó, dirigiéndose a un grupo de damas que se aglomeraba junto a una de las salas de juego.

—Y bien, señora —dijo a la primera— ¿os portáis mejor...? Me han dicho que vuestras desvergüenzas tenían escandalizado el *faubourg* San

Germán^[5] este invierno.

—Suplico a vuestra majestad se digne explicarse —repuso vivamente la dama.

—En fin, pretenden que sois la querida del coronel Lassalle.

—Sire, es una infame calumnia.

—Entonces, señora, tenéis desgracia; porque os llueven las calumnias. También se dice que tenéis relaciones con el ayudante del general Rapp... Espero que se terminen esas cosas.

—¿Vuestro nombre? —gritó a otra señora.

—*Mademoiselle* de Perigord.

—¿Vuestra edad?

—Veintiún años, Sire.

—¡Estáis demasiado flaca, señorita...! Y además tenéis los brazos rojos, ¡eso es horrible! Y vos, *madame* de Boismaison, ¿no os pondréis más traje que ese de seda gris?

—Sire, lo llevo hoy por primera vez.

—¡Entonces es que todos vuestros trajes son grises...! ¡En todo caso no os los pongáis más! Ya cansan... ¿Caballero de Remusat, qué hacéis del dinero que os doy?

—Lo gasto, Sire.

—Mentira. Sé que habéis vendido vuestros trenes. Si os doy una paga tan considerable es para que me representéis dignamente y no para que aumentéis vuestra fortuna. Al volver a París, sacaréis de nuevo vuestros coches... Yunot, sois un bandido; habéis vuelto a jugar y a perder.

—¡Oh! Sire. La más infernal mala suerte...

—No se trata de mala suerte, sino de que os prohíbo jugar... ¿Cuánto habéis perdido...?

—Cuarenta mil francos, Sire.

—Buscad a Lebrun^[6]. Él pagará por vos...

Y añadió muy por lo bajo:

—Después de todo, la hemos corrido juntos en Tolón.

Yunot se confundió en expresiones de gratitud.

—Bueno, bueno interrumpió el emperador. —Vos, Rapp, y Lassalle, sois los niños mimados del ejército... Pero no más naipes... ¿eh? ¡*Madame* Picard, me horrorizan los descotes, sobre todo en las mujeres feas! Y ahora, Josefina, me voy a mi cuarto; venid dentro de media hora a leerme para dormir. Estaba malo esta tarde, pero os prometí ayudaros a recibir a vuestros

huéspedes y no he querido faltar a mi palabra. Caballero de Laval, quedaos, no os necesito. Os enviaré mis órdenes.

La puerta se cerró tras el emperador, y desde la emperatriz hasta los criados que servían el ponche, todos lanzaron un «¡uf!» de satisfacción. Hubo una ola de uniformes y trajes bordados hacia los salones de juego. Las fichas volvieron a resonar; las risas y las conversaciones continuaron como antes de la llegada de su majestad.

XVI

LA BIBLIOTECA DE GROSTBOIS

Y he aquí el fin de mi cuento, que tal vez hubiera tenido bien mediano interés a no mezclarse en él la alta figura del emperador, que donde quiera surge eclipsa las otras como el sol a las estrellas. Hoy aún en mi espíritu, debilitado por la edad y la enfermedad, lo que domina, sobre todo, es el emperador. Vivo, no tuvo rivales en el mundo; muerto, no los tiene en la memoria de los hombres.

Cuando comparo mis aventuras a sus grandes hechos, me parece que son juego de pigmeos. Perdóneseme, sin embargo, el haberlas contado: habrán servido al menos para comunicaros, queridos lectores, las impresiones tan vivas y profundas que sobre mí produjo el que puede considerarse a justo título como uno de los más poderosos genios del universo. Antes de terminar os diré aún cómo fuimos al «Molino Rojo» y lo que sucedió en la biblioteca de Grosbois Dos días después de la recepción de la emperatriz, y uno solo antes de expirar el plazo concedido a *mademoiselle* de Bernac para obtener el perdón de su prometido, vi entrar a mi prima en mi cuarto de la calle de Vents con el general Savary. En el aire triunfante de la joven conocí enseguida que llevaba buenas noticias. Entre nosotros, poco me importaba salvar a Lesage y entregar a Toussac, pero sentía por mi prima tal estimación y un afecto tan sincero, que estaba resuelto a hacer cuánto me pidiera.

—Y bien, primo Luis —exclamó—, ya os decía yo que encontraría a Toussac... ¿Estáis siempre decidido a ayudarme?

—Sin duda, prima mía.

—Imaginaos que la señorita no quiere ninguna escolta —exclamó el general Savary encogiéndose de hombros.

—No, nada de soldados —dijo Sibyla—; debemos obrar con gran circunspección. La vista de un uniforme pondría en fuga a Toussac, y el fin de nuestra empresa no admite ese riesgo.

—A fe mía, tenéis razón gruñó Savary. —Treinta soldados no harán más que tres hombres inteligentes. A quién lleváis con M. de Laval.

—Al teniente Gerard, de húsares de Bercheny.

—¡Perfecto! El teniente Gerard es uno de los más brillantes oficiales del ejército. Él, vuestro primo y yo somos capaces de hacer frente a un regimiento. ¿Qué decís, de Laval?

—Estoy a vuestras órdenes, general.

—¡Bueno...! Ahora, señorita, es preciso que sepamos dónde anida vuestro Toussac.

—En el «Molino Rojo».

—¡Si ya hemos hecho allí pesquisas y ni tanto así de Toussac!

—¿Cuándo hicisteis las pesquisas?

—Anteayer.

—Toussac está allí desde ayer noche.

—¿Cómo lo sabéis?

—Mirad —dijo Sibyla, bajando la voz como si temiera ser oída. Toussac tiene una querida que habita en el campo y se llama Juana Portel. Está loco por ella, y yo sabía que no pasaría sin verla mucho tiempo. La hice espiar durante seis días, y acaban de decirme que la han visto entrar la noche última en el «Molino Rojo» furtivamente, con un cesto de provisiones, y que hoy, durante toda la mañana, no había cesado de vigilar los alrededores, palideciendo de terror siempre que divisaba un casco o una bayoneta. Toussac está en el molino, general, estoy tan segura como de que estamos aquí.

—¡Diablo!, no tenemos minuto que perder —exclamó Savary—. Hay precisamente muchos barcos en la costa. A la menor alarma el miserable puede escapar, y gracias a la obscuridad salir para Inglaterra.

—¿Y qué hacemos, general? —pregunté yo.

—Mi opinión es que nos encontremos dentro de una hora al extremo Sur del campamento —replicó Savary—. Conservad ese traje para que os tomen por un caballero que viaja. Voy a prevenir a Gerard y combinaremos juntos nuestros disfraces.

Y saliendo detrás de Sibyla, me gritó:

—No olvidéis las pistolas, que va a ser buena. Habrá un caballo a vuestra disposición.

El sol se acostaba sangriento en el horizonte, las dunas desaparecían casi en una bruma violácea cuando llegué a los atrincheramientos. Buscaba a Savary, a Gerard... ¡nadie! Es raro, pensé. ¿Se habrá retrasado nuestra expedición...? ¿Se nos habrá anticipado Toussac...? De pronto noté que

llegaba un individuo vestido a lo campesino rico, con amplia levita azul de botones de cobre, sobre un soberbio caballo negro. Detrás, un joven palafrenero traía otros dos caballos. Fijándome vi que uno de estos últimos era el que me había llevado de Grosbois a Boulogne... ¡Sí! En aquel momento el joven palafrenero me sonrió y el campesino se acercó a mí. Reconocí a Gerard y a Savary.

—Creo que podemos partir —dijo el general—; pronto sería tarde. Encorvaos algo, Gerard, sois alto como un mástil... Y ahora despachemos...

Mientras más se avanza en la vida, más complace evocar los recuerdos de antaño.

A cada vuelta del camino, las impresiones de aquella época lejana resucitan con las alegrías y las penas de que estaban impregnadas. Vuelvo a verme galopando entre Gerard y Savary, en el camino que inundaba la noche. A lo lejos, por cima del mar gris, se elevaba la bruma, que en lo alto formaba nubes. No sé por qué me puse a pensar en Inglaterra. Primero me apareció Ahsford, con sus calles tranquilas; luego el salón donde nos reuníamos después de la cena para la plegaria común; al fin, la posada de *El Hombre Verde*, cuya enseña se balanceaba al viento. ¡Qué contraste entre aquella tranquila existencia y la que ahora empezaba para mí...! Y esta carrera silenciosa, al caer la noche, fue el principio verdadero de mi carrera. Apoderarse de un conspirador temible, de un hombre que había jurado la muerte del emperador, tal era nuestra misión.

Sentía que mi suerte dependía del valor y la destreza de que diera pruebas. Todo lo que en mí dormitaba de ardiente e impetuoso despertó con violencia. Apreté los flancos de mi caballo y una fiebre de energía me subió al cerebro. Cuando dejamos atrás las alturas que rodean a Boulogne, seguimos un sendero que rodeaba el pantano donde yo estuve a punto de sumirme. Temblé divisando su luciente y misteriosa superficie. Pronto dejamos este paisaje desolado para cruzar un inmenso llano donde crecía con toda libertad una vegetación de zarzas y retamas. Al cabo de diez minutos el torreón de Grosbois se perfiló sombrío con sus saeteras como ojos entreabiertos.

Bruscamente, en un recodo del camino, un molino se alzó ante nosotros, triste, con las velas flojas y las aspas inertes. En lo alto, la ventana del granero parecía iluminada por los últimos rayos del sol como un incendio; abajo, la puerta estaba tapada por un carro lleno de sacos de trigo, cuyas varas reposaban en tierra. El caballo, desenganchado, pacía a alguna distancia. Cuando levantamos la cabeza una mujer se adelantó hasta el borde de la

meseta, y con la mano en forma de pantalla ante los ojos, se puso a inspeccionar los alrededores.



Un molino se alzó ante nosotros en un recodo del camino. (Pág. 79.)

—Alerta —dijo Savary—. Esa mujer vigila. Luego Toussac está aún en el molino. Continuemos rodeando la colina sin separarnos.

General, ¿no debíamos galopar un poco?

—No. El terreno es muy accidentado y, además, no hay que llamar la atención.

Caminábamos lo más suavemente posible, cuando de pronto un grito agudo nos hizo saltar en las sillas.

La mujer vigía acababa de descubrirnos. Nos miró segunda vez con desconfianza, y escamada sin duda por el aspecto militar de mis compañeros,

arrancóse el chal que llevaba y comenzó a agitarlo en señal de un movimiento rápido.

Savary soltó un juramento, y dando espuelas a su caballo, picó de prisa con Gerard y yo en su seguimiento.

Cien pasos lo más nos separaban del molino, cuando salió de él un hombre precipitadamente. No había error. Aquella barba erizada, aquel cuerpo atlético, no podía ser de otro que Toussac. Nos miró con ojos rabiosos, y luego, comprendiendo que no le daba tiempo a huir, volvió a entrar en el molino haciendo sonar la puerta tras él.

—¡La ventana! ¡Gerard...! ¡La ventana! —gritó Savary.

Aquella ventana era una abertura practicada en la pared baja del molino y cerrada por un solo cristal liso.

El húsar saltó del caballo y tomando carrera, atravesó por el cristal como un *clown* por un aro de papel.

Enseguida nos abrió la puerta con la cara arañada y las manos sangrientas. Toussac ha cogido la escalera exclamó.

—Entonces no hay que apresurarse —observó Savary— el punto es nuestro. Os felicito, teniente; habéis roto las líneas enemigas... No estáis herido, ¿eh?

—No, mi general, arañazos.

—¡Mejor! Montad las pistolas, Gerard, y vos también, señor de Laval. ¿Dónde está el molinero de este molino?

—Aquí está —dijo un hombre bajo y grueso acercándose—. ¿Qué me queréis, bandidos, ladrones, asesinos...?

—¡Oiga, oiga! —interrumpió Gerard.

—¡Sí! ¡Bandidos; sí, ladrones; sí, asesinos! ¿Con qué derecho entráis así? ¡Estoy fumando tranquilamente mi pipa y de pronto este caballero se encaja aquí por la ventana —aún tengo el traje lleno de trozos de cristal— y os abre la puerta como si la casa fuera suya! ¡No me bastaban las molestias del huésped! ¡Tenían que venir tres individuos de vuestra especie!

—Tenéis en vuestro molino a un conspirador llamado Toussac —dijo severamente Savary.

—¡Toussac! No conozco... Y yo no alojo conspiradores, ¿sabéis? Mi huésped se llama Mauricio y vende seda.

—Es nuestro hombre. En nombre de la ley venimos a arrestarlo.

—¿Eh? ¿Qué? ¿Cómo? —balbuceó el molinero—. Yo no le he preguntado. Me ha pagado bien. ¡Ya comprenderéis que en estos tiempos no se puede pedir a los huéspedes un certificado de buena conducta! Pero si tiene

asuntos con el Estado, yo no me mezclo. Sin embargo, para hacerle justicia, diré que es un chico tranquilo... Sólo desde que ha recibido esa carta...

—¿Qué carta? —interrogó Savary.

El molinero se calló.

—Hablad, os lo mando.

—Pero si yo... no sé... nada, mi buen señor.

—Os advierto que os jugáis la cabeza en este momento.



— Os advierto que os jugáis la cabeza.

—¡Pues yo os diré lo que he visto... vaya! Una mujer le ha traído una carta ahora mismo y está como loco. Anda por el cuarto derribándolo todo y repitiendo que va a matar a uno... Me alegraré que se vaya.

—Ea, caballeros, al ataque —dijo Savary sacando su sable—. Dejemos nuestros caballos a la puerta. Toussac no puede cogerlos, pues no tiene por donde salir. ¿Lleváis las pistolas cargadas?

—Sí, general.

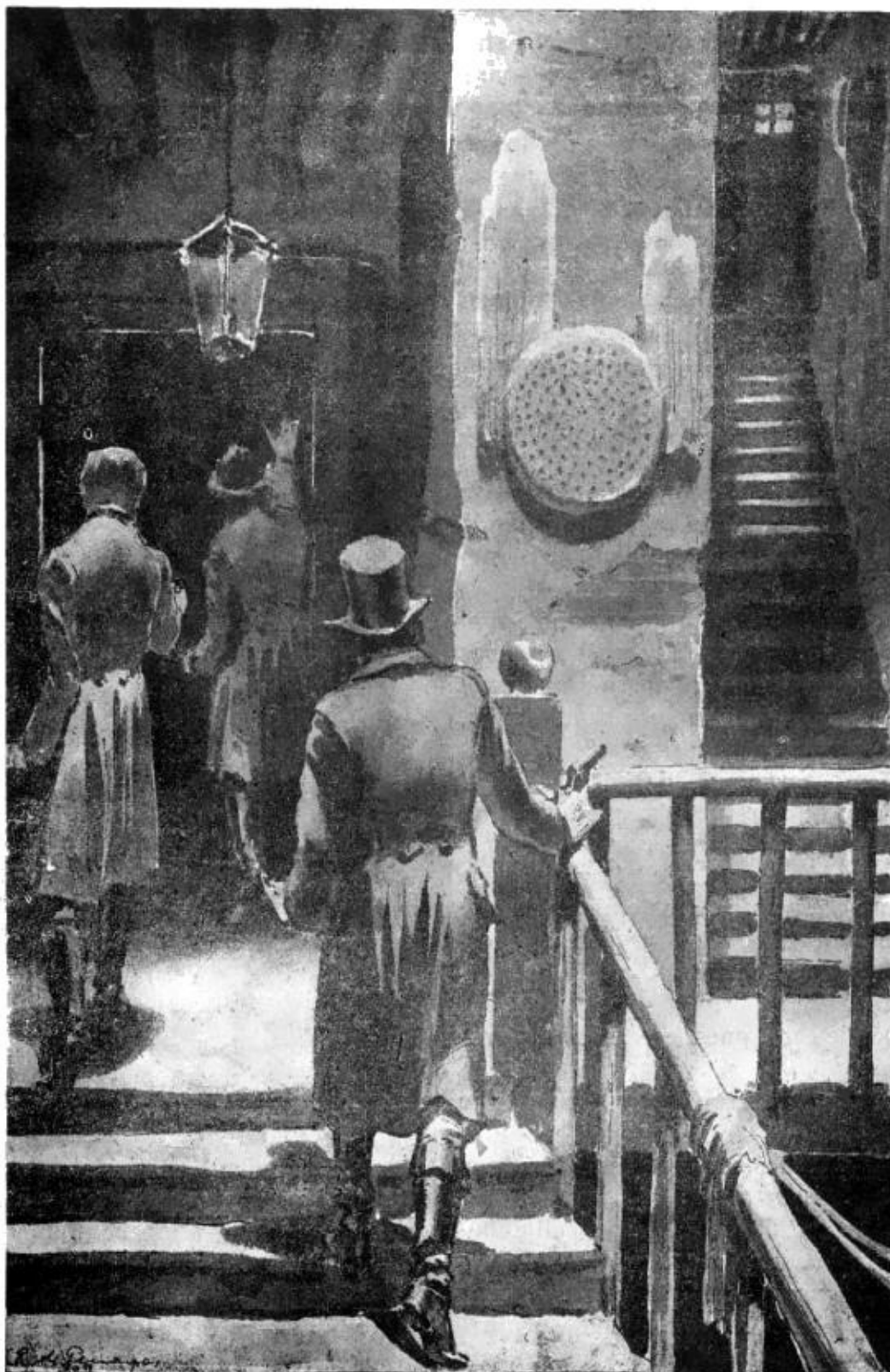
Y emprendimos por la escalera. Una verdadera escala, donde por poco no nos rompemos la cabeza. En el primer piso penetramos en un cuarto donde había una cama hundida aún por el peso de un cuerpo... el de Toussac quizás, que había dormido allí.

—¿Dónde está, pues, ese animal? —Gruñó Savary.

—Sin duda ha trepado a arriba —dijo Gerard.

Y escalamos el segundo piso, dando al fin con una puerta.

—Rendíos, Toussac —gritó el general—; estáis cercado.



¡Rendíos, Toussac! (Pág. 82.)

Una risa ronca estalló tras de la puerta.

—No soy de los que se rinden —profirió la voz ruda del hércules—. Sin embargo, quiero hacer un pacto con vosotros. Tengo que saldar una cuenta, una deuda que cobrar y sólo hoy he sabido el nombre de mi deudor. Dejadme en paz hasta mañana y os prometo entregarme yo mismo en el campamento del emperador.

—Imposible concedéroslo —replicó Savary.

—Mal hecho... Reflexionad.

—Os digo que es imposible. ¡Rendíos, Toussac!

—¡Jamás!

—Entonces os cogeremos por fuerza.

—¡No será sin trabajo! —vociferó la tía gigantesca.

—¡El último esfuerzo, señores! —exclamo Savary, arrojándose sobre la puerta, que nosotros empujamos violentamente.

De pronto se oyó cerca de la cerradura algo semejante al ruido que produce al montarse un arma de fuego. Antes que pudiera prevenir a mis compañeros, una bala silbó a nuestros oídos y fue a clavarse en la pared. Nos arrojamos furiosos sobre la puerta, que era pesada y sólida, pero de goznes corroídos y dislocados, y no resistió a nuestro impulso, cayendo al suelo con estrépito ensordecedor... Nos precipitamos en la guarida de la fiera... Ya era tarde: ¡había desaparecido!

—¿Dónde diablos está? —tronó Savary.

Un gran espacio estaba ocupado por sacos de grano y el resto vacío; no había lugar alguno de escondite. Una pistola humeante yacía en un rincón. La ventana na estaba abierta. Gerard se asomó a ella precipitadamente.

—¡Voto a Cristo! —exclamó.

—¿Qué pasa? —preguntamos acercándonos.

—¡Miradlo allí... en el carro!

Toussac estaba allí, tendido, inmóvil, como muerto. La caída, aunque amenguada por los sacos de trigo, debió ser terrible, porque la ventana distaba del suelo más de cuarenta pies. Nuestros gritos no tardaron en arrancar al hércules de su desmayo. Se levantó súbitamente y nos mostró sus crispados puños con aire de amenaza; después, apeándose del carro, montó en el caballo de Savary.

Gerard y yo hicimos fuego al mismo tiempo, pero sin resultado. El caballo, excitado por las balas que llovían en torno suyo, se lanzó a una carrera vertiginosa, mientras Toussac, con la espalda encorvada, la barba gris agitada por el viento, cabalgaba impasible como un coloso de piedra.

Bajamos rápidamente. A pesar de nuestra agilidad, pronto notamos que el bandido había conseguido una ventaja considerable; veíasele en el horizonte como un punto negro galopando hacia las dunas. Gerard y yo saltamos sobre nuestras monturas. La sombra iba creciendo poco a poco y extendiéndose sobre el terrible pantano... Toussac se alejaba cada vez más de la orilla.

Esto me inquietaba. ¿Qué pretendía...? ¿Por qué no trataba, por el contrario, de aproximarse al mar...?

Las barcas amarradas a la costa le hubiesen proporcionado un excelente medio de salvarse... Pero no, se dirigía al interior del campo, y pude notar que no volvía la cabeza para mirar ni acortaba las riendas de su caballo: marchaba seguro de sí mismo en línea recta.

Gerard y yo teníamos tan buenos caballos como el suyo. Lo hubiésemos alcanzado si, súbitamente, no hubiese desaparecido ante nosotros. Yo sabía que aquel bandido tenía un conocimiento perfecto de la comarca; así, pues, a cada recodo del terreno, a cada enramada que nos le ocultaba, la sangre me subía a la cabeza, tanto temía yo que desapareciese; pero, poco después, temblaba de gozo al ver reaparecer su talla gigantesca al borde de un camino o en la cumbre de una colina. Con estas alternativas de temor o de esperanza seguíamos en nuestro galope desenfrenado... ¡Cien metros más y caíamos sobre nuestro enemigo!

A medida que la distancia disminuía sentía crecer mi cólera. Sí, yo aborrecía con toda mi alma a este Toussac. Era éste un sentimiento vago, mezcla de patriotismo y de amor propio. Bruscamente sucedió lo que yo temía. Toussac desapareció tras un montículo y no volvió a aparecer... Cinco minutos después alcanzamos la cumbre de esta sima maldita, donde el fugitivo se había sepultado... ¡Nada...! Miramos hacía todas partes, explorando la espesa niebla que flotaba en el horizonte... ¡Nada!

—¡Adelante...! —gritó Gerard, cuya sangre gascona hervía... ¡Adelante...! Echemos por ese camino a mano derecha... Y acaso demos con él...

Y se lanzó por allí sable en mano.

¡Esperad! —exclamé—; mirad ese sendero a mano izquierda.

¡Bien! Seguid por ahí, yo guardo el camino.

Al mismo tiempo un caballo desmontado desfiló ante mí. Era un pura sangre negro, de cola retorcida, la boca llena de espuma.

Gerard echó pie a tierra, abriéndose paso por entre las malezas. Yo le imité uno detrás de otro como dos topos; levantábamos las piedras, investigábamos todas las grietas del terreno, pero ¡ay!, sin resultado alguno.

Caminando llegamos al borde de una cantera, cuyo muro de caliza se destacaba duramente en la atmósfera gris... ¡Ni rastro de Toussac!

—Este hombre es el mismo diablo —exclamó Gerard.

Yo estaba perplejo. Una transformación lenta se operaba en mi espíritu, algo semejante a una resurrección de antiguos recuerdos vagamente evocados.

¿No había visto otra vez esta cantera? Si, en efecto... El tío Bernac, el subterráneo, Grosbois...

Ya me lo explicaba todo. El furor de Toussac después de recibir la carta del «Molino Rojo» lo que propuso Savary y aun la insensata carrera que acababa de hacer a través de las dunas. Su querida le había revelado la traición del viejo Bernac. Entonces un terrible deseo de venganza se apoderó de él... matar al espía, el cómplice perjuró; tal era su designio... Por la misma naturaleza de sus relaciones con mi tío, no podía ignorar la existencia del secreto subterráneo que terminaba en el castillo de Grosbois. Allí caminaba directamente, sin pensar siquiera en salvar su vida.

En pocas palabras comuniqué mis sospechas a Gerard.

—¡Al subterráneo! —exclamó, dejándome apenas tiempo de terminar.

Pero esto no era bastante. Era preciso descubrir la entrada, cosa bastante difícil. El tío Bernac me había obligado a volver la vista mientras levantaba el monolito que cegaba el subterráneo.

Golpeé la piedra a todo el largo del muro, metí el sable de Gerard por todas las grietas, y después de infinitas tentativas inútiles encontré la boca del túnel. Durante este tiempo el general Savary se había incorporado a nosotros. Nos metimos todos dentro del subterráneo. Era más estrecho de lo que yo creía. Llegamos penosamente a la parte ancha, donde se había producido el desprendimiento. Va aquí se podía respirar; pero como no teníamos luz, tropezábamos a cada paso con las piedras amontonadas por todas partes. Yo escuchaba a intervalos la voz grave de Savary, que razonaba cerca de mí:

—Decidme, Laval, ¿nos queda aún mucho camino...? ¡Yo me ahogo...! Esto es insufrible... Si tuviéramos siquiera un pedernal.

Yo procuraba animarlo, pero mi ánimo también comenzaba a flaquear... ¿Era la obscuridad, la fatiga o el enervamiento?

—¡Chist! ¡Silencio! —dijo Gerard—; he visto algo delante de nosotros.

Nos detuvimos, reteniendo la respiración. A lo lejos divisamos una puerta que giraba sobre sus goznes.

—¡Ah! —exclamó Savary—. El bandido es nuestro; vamos a darle su merecido.

Yo no participaba de la confianza del general, porque sabía que la puerta que ponía en comunicación el subterráneo con el castillo era una puerta secreta... Si Toussac la había cerrado, era un obstáculo invencible... No nos quedaba más recurso que desandar nuestro camino y salir nuevamente al campo.

Por suerte no pasó lo que yo temía.

¡Victoria! —exclamé. Una franja de luz amarillenta surgió en las tinieblas delante de nosotros... ¡La puerta estaba abierta...! Toussac no había pensado que nosotros podríamos penetrar en el túnel y perseguirle en él. Franqueamos la escalera, después penetramos por una segunda puerta y pronto nos encontramos en el amplio vestíbulo, enlosado de mármol e iluminado por la escasa luz de un farol mortecino que ardía en un rincón. Se oyó un grito horrible, desgarrador; después la voz de un criado:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Asesinan a mi señor!

—¿Y dónde está? —preguntó Savary.

—¡Arriba, en la biblioteca!

Otro grito se oyó, más largo, más in tenso que el primero... Al aproximarnos escuchamos un crujido de huesos... Todo lo comprendí... Un sudor frío bañaba mis sienes... Toussac acababa de realizar sus terribles propósitos.

Gerard y Savary, que me precedían, retrocedieron bruscamente.

—¡Oh, esto es terrible! —murmuró el teniente.

Mi tío, sentado ante su «bureau» de espaldas a la puerta, nos mostraba su rostro apergaminado entre ambos omoplatos...

Su boca estaba contraída con una mueca horrible; sus ojos, fijos y vidriosos, conservaban una expresión de horror... Su primer grito debió ser al ver entrar a Toussac, el segundo al sentir las manos del bandido oprimirle la garganta. Paralizado por el horror, no pudo ni levantarse de su asiento ni hacer el menor movimiento para la fuga. Allí estaba muerto, con la pluma en la mano, ante la carta comenzada.

Cerca de él estaba Toussac, de pie, con los brazos cruzados.

Llegasteis tarde —dijo—; ya he cumplido mi promesa.

—Rendíos, Toussac —exclamó Savary.

El hércules presentó el pecho, exclamando:

—¡Disparad... disparad, cobardes!



Y como viera que nosotros permanecíamos inmóviles:

—¡Ah! —exclamó. ¿Creéis que voy a rendirme? ¡Risa tendremos!

Y apoderándose de un enorme sillón lo blandió en el aire para arrojarlo sobre nosotros... Los tres disparamos... La silla cayó sobre una mesa que se rompió en mil pedazos. Toussac vaciló; sus ojos estaban inyectados de sangre, su pecho enrojecido por las heridas... Pero aún no habíamos acabado con él.

Con ímpetu salvaje saltó sobre Savary, lo derribó, oprimiéndole la barba con su enorme pulgar. Gerard y yo caímos sobre él. Fue una lucha odiosa. Nosotros éramos robustos, pero el bandido tenía más fuerza que los tres juntos. Le atacamos como los perros que acometen a un lobo. La sangre que perdía comenzaba a debilitarle. Ya resistía menos. Una espuma rosada manchaba sus labios. Por un esfuerzo último y supremo se levantó bruscamente, y después con un ¡ay!, sordo cayó desplomado. Su cuerpo

rígido se deslizó de nuestras manos. Estaba inmóvil, con la boca abierta, los brazos en cruz; la lengua barba caía sobre su pecho ensangrentado.

Permanecimos un rato incorporados sobre él, temiendo un nuevo estremecimiento del titán. Toussac no se movía. Estaba muerto. Savary, muy pálido, se dejó caer en un sillón.

—¡Demonio! —exclamó—; creí habérmelas con un oso. ¡Qué abrazo...! Señores, el emperador se ha librado de uno de sus más terribles enemigos.

Contemplando durante un momento el enorme cuerpo de Toussac, añadió:

—¡Era un valiente!

—Sí —dijo Gerard—. ¡Qué buen soldado hubiera sido! ¡Qué buen sargento de húsares de Bercheny!

Yo estaba anonadado por esta horrible escena; mis ideas se confundían; temblaba de espanto al ver mis ropas ensangrentadas; Savary me hizo beber un poco de coñac; después, arrancando una cortina de la ventana, cubrió el cuerpo de mi tío Bernac.

Me parece —dijo— que ya nada nos queda que hacer en esta casa. Voy a redactar el parte. Pero recojamos estos papeles, que pueden contener algo interesante.

Diciendo esto, reunió los papeles esparcidos en el escritorio y cogió la carta interrumpida por la llegada de Toussac.

—¡Demonio! —exclamó después de leerla—; a juzgar por esta carta, M. Bernac no era mejor que los otros. Escuchad:

«Mi querido Catula: Os ruego que me enviéis en el primer correo ese veneno sin sabor que hace tres años me procurasteis. Lo necesito de toda precisión para el fin de la semana, o, a más tardar, para el principio de la próxima. Contad con mi adhesión, y...».

—Bien: ¿qué os parece de esto?

—¿A quién está dirigida esa carta? —preguntó Gerard.

—A un farmacéutico de Amiens...

—Espía, traidor, envenenador... Era todo un caballero —exclamó Savary—. ¿Y a quién destinaría la pócima...? Decidme, Laval, vos que sois su pariente, ¿no adivináis?

—No, a fe mía, general.

Después de todo, Carlos Bernac era mi tío, no era yo el llamado a acusarle.

XVII

CONCLUSIÓN

El general Savary volvió directamente al campo para anunciar al emperador el éxito de nuestra empresa. Gerard me acompañó a la calle de Des Vents. Comimos juntos, y cuando terminó la comida nos quedamos largo tiempo de sobremesa, charlando al lado del fuego mientras vaciábamos algunas buenas botellas de Burdeos y fumábamos un considerable número de pipas. Confieso que al llegar a casa me extrañó un poco no encontrar a Sibyla y que ni siquiera hubiese enviado ningún mensaje. No sabiendo dónde se encontraba me era imposible informar la de la muerte de su padre y de la Toussac. A la mañana siguiente al despertarme vi al pie de mi cama un escudero del emperador.

—Su majestad os espera —me dijo.

—¿Dónde? —pregunté incorporándome sobre la almohada.

—En Pont-de-Briques.

Sabía que la prontitud era una cualidad indispensable en el servicio de Napoleón, y no tardé más de diez minutos en vestirme. Ya listo monté a caballo. Media hora más tarde me apeé delante del castillo de Pont-de-Briques. Se me condujo enseguida a una estancia donde se encontraban el emperador y la emperatriz.

Josefina estaba indolentemente recostada en un diván y envuelta en un vaporoso peinador guarnecido de encajes. Napoleón, según su costumbre, se paseaba a lo largo de la habitación vestido con ese extraño traje que se ponía siempre antes de lucir el uniforme y que constaba de un pantalón y de un batín de tela blanca, pantuflas turcas de cuero rojo y un gran pañuelo de seda anudado a su cabeza. De este modo se parecía a un plantador antillano. Acababa de bañarse y exhalaba aún un penetrante olor de alhucema y de colonia. Parecía de muy buen humor.

En verdad no podía imaginarme al ver su boca sonriente, sus pupilas de un azul tan tranquilo y tan puro, que fuese el mismo hombre que tres días

antes pasó como un huracán entre sus cortesanos anonadados por el estupor y dejó detrás de sí ojos llenos de lágrimas y corazones henchidos de amargura. Josefina, fiel parodia de su esposo, parecía también alegre. Fueron, pues, dos caras benévolas las que se volvieron a mí cuando me introdujeron cerca de sus majestades.

—Os felicito, *monsieur* de Laval —dijo Napoleón—. Habéis debutado bien... Savary me ha contado todo. La operación ha sido practicada con mucha habilidad... Yo no tengo tiempo de ocuparme en estos asuntos, porque no les concedo más que una importancia secundaria... Mi mujer estaba muy afectada... Espero que dormirá mejor ahora que no tengo nada que temer de Toussac.

Mi opinión era idéntica a la del emperador.

—Éstas son las mujeres —continuó— soñadoras, visionarias, arrastradas por sus caprichos y por su imaginación... Son como los orientales, que no pueden admitir que un hombre sea buen soldado sino es un gigante. Por esto pasé todos los trabajos del mundo para persuadir a los egipcios que yo era mejor general que Kleber, el cual tenía una estatura colosal y una cabeza de peluquero... Pues bien, todas las mujeres harán de Lesage un héroe, porque tiene ojos de carnero y color de papel mascado... ¿Creéis que si *mademoiselle* Bernac lo viera tal como es, persistiría en su ceguera?

—No, Sire. Mi prima es demasiado altiva y demasiado animosa para no odiar la cobardía.

—¡Je, je...! Habláis con mucho calor de *mademoiselle* Bernac. ¿La amaríais, quizá?

—¡Oh, Sire! ¿Cómo podéis suponer...? ¿No os he dicho ya que amo a *mademoiselle* de Choiseul?

—Sí; pero *mademoiselle* de Choiseul está lejos... Sois joven... La ocasión... En fin, veremos.

Al decir estas palabras, Constant entró silencioso y discreto.

—¿Qué hay, Constant?

—Sire, la persona está ahí.

—Bueno, M. de Laval. Pasemos a la estancia vecina. Os lo ruego... Josefina, venid también. El asunto os interesa.

Penetramos en un salón largo y estrecho con dos ventanas, cuyas cortinas, completamente corridas, no dejaban pasar ni un débil rayo de luz. En un extremo, junto a una puerta, vi al mameluco Roustan, y al lado suyo, con la cabeza baja y los brazos colgantes, a Luciano Lesage. Al reconocer al

emperador el joven se sobresaltó. Napoleón, con las manos detrás de la espalda, colocóse enfrente de él y lo miró escrutador.

—Bueno, hijo mío —le dijo—, ¿os quemasteis los dedo, eh? ¿Quién diablos os metió en cosas de política?

—Sire, perdonadme —balbuceó Lesage—; os prometo ser en el porvenir un leal servidor.

—Lo que decís no está mal, porque el gato escaldado huye del agua fría. Únicamente os advierto que soy un amo muy exigente.

—Sire, mandad y obedeceré.

—Así, por ejemplo, cuando subordino a alguien, sea como ayuda de campo, sea como secretario, me gusta casarlos con la mujer que me parece conveniente. ¿Estáis pronto a obedecerme en esto?

Lesage palideció.

—Sire, permitidme preguntaros qué mujer.

—No; no os permito nada.

—Sin embargo, Sire...

—Basta gritó el emperador, —yo no discuto: ordeno... ¿Habéis comprendido? Busco un marido para *mademoiselle* de Bergerat... Casaos con ella y os perdono. En otro caso continuaréis preso.

Lesage secó su frente, inundada de un angustioso sudor.

—¿No respondéis? ¡Basta...! ¡Roustan, llamad a la guardia!

—No, Sire, no. No me volváis a la prisión —replicó Lesage, cayendo de rodillas.



—¡No, Sire, no me volvais a la prisión! (Pág. 87.)

—¡Roustan, la guardia! —ordenó el emperador impaciente.

—Sire, consiento... Me casaré con *mademoiselle* de Bergerat. La cárcel, nunca, nunca... Sire, os lo suplico...

—¡Miserable! —clamó una voz de mujer.

—Volví el rostro. Saliendo de las cortinas de la primera ventana, Sibyla se erguía temblorosa de cólera, con los ojos hechos ascuas. En su frenesí olvidaba todo, hasta la presencia de sus majestades imperiales.

—No me engañaron los que aseguraban erais un cobarde. ¡Decir que para salvaros he hecho asesinar a un hombre que valía cien veces más que vos...! ¡Ah! Toussac está vengado, pues el cielo me castiga bien cruelmente.

—Vamos, está bien —dijo Napoleón secamente—. Constant, acompañad a *mademoiselle* Bernac...

Después, volviéndose hacia Lesage:

—Amigo mío, no puedo condenar a una joven de mi corte a que contraiga matrimonio con un hombre tal como vos...

Cuando estuvimos solos, el emperador me dijo:

—Creo que no se ha perdido el tiempo entre el almuerzo y la comida. Sois vos, Josefina, quien ha tenido la idea de este efecto de teatro... ¡Ah! Ahora, *monsieur* de Laval, nos toca a nosotros... Os debo una recompensa, no solamente por el papel que habéis desempeñado la noche pasada, sino también por el buen ejemplo que habéis dado a los emigrados.

—Sire, no pido nada —repliqué vivamente.

Presentí lo que me iba a suceder, y sufrí enormemente.

—No, ya lo sé. Pero yo he decidido recompensaros... Os casaréis la semana entrante con una dama de honor de la emperatriz.

Fue un golpe terrible.

—Pero, Sire murmuré, —es imposible.

—¿Por qué? La joven es de buena cuna, encantadora. Además, todo está arreglado; el matrimonio se verificará de hoy en ocho días.

—¡Imposible, Sire! —repetí enloquecido.

—¡Imposible; es palabra que nunca he tolerado!

—Sire, he dado mi palabra y no la recogeré.

—¿Cierto?... Entonces dejaréis mi servicio.

—¡Ay! ¡Todos mis sueños de porvenir, todas mis ilusiones se derrumbaban! ¿Pero qué hacer? ¿Ceder? ¡Nunca...! Sufrí más en aquel minuto que en cualquiera otra circunstancia de mi vida. Con los ojos llenos de lágrimas y la garganta anudada por la emoción.

—Sire —murmuré—, aceptaría si preciso fuera los cargos más viles, mendigaría en los caminos, pero no me casaré más que con Mlle, de Choiseul.

La emperatriz se había levantado. Se aproximó a la segunda ventana, siempre oculta por las cortinas que caían en rígidos pliegues.

—M. de Laval —dijo—. Consentid la menos en ver a la que rehusáis tan duramente...

Al mismo tiempo separó un poco los tapices y distinguí una forma graciosa y un delicado perfil.

—Venid —dijo dulcemente Josefina.

Una joven avanzó:

—¡Eugenia! —exclamé.

Se arrojó en mis brazos, besé sus labios, sus cabellos, sus ojos espléndidos... A veces me detenía para contemplarla... Sí, era ella, era su cabeza pensativa, su grave encanto... Enternecido, emocionado, no sabía qué decir. ¿Era, pues, verdad que estabais ahí? ¡Ah! ¡Cuánto os amo...!



— ¡Ah! ¡Cuánto os amo!

Y oí como en un sueño murmurar a la emperatriz:

— ¡Dejémoslos, Napoleón! Me entristece verlos tan felices... ¿Os acordáis de nuestra casa de la calle de Chautareme?

Eugenia y yo nos casamos ocho días después. De este modo se cumplió una vez más la voluntad del emperador. Nada resistía a su poder. Para asegurarse de mi felicidad, para adornar su corte con uno de los más viejos nombres de la aristocracia francesa, no había vacilado en llamar desde una aldea inglesa a *mademoiselle* de Choiseul y otorgarle el tan codiciado puesto de primera dama de la emperatriz.

Tal vez algún día diré la manera cómo el bravo teniente Gerard casó con mi prima Sibyla, y cómo después de una brillante carrera fue nombrado

general de brigada. Tal vez os diré cómo entré en posesión de mi dominio de Grosbois, pero por ahora ya he hablado bastante de mí.

Cuanto al emperador, sabéis que abandonó el Campo de Boulogne, y que con esta armada formidable que iba a lanzar contra Inglaterra venció a Prusia y Austria.

Dominando el estruendo de las batallas, continuó la ascensión de su destino hasta el día trágico de su descenso... hasta Waterloo, hasta Santa Elena... lo seguí en la buena la mala suerte... Satélite del astro luminoso me elevé con él... A menudo, por la noche, me obsesiona la figura del Amo, aquella cara enigmática de frente pálida y ojos centelleantes de orgullo... Procuro entonces penetrar el secreto de su alma y le interrogo... ¿Qué había soñado aquel soldado de fortuna aquel advenedizo de la guerra? ¿Hasta dónde quería elevarse...? ¿A qué vértigo de ambición sacrificó tantos millones de hombres que yacen hoy enterrados en las arenas de África y en las heladas estepas de Rusia...?

—¿Qué hubiera hecho si no se hubiera estrellado en una caída espantosa...? ¡Misterio! ¿Fue prudente...? ¿Fue clemente...? ¿Fue justo...? ¡No! ¡Pero fue grande...!

—¡Qué terrible lección para la humanidad pensar que aquel que trazó los límites de la Europa moderna y moldeó a Francia como una pelota de barro, que derribó tronos e hizo temblar imperios, tuvo que sufrir a su vez el juicio de los pueblos y de los siglos!

Sin embargo, no todo ha muerto con él; mientras que reposa bajo el majestuoso domo de los Inválidos, reina en el mundo su pensamiento, resuena su nombre en toda la historia.

Unos han escrito para criticarle, para alabarle los otros. Yo he procurado sencillamente pintarlo tal cual me pareció en el apogeo de su poder: como un hombre de increíble profundidad de espíritu, capaz de emprenderlo todo; activo, infatigable en la paz y en la guerra, sin dejar nada al azar; ¡audaz y vigilante, admirable instrumento de Dios para llamar a su deber a una nación descarriada y cambiar la faz del mundo!

FIN

LA NOVELA ILUSTRADA

UN PESETA VOLUMEN

Director literario: VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

Alejandro Dumas

La Reina Topacio.

Alfonso Daudet

Los reyes en el destierro.
La evangelista.

Antonio Hope

El rey sustituto.

A. Conan-Doyle

Un crimen extraño.
La marca de los cuatros.
El perro de Baskeville.
Pólvora fina.
Triunfos de Sherlock Holmes.
El problema final.

Duque de Rivas

D. Alvaro o la fuerza del sino.

E. Bellamy

El año 2000.

Emilio Zola

La taberna.

E. Conscience

Los mártires del honor.

Enrique Mürger

El barrio latino.

E. Chatrian

El amigo Fritz.

Eugenio Suó

Venganza africana.

Hugo Conway

Confusión.

J. Ortega Munilla

La Cigarra.—Bor Lucila.

Jaclinto O. Ploón

La hijastra del amor.

Jorge Sand

El caballero Mauprat.
La esfinge de oro.
La charca del diablo.

José Echegaray

Dramas.

M. W. Thackeray

La feria de las vanidades.

M. F. y González

Historia de un hombre contada por su esqueleto.

Max Nordau

La batalla de los zánganos.

Miss Braddon

La mujer de los dos maridos.
La Baronesa.

Mateo Arnould

El secreto de la sortija.

Octavio Feuillet

El Conde de Camora.

R. Stevenson

El tesoro del pirata.
El dinamitero.

V. Blasco Ibáñez

Flor de Mayo.
Sonríe la Cortesana.
Arroz y tartana.
La mesa desnuda.

Wilkie Collins

La muerta viva.



ARTHUR CONAN DOYLE. Médico, novelista y escritor de novelas policiacas, creador del inolvidable maestro de detectives Sherlock Holmes. Conan Doyle nació el 22 de mayo de 1859 en Edimburgo y estudió en las universidades de Stonyhurst y de Edimburgo. De 1882 a 1890 ejerció la medicina en Southsea (Inglaterra). *Estudio en Escarlata*, el primero de los 68 relatos en los que aparece Sherlock Holmes, se publicó en 1887. El autor se basó en un profesor que conoció en la universidad para crear al personaje de Holmes con su ingeniosa habilidad para el razonamiento deductivo. Igualmente brillantes son las creaciones de los personajes que le acompañan: su amigo bondadoso y torpe, el doctor Watson, que es el narrador de los cuentos, y el archicriminal profesor Moriarty. Conan Doyle tuvo tanto éxito al principio de su carrera literaria que en cinco años abandonó la práctica de la medicina y se dedicó por entero a escribir. Los mejores relatos de Holmes son *El signo de los cuatro* (1890), *Las aventuras de Sherlock Holmes* (1892), *El sabueso de Baskerville* (1902) y *Su último saludo en el escenario* (1917), gracias a los cuales se hizo mundialmente famoso y popularizó el género de la novela policiaca. Surgió, y todavía pervive, el culto al detective Holmes. Gracias a su versatilidad literaria, Conan Doyle tuvo el mismo éxito con sus novelas históricas, como *Micah Clarke* (1888), *La compañía blanca* (1890), *Rodney Stone* (1896) y *Sir Nigel* (1906), así como con su obra de teatro

Historia de Waterloo (1894). Durante la guerra de los bóers fue médico militar y a su regreso a Inglaterra escribió *La guerra de los Bóers* (1900) y *La guerra en Suráfrica* (1902), justificando la participación de su país. Por estas obras se le concedió el título de *sir* en 1902. Durante la I Guerra Mundial escribió *La campaña británica en Francia y Flandes* (6 volúmenes, 1916-1920) en homenaje a la valentía británica. La muerte en la guerra de su hijo mayor le convirtió en defensor del espiritismo, dedicándose a dar conferencias y a escribir ampliamente sobre el tema. Su autobiografía, *Memorias y aventuras*, se publicó en 1924. Murió el 7 de julio de 1930 en Crowborough (Sussex).

NOTAS

[1] Sobrenombre dado a Bonaparte en Inglaterra. <<

[2] Vino rojo de Borgoña. <<

[3] Ney y Murat murieron fusilados. <<

[4] Faltón fué, efectivamente, el inventor de la navegación a vapor. <<

[5] Barrio aristocrático de París. <<

[6] Lebrun, ministro de Hacienda de Napoleón. <<